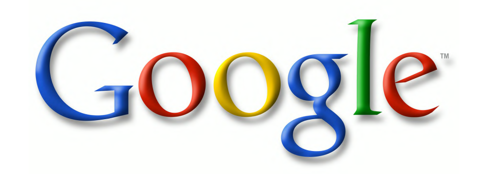
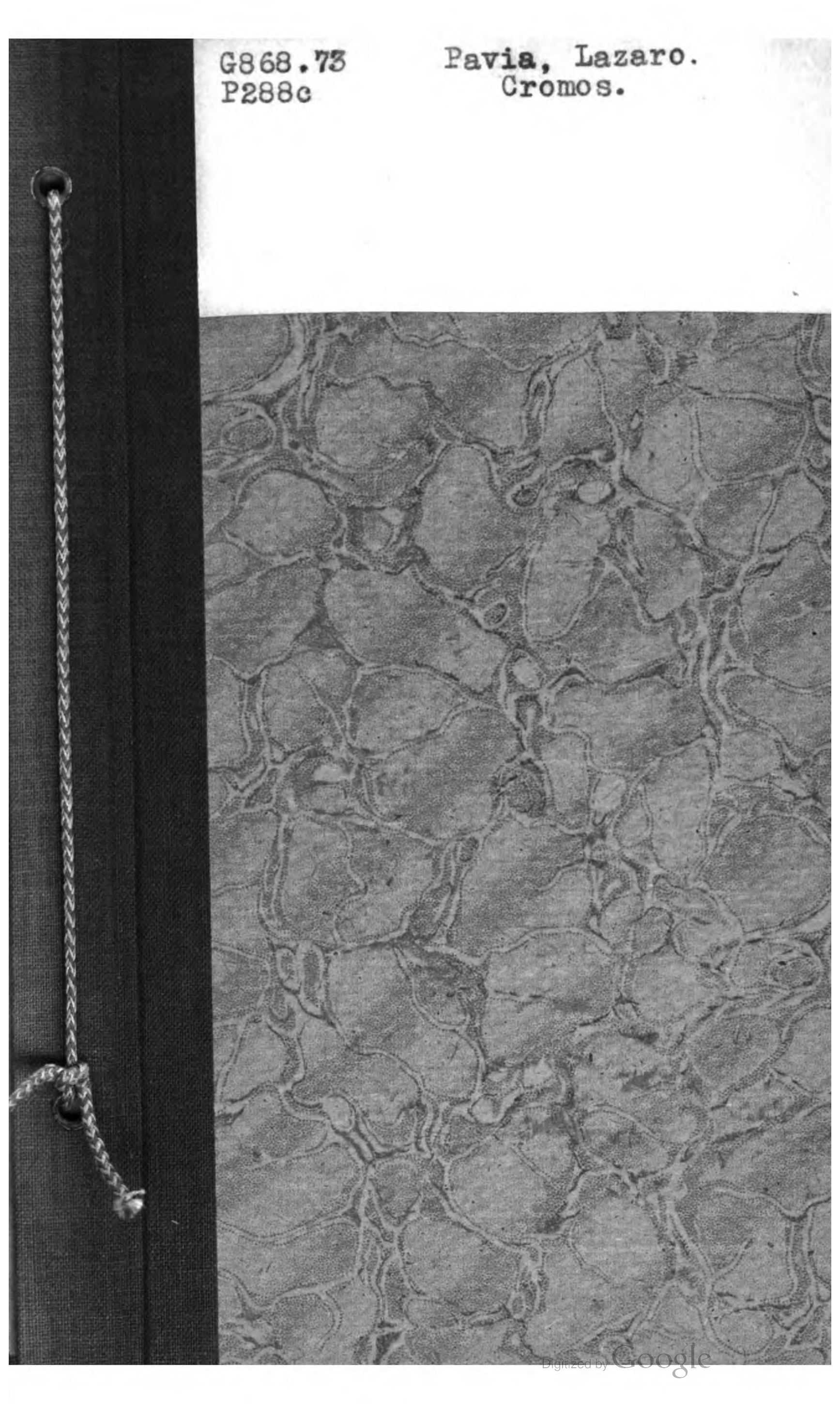




G868.73
P288c
Pavia, Lazaro.
Cromos.
Digitized by Google


[redacted]


SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
PRAESIDIUM
DISCIPLINA
CIVITATIS

EDITOR: LAZARO PAVIA.



POR

LAZARO PAVIA.

BIBLIOTECA DEL HOGAR.

MEXICO
IMPRENTA DE EDUARDO DUBLÁN
CALLEJON DE CINCUENTA Y SIETE NUM. 7.
1897

CROMOS

"BIBLIOTECA DEL HOGAR."

CROMOS

POR

LAZARO PAVIA.



MEXICO
IMPRENTA DE EDUARDO DUBLAN
CALLEJÓN DE 57 NÚMERO 7.

1896

A LA SRA.

Carmen Romero Rubio de Diaz.

PEQUEÑA OFRENDA DE ADMIRACION Y RESPETO.

MEXICO, SEPTIEMBRE 15 DE 1896.

Lázaro Pavía.

MI LIBRO.

Ya os veo reunidas ¡pobres flores de mi alma! germinadas en la eterna primavera de mi hogar, vivificadas con el calor de mis anhelos, perfumadas con la brisa de los recuerdos, y alimentadas con la savia purísima de la esperanza. Nacisteis como el albahaca que embalsama las auras en el antepecho de la ventana cuando el Amor la escala; como las asalias que parecen estar envidiosas de los matices de las tapicerías; como las hortensias que azulean, cual jironcitos de cielo, en los ángulos del gabinete de costura, velado por cristales opacos; como la begonia, la palma-cristi y la hoja de plata que suelen arrimarse al piano, sombrear las lunas de los espejos, llevar sus tristezas junto á los grupos de retratos, como si las ausencias se atrajeran y se consolaran;, hermosear la cárcel de oro de los canarios (aunque prisioneras también), y entoldar en el velador el álbum de la *Loca de la casa*, las miniaturas que son la codicia de los niños, la lámpara de pálida pantalla y los *bouquets* marchitos, que en los jarrones opalinos parecen muertecitos vestidos de blanco que asoman sus palideces en ataudes de raso.

Muchas de vosotras tenéis aún palpitante el beso ardiente de mis noches de insomnio, y todas lleváis el rocío de mi felicidad doméstica.......

Antes de ahora no me pertenecíais, en gran parte, porque aunque humildes y tímidas, llegásteis al hogar ajeno, quizá para morir al día siguiente, cuando el alma se despierta ávida de nuevas impresiones, y la noche que llega, parece la primera que cae sobre el sepulcro del olvido.

A esa hora en que el periódico disipa el hastío, morásteis en el pecho de alguna bellísima lectora, después.... os faltó el ambiente de su aliento, y lejos de la luz de sus miradas, os envolvieron las sombras de la indiferencia.

Hoy, puedo ofreceros en conjunto; y aunque mi cariño os hace bellas, con la belleza del recuerdo, aunque he procurado al recogeros encariñarme más por vuestra ausencia, sé que no sois acreedoras más que á la vida de un día; porque, ¿quiénes sois para llegar á los salones que surten los verjeles amenos, si nacísteis en tan mezquino albergue, como es mi pobre inteligencia?

Sin embargo, aspiro á que halléis un sitio en el cofrecito predilecto donde van los *pensamientos* disecados, en ese joyel en que las damas jóvenes guardan los recuerdos.

Id allá, y cuando vuestro perfume se haya agotado, cuando vuestros colores se marchiten, quedad por más tiempo en los *bouquetiéres* como esos muertecitos que asoman sus palideces en ataudes de raso.

Si extasiada en los *Nimbus* que se aglomeran en el espacio, buscas, virgen nostálgica, tus sueños, deja el balcón; yo te hablaré de esas nubes por las que ha vagado mi espíritu; y si es la hora crepuscular de la tarde, en que agoniza una de tus más bellas ilusiones, deja tu labor y

escucha la historia de una colegiala enferma, que era, como tú, soñadora y triste.

Si eres afecta al campo (y sí que has de serlo, porque las niñas buenas aman las aves y las plantas), sígueme al campo y vagaremos juntos para que las arboledas se inclinen á tu paso y los nidos se animen con tu charla.

Te traigo las impresiones de *Una Romanza*, que de seguro no ha de faltar en el estante en que guardas tus piezas de piano; colócala sobre el atril y ejecútala, porque es tan bella, como el amor que muere para el mundo y vive para lo infinito de las almas.

Coloca en el libro de oraciones, sin preguntarla nada, á la hermosa *Margarita* que se ha marchitado.........
Mira á las *cabelleras* rubias que brillan en las frentes castas; las negras que te seduzcan, se tornan en hilos de plata, como la escarcha de la vida en las testas de tus mayores.

Baja á la playa para que las olas canten tu belleza, y si eres tropical, si hay en tus ojos el fuego de la costa, haz que la ilusión bogue siempre en un mar tranquilo y no toque las arenas ardientes de la realidad.

Te llevaré por los senderos de una Quinta que parece formada por el *Dios vendado* ó por una maga caprichosa.

En el otoño daremos un paseo en el que admirarás muchas de las reinas que viven en los jardines americanos.

Serán menos tediosas tus ausencias durante los veranos, si viajas con mi libro que será para tí un amigo sincero y un admirador ferviente; y si de regreso tuvieses que ir al Colegio, aun allí te seguirán mis ideas, porque tienen franca entrada hasta el salón de estudios.

En las veladas tendrás narraciones orientales que te harán soñar como en la infancia; habrán duendes y aparecidos; pero tu fantasía de joven soñadora hallará realidades que te halaguen.

Y cuando el invierno de los años te sorprenda, cuando

tus hijos necesiten que los distraigas con historietas, cuando dejes en el panteón uno á uno los seres queridos que viven contigo, recuerda que hemos visitado el asilo de los muertos y que allí te he consolado.

Estas son, pues, las flores que te ofrezco, pobres y humildes, porque en mi hogar nacieron; pero ninguna oculta el áspid venenoso de la escuela del *realismo.*

Cuando este mi sencillo ramillete llegue á tu puerta, no lo desdeñes, por pequeño y poco vistoso, dejándolo en el corredor para que muera; llévale junto al piano, para que cuando cantes, tu aliento lo perfume; no lo relegues al olvido en un ángulo de tu gabinete de costura, ni lo pongas al lado de las flores tristes, por más que lo merezca. Llévalo en tu pecho porque es el sitio que ha anhelado siempre, y si te fastidia pronto y le das por prisión el *buquetero* del olvido cuando duermes, búscalo al día siguiente para que tus miradas no le falten y no se parezca á esos muertecitos que lucen sus palideces en ataudes de raso.

Este es el libro que pongo en tus manos delicadas, bellísima lectora; yo sé que no es una joya literaria, mas eres indulgente y confío en que no lo desecharás.

He escrito para tí...., Juzga y perdona.

LÁZARO PAVÍA.

NIMBUS.

El cielo está azul radiante y lo cubren á trechos nubecillas que semejan pequeños copos de vellocinos esparcidos.

Parece un cielo de altar de nacimiento ó una cúpula de templo bizantino.

El añoso bosque sacude la pereza de sus ramas y se viste de nuevo follaje; la selva se engalana con su ropaje de esmeralda; en los jardines hay flores y trinos, en los huertos brotes y rocío.

La ciudad despierta del letargo invernal en que la sumieron las mañanas heladas, los días fríos y las noches glaciales; los hilillos de escarcha han abandonado los tiestos de porcelana; ya no se retrata un cielo gris en el agua congelada de los tinacos; los cristales de las vidrieras no lloran cuando la niña los entreabre para ver pasar al adorado de su alma; en los *bouquetiéres* de cristal opaco incrustados de oro y plata, hay ramilletes fragantes que alegran el saloncito de costura, y los días nebulosos no opacan los vidrios de colores del comedor.

Primavera ha llegado y todo se alegra con su venida; parece una rendida y fiel amante que lleva flores al sepulcro de su inolvidable compañero, el triste Invierno.

Los aires de Febrero, como cortejo de envidiosos concurrentes á una boda, se alejan del templo sin dar los parabienes á la novia. Enero, avaro y egoista, va á esconder sus promesas en el cofre de los desengaños, y Diciembre, el último proyecto de un enfermo incurable, la postrera esperanza de un tísico que agoniza al caer de las hojas secas, sólo es una alma en pena que no se atreve á turbar la dicha que la Diosa sonrosada ha llevado á los hogares.

La Noche Buena, apenas si ha dejado un recuerdo de aquel frio punzante y agradable que obliga á ponerse al abrigo á las parejas de enamorados que dejan el salón de baile después de nueve noches de juramentos de amor, de ternezas íntimas y de protestas cariñosas; del alegre repique dado en el campanario de la iglesia parroquial á la hora de la *misa del gallo*, de la cena familiar, del *Arbol de Navidad* tan condiciado de los niños, y de la misa de pastores que oyeron á las cinco de la mañana los alegres desvelados.

El carnaval con sus voces chillonas, sus bromitas cargantes, y sus bailes de trajes, que fueron un pretexto más para que estuvieran cerca los novios de posadas, también pasó sin dejar ni un eco del cascabeleo de los cucuruchos.

Pierrot y Arlequín, cansados de sus correrías en las que son inseparables, se alejan del balcón de la rubia Colombina, tocando por la postrera vez su violín el primero, y cantando su última endecha el segundo.

Pierrot ha vuelto conducido por un fulgor de luna á las regiones de la Fantasía, después de haber dado el beso de despedida á las rosas, sus predilectas, y de visitar los nidos que tanto le cautivan.

Pierrot se ha ido con su bombacho traje blanco ribeteado de rojo y su gorro de cascabeles, y con él, el polichinela, el dominó y tantos otros disfraces que lucieron en las peluquerías de segundo orden.

Llega la cuaresma, la pálida y enjuta Dueña de las conciencias romanistas; con ella, la austeridad y la penitencia, y la Semana Santa que es una temporada feliz para los niños, por las matracas y los *judas* de cartón.

Después, las primeras lilas que florecen en Abril, el agua clara de los arroyuelos sin fango y sin turbiones, los claveles de fuego, los pensamientos aterciopelados como la falda de una reina, las gardenias de palidez de novia enfermiza, el tulipán arrogante, la campánula de un color triste, la violeta siempre melancólica y los naranjos ofreciendo á porfía las ilusiones blancas en racimos de azahares.

Es la estación de los amores: hay margaritas que se enamoran de los lirios; violetas que descorriendo cautelosas el cortinaje de los tallos pequeños, esperan al céfiro que les diga secretos íntimos, y jóvenes apasionadas que, antes de tomar asiento en el banco de juncos para leer la novela que les deleita, deshojan á las pobres margaritas para que den fe de su ardiente amor, y maltratan, sin pensarlo, con sus pisadas, á las violetas indefensas.

Las arboledas parecen juntarse en la lejanía; el *chuparrosa* liba el néctar de los pétalos, cual amante que bebe la felicidad en los labios de su amada, y la mariposa revolotea en torno de las rosas sobre las que se posa á descansar ya fatigada de las persecuciones infantiles.

En los nidos aprisionados, no hay menos entusiasmo amoroso que en los campos. Han cesado las lloviznas que daban á los albergues de las aves una monotonía semejante á la de las alcobas en que sufre un niño enfermito; el sol no escatima sus rayos y calienta los plumones; las mañanas son frescas y las noches templadas.

También los pájaros aman.

El ruiseñor, trovador de la floresta, prepara sus mejores harmonías para celebrar la fiesta de la Primavera, es

el «Principe Azul,» siempre joven, que cantando, hace morir de amor sin amar nunca.

Por eso todas las flores lo reciben; los árboles le forman arcos de triunfo, para que el sol no le hiera, y vive, hoy en un nido, mañana en otro; le aman las flores y las aves.

Cuando la Sultana de las flores ha recorrido sus dominios, y prodigado sus dones á manos llenas, regresa á su palacio, prepara su viaje y se aleja.

Mayo la ofrece sus niñas vestidas de almas gloriosas, sus nardos, sus rosas blancas y sus lirios. Las mañanas frescas y las tardes rosadas; las unas con sus tenues neblinas, las otras con sus brisas suaves, la recrean en sus últimos días de permanencia.

Entre uvas y castaños, tiende su lecho la reina de las flores y negligente recibe los presentes que la naturaleza envia. Ya es un rico chal formado con vapores de lago cristalino; ya una diadema de abrillantadas gotas de rocío, ora una sarta de dalias, ora un relicario que guarda los estambres finísimos de un jacinto ó de una azucena.

Y cuando llega la noche, cuando en el mar de sombras boga la esperanza en esquife de plata, el misterio la arrulla con sus cantos de aura.

¡Oh tierna Primavera!: tus sueños son castos como los de esas flores que tú mantienes frescas, como los de esas aves á quienes das gorjeos, como los de esas niñas que de tí reciben las flores para llevarlas al templo por la tarde!

¡Oh luna de miel para todo lo que ama por tí; el alma triste se consuela y la juventud renace en los viejos corazones!

Por tí ama el poeta, porque llegas á la ventana de su pobre estancia, y si lo hallas solo con sus recuerdos y sus imposibles, llamas con tu rayo de aurora coquetúela, y alivias á su musa de las nostalgias que padece.

Por tí el enfermo que temia morir sin volver á ver tus alboradas rozagantes, piensa que pronto ha de dejar el lecho caluroso para pasar, siquiera sea sentado en un sillón, junto á la ventana que da al jardín, aquellas horas de las tardes bellas.

El olor de las flores regadas, neutraliza el que proporciona la fiebre y dejan las medicinas.

El jironcito de incendio crepuscular que difícilmente penetra por el balcón entreabierto y va á herir el globo color de rosa de la lámpara colgante de la recámara, parece un augurio de salud.

La madre ve al hijo ausente en el recuerdo que le traen tus dias; la infeliz viuda te recibe en su hogar y hace que beses á sus pobres huérfanos y ya no tiene que llevar al cementerio flores de seda y capullos de vidrío; puede ofrecer á la memoria del esposo muerto, «no me olvides» y «pensamientos,» que si se marchitan, podrá reponerlas en la misma semana.

El campesino te bendice desde su choza desmantelada, casi á la intemperie, al descansar de sus fatigas y saborear con su familia la rústica cena que el trabajo le proporciona; y los labriegos te cantan durante la faena el himno del progreso.

Eres ¡oh Primavera! la que precede las veladas conyugales y ves cómo la fiel esposa hace costura, en tanto que los niños juegan, y el padre trabaja en el bufete.

En las tertulias, eres la maga invisible que animas y entusiasmas, aun á los ancianos que recuerdan sus buenos tiempos.

¡Y pensar que has de irte!......

Tu ausencia nos atormenta como el viaje próximo de una mujer amada con quien hablamos, quizá por la última vez, durante la noche para no verla al día siguiente.

¡Quisiéramos retenerte para que tus encantos no nos

hicieran la vida tan corta y tus galas enriquecieran nuestros pensamientos.

Pero hay una voz que te llama y necesitas partir; no nos perteneces por completo.

Eterna viajera de la tierra, tienes que llevar tus privilegios á otros campos y á otros hogares.

Habrémos de conformarnos con tu partida.

¡Ay! quizá, quizá á tu vuelta, el poeta no estará ya en la ventana donde le encontraste á solas con sus recuerdos y sus nostalgias; el enfermo habrá muerto llamándote en su auxilio; la viuda habrá tenido que dejar á sus hijos huérfanos, y no habrán flores nuevas en los sepulcros.

Todo irá poniéndose triste. El espacio y los horizontes vestirán su traje de duelo por tu ausencia.

Cuando el sol al despertarse no te halle en tu lecho de reina, y la primera alborada de Verano, luzca su faz de virgen anémica, el cielo estará gris, como las tapias de un viejo cementerio.

Las aves enmudecerán; el bosque pensativo inclinará su frente fatigosa; la selva no tendrá arroyuelos que canten, ni follajes que alegren.

Vendrán las tardes de lluvia, tan entristecedoras, y en vano te desearemos por mucho tiempo.

¡Nubes vagarosas que semejáis vellocinos de plata, volved; volved con la nueva Primavera antes que mi hogar quede vacío!



CREPUSCULOS.

I

Se conocieron, cuando los últimos alardes del dia cubren de fuego las cúpulas yacentes y los erguidos campanarios; cuando en el corredor, el crepúsculo envolvía con su manto de sombras á las plantas de los maceteros, á los gorriones de las doradas pajareras y á las Marinas de los cuadros á grandes molduras negras.

Se entronizaban hasta el guardarropa de palosanto y luna biselada, los espasmos de la tarde, y allí donde la aurora se hizo su tocado de graciosa coqueta, fué á morir el último rayo de sol, y con él, la postrera ráfaga de un día de Primavera.

La sala presentaba ese aspecto fúnebre que da el crepúsculo vespertino á los aposentos de tapices serios, de muebles cuyo tallado remeda el de severos catafalcos, y de menaje antiguo, que nos habla de los antepasados de la casa.

Era la hora en que parecía haberse ausentado por la muerte un sér querido en aquella mansión del amor y la hermosura; en el balcón, ella, la niña mimada de la casa, la colegiala de vestido corto y peinado elegante, aun-

que modesto, hacia vagar sus miradas de tímida gacela, por el plomizo espacio, como si quisiera salvar la distancia que la separara durante las vacaciones, del colegio de monjas, donde á tales horas las salas de estudio eran menos tristes, porque habían niñas con quienes charlar á hurtadillas de la madre profesora: los añosos árboles asomaban sobre la tapia, para que las aves envidiaran los juegos de las educandas, allá en el patiecito de los naranjos aprisionados en barriles pintados de rojo, y de los azules barandales, cuyas flores fueron tantas veces causa de que las niñas que las codiciaban, sufrieran una pena.

Carolina, pues este era el nombre de la joven del balcón, luchaba con esos recuerdos de los primeros años, que más halagan, que hacen sufrir, porque son los primeros achaques del alma, y ésta tiene como cuidadosa enfermera, la ilusión constante.

Pensaba en el refectorio, en la capilla y en el dormitorio, como pensaba durante las horas de reclusión en su almohadilla, en la muñeca olvidada, en la imagen del Angel de la Guarda que vela desde su infancia sobre la mesa de noche, frente al lecho tantas veces vacío, y en todos aquellos objetos que dejó aquella mañana, que su padre y padrinos le llevaron al locutorio.

¡Triste condición humana, aquella que nos priva del goce de lo pasado y nos hace buscar lo que hemos dejado!

II

Leopoldo había también salido de la escuela para pasar ocho días con su familia, y se daba por muy satisfecho con vagar al acaso, ya por las suntuosas y concurridas avenidas, ya por los barrios más apartados de la ciudad.

Libre del peso de aquellos textos que le agobiaba, no obstante los diez y seis años de edad que apenas contaba; lejos del maestro que le obligaba á estudiar con castigos para él fuertes, y más que todo, no teniendo enfrente de su nariz el adusto semblante de aquel viejo Prefecto, que solamente le dejaba entregado al sueño para despertarle al día siguiente; pocas, muy pocas y muy cortas le parecían las horas de libertad que disfrutaba.

Hubiera querido prolongar sus paseos por la noche, á esa hora en que los escaparates se iluminan con luz incandescente, y la juventud alegre y bulliciosa frecuenta los billares y los cafés, siempre unida en grupos de tres ó cuatro amigos, cuando en elegantes carruajes las familias ricas regresan del Paseo y van á casa para dirigirse al teatro ó á la tertulia.

Pero Leopoldo era pobre; tenía un lugar de gracia en el colegio, y sus compañeros no habían querido ser sus amigos.

En el hogar, la miseria revelada en la enfermedad de la madre; el precario sueldo del padre y la ruda y poco productiva labor de la hermana, lo rechazaban, como aquellos niños vestidos de paño y calzados de charol, que en el colegio procuraban aislarlo en los bancos de la clase, en la mesa del comedor y aun entre las camas del dormitorio.

La misma tarde que nos ocupa, Leopoldo se dirigía á su humilde hogar pensando en la próxima llegada de la noche, la que hubiera querido retardar más, porque en las casas en que sienta sus reales la pobreza, las noches son amargas.

Los desheredados de la fortuna, para quienes los consuelos de la vida son tan indispensables como el alimento diario, tan difícilmente adquirido, sufren la fiebre de un *imposible* que turba su razón y entorpece los sentidos.

A la ventana de los hogares miserables no llegan los

encantos de la creación, no hay en la pequeña azotehuela, ni una macetita, ni una jaula; las aves cruzan muy de prisa el jirón de cielo que entolda esas mansiones, y como no hay aromas, ni trinos, imperan siempre las tristezas y todo hace recordar la estrofa del poeta:

«Hoy como ayer, mañana como hoy,
Y siempre igual;
Un porvenir radiante de esperanza,
Y andar, y andar.»

III

El joven colegial caminaba con la vista hacia el espacio, que se esfumaba, como si quisiera irse con aquellas nubes de color sombrío, que despertarían muy hermosas al siguiente día.

De pronto, como si una misma irradiación iluminara el espacio, Leopoldo y Carolina se miraron.

—¡Qué triste viene! dijo ella.

—¡Qué pensativa está! pensó él.

Y desde entonces, se amaron.

Ella, detrás de la vidriera, descorriendo al disimulo la calada cortina, y él, junto al guardacantón de la esquina ó apoyado de espaldas sobre un poste, ¡cuántas horas pasaron aquellos dos séres, amándose mucho y sin poder decirse una sola palabra de aquel poema que comenzaba á germinar en sus almas vírgenes!

Si ella se atrevía á salir al balcón, venciendo el natural rubor que embarga á una niña de catorce años, cuando el amor la ha despertado del sueño de la infancia, el enamorado galán se acercaba, tímido también, hasta el pie del balcón, y trataba de realizar lo que tantas noches

había resuelto antes de dormir, para soñar con su amada: darle el pequeño pliego que fuera el mensajero de su pasión, tan en pocos días desarrollada volcánicamente.

Pero la niña huía como paloma medrosa, y como violeta herida por el beso del aura, iba á ocultarse entre las flores de seda que bordaban el coqueto confidente, y entre las plantas de sombra que alegraban con sus anchas hojas el *budoir* ya transformado por el *niño vendado* que había destruido con los punzantes dardos de su flecha, todos aquellos recuerdos que proporcionaban á la pálida colegiala la nostalgia del colegio.

A veces, el mozo esperaba, ya entrada la noche, merodeando por la acera de enfrente de la casa, y cuando la sala se iluminaba y á través de los cristales pasaba aquella Ofelia deshojando en silencio las flores de su amor oculto, Leopoldo se conformaba con enviar un suspiro á aquella blanca silueta, que como ilusión se desvanecía, y aunque hubiera querido permanecer la noche entera velando desde la calle el sueño de su amada, se retiraba, para ir al lado de su madre enferma, del padre rendido por el trabajo del día y de la hermana costurera, á quien siempre encontraba frente á la máquina de coser, con el mezquino velón al lado, terminando la obra que entregaría al siguiente dia.

Pensaba la anciana enferma que su hijo tenía, como siempre, el corazón consagrado á ella; el padre y la hermana, que ya comenzaban á enfermar también, atribuían las melancolias del joven á su pronto regreso al colegio, y aunque tales melancolías aumentaban su infortunio, se consolaban con la esperanza de que Leopoldo tuviera un porvenir dichoso.

En tanto, la imaginación de Leopoldo no estaba en casa; como las hijas ingratas, abandonaba las veladas del hogar ó volaba al saloncito de tapices serios, de muebles cuyo tallado recordaba el de severos catafalcos y de mena-

je antiguo, sin atreverse á entrar á la alcoba de luz amortiguada, de aleteos místicos y de alientos virginales.

IV

Hubo uno de aquellos momentos en que la voluntad no bastó á contrarrestar los impulsos del espíritu. Carolina se hallaba, como de costumbre, en el balcón, aprovechando las vaguedades del crepúsculo para consagrar á Leopoldo aquellas miradas nacidas de un misterioso amor; y cuando el galán llegó decidido al pie del balcón y le mostró el pequeño billete amoroso, Carolina no pudo huir como otras veces; apenas si llevada por un impulso irresistible, se retiró hacia la derecha del balcón, como ave herida, y la misiva lanzada por el joven amante fué á ocupar un lugarcito en el nido tan deseado.

Carolina levantó rápidamente el papelito perfumado y doblado cuidadosamente, y sin mirar siquiera á Leopoldo, penetró á su recámara y ocultó la carta bajo el plumón de almohadones blancos que armiñaban el lecho de latón velado por un pabellón de *glassé*, color crema pálido.

Como el avaro oculta su tesoro y le vigila constantemente, así Carolina guardó aquella declaración tan esperada, y más de una vez sacó la carta de su blanca prisión de almohadas, para convencerse de que no había sido descubierto su secreto.

Cuando estuvo á solas con su conciencia y con el cromito que representaba el Angel de la Guarda; cuando el beso de la noche y la caricia del padre iban á hundirse bajo aquel pabellón de *glassé* color crema pálido, con aquel cuerpecito de virgen israelita, á la luz de una lámpara veladora, Carolina leyó repetidas veces aquella carta que casi aprendió de memoria. Decía así:

"Señorita:

Ver á vd. y sentir en mi sér una transformación completa, ha sido obra de un instante, obra iniciada por los destellos de sus ojos, que debe ser concluida por una sonrisa de sus hermosos labios, de los que espero mi sentencia, porque soy reo de amor.

Si vd. me ama, poseeré la felicidad por la primera vez en mi vida; si me desprecia, seguiré siendo tan desgraciado como hasta la presente, y viviré con el recuerdo de su imagen encantadora.—Suyo, *Leopoldo.*»

Fué tal la impresión que aquellas líneas produjeron en el ánimo de aquella niña toda pureza, pero toda sentimiento también, que no pudo conciliar el sueño.

Más de una vez algunas compañeras de colegio le habían confiado sus perdidos amores de niñas y aun había tenido en sus manos, cartas, apénas legibles, de audaces pequeñuelos enamorados; pero ni la relación de aquellos amores, ni la lectura de aquellos pensamientos, primeras manifestaciones del amor, le habían inquietado en lo más mínimo.

Ahora, todo había cambiado. Le hablaban de destellos, de labios hermosos y le pedían un fallo.

¿Y quién?—Aquel joven pensativo que lánguidamente miraba el cielo aquella tarde en que ella también estaba triste, el que sólo esperaba su amor para ser feliz.

¿Contestaría aquella carta negándose? eso sería querer que Leopoldo fuera tan desgraciado como en la actualidad y ella deseaba que fuese dichoso.

¿Le amaba?....— Sí, le amaba, porque desde que le vió, sus sueños han sido intranquilos, y ha esperado ansiosa la hora de volver á ver á aquel joven que en un jironcito de nube, en un pequeño efluvio de cielo melancólico, condensó su mirada en la de ella.

Por eso le amaba.

Al día siguiente, todavía con el influjo de aquellas impresiones nuevas que originaron la primera vigilia de amor, Carolina escribió en el cuarto de criadas estas líneas que entregó por el balcón á Leopoldo, cuando las vaguedades del crepúsculo ocultaron las tintas de rubor que cubría sus mejillas de madona y el temblor que agitaba su cuerpo de ondina.

—«Negar que le amo, sería prolongar por más tiempo el suplicio en que vivo desde que le conocí; pero temo que una ilusión pasajera sea tan sólo lo que haya yo podido inspirarle.

Si así fuere, desengáñeme, se lo suplico.—*Carolina.*»

Desde entonces comenzó para aquellas almas ungidas por el amor, una vida de ilusiones constantes.

Pero la fatalidad, que no deja de hincar su garra de buitre hambriento en los séres dichosos, se presentó en la forma del disgusto de los padres de Carolina, quienes una vez enterados de los amores de su hija, la enviaron nuevamente al colegio antes que los días de vacaciones concluyeran, y Carolina volvió al lado de las monjas llevando como recuerdo atormentador aquel billete perfumado y doblado cuidadosamente, que le hablaba quizá del olvido de Leopoldo.

Este, agobiado profundamente con el peso de aquel nuevo infortunio, tuvo que volver también al Instituto con la esperanza de hallar á su novia en las siguientes vacaciones, cuando toda sospecha hubiese desaparecido para los padres de Carolina.

Leopoldo conservó igualmente la carta aquella que le hablaba de un pasado tan breve como dichoso, de un sueño que tal vez se realizaría.

Y ella, perseguida siempre por la imagen del joven pensativo; y él, viendo á través de los libros á la Ofelia que

deshojaba las flores de sus ilusiones, pasaba los días divagando sus tristezas; ella rezando, él maldiciendo; pero ambos buscándose siempre en el jironcito de una nube, en el efluvio de un cielo crepuscular.

No podían olvidarse.

V

Los días y los meses pasaron con la lentitud y la monotonía de la ausencia para aquellos colegiales que veían el porvenir sombrío más allá de los muros del colegio.

Como las ramas que se inclinaban en la tapia de la huerta para envidiar los juegos de las educandas; como la tenue lamparilla que falta de aceite languidecía en un ángulo del oratorio; como las nubes de incienso y los místicos cantos que se pierden entre las pinturas de las bóvedas y se escapan por las ojivas, así, aquella niña contrariada, se asomaba al muro de las tristezas que le aprisionaba y volaba en alas de su imaginación enfermiza en busca de su amado.

Carolina enfermaba y el mal era incurable, porque se hallaba afectada de aneurisma.

Fué preciso llevarla á la casa de sus padres para que fuera atendida.

Los recuerdos más vivos de aquellos sitios agravaron á la enferma, al grado, que la fiebre la debilitara y una constante sofocación la atormentara.

Pedía que la llevasen en un sillón hasta la sala, y desde allí podía ver el corredor con las macetas cuyas plantas marchitó el invierno; la calle en donde Leopoldo se situaba por las tardes, y podía entregarse al consuelo de las reminiscencias, que tanto alivian las enfermedades del alma y aun las del cuerpo, cuando provienen de aquellas.

Carolina presentía la muerte, y aunque el médico y un

sacerdote amigo de la familia trataban de darle esperanzas de vida, ella las desechaba, no resignándose á morir sin ver por última vez á Leopoldo.

Para los padres de Carolina, aquellos amores habían muerto con el retiro; para la infeliz niña, ni la muerte lograría extinguir aquella pasión tan violenta como indestructible.

En tanto, Leopoldo, soñando con su pobre colegiala, sólo esperaba el momento de salir del colegio llegando las vacaciones, que ya se aproximaban, y como sucede siempre en los mirajes de la existencia, que se cree tener muy cerca una realidad que no existe, no sufría tanto.

Forjaba proyectos encantadores. Se presentaría una noche frente á la casa de la novia, para que su presencia no fuera notada por los padres de Carolina: ella estaría como antes detrás de la calada cortina, y cuando todo durmiera, hablarían mucho de la ausencia y concertarían la manera de entablar una correspondencia lo más frecuente que posible fuera.

¡Ah! ¡Qué dichoso sería entonces!

VI

Era el obscurecer de un día del mes de Diciembre; el cielo se hallaba envuelto en ese manto de las tardes frías; ligeras ráfagas de helado viento soplaban á intervalos y la noche llegaba con sus iluminaciones eléctricas, sus mecheros de gas, y los postreros ruidos de la ciudad iban extinguiéndose.

Por un balcón abierto enteramente, como lo había estado durante el día, salía con profusión la luz de cuatro cirios que iluminaban una caja mortuoria, blanca, con listones azules, cubierta en su totalidad por coronas y ramilletes de rosas y gardenias.

Cuando el silencio de la noche imperaba, pudieron escucharse los gemidos, los sollozos y los gritos desgarradores en torno de aquel cadáver.

La calle quedó desierta. Cesaron los ¡ayes! lastimeros. Un hombre se dirigió rápidamente hacia el pie del balcón abierto y cayó bruscamente en tierra, exclamando:

—¡Oh, mi Carolina!....

El cuerpo de aquel desdichado, que era el de Leopoldo, fué recogido por la policía y entregado á la familia, cuando ésta identificó el cadáver por una fotografía que se exhibió al público.

VII

El alma de Leopoldo fué á unirse con la de Carolina para morar en aquel jironcito de nube que eligieron para vivir en aquella hora en que parecía haberse ausentado por la muerte un sér querido, cuando los últimos alardes del día cubren de fuego las cúpulas yacentes y los esbeltos campanarios.



EN EL LLANO.

Al Sur de esta ciudad, se extiende la naciente Colonia «Hidalgo» en terrenos que fueron llanuras incultas, á los lados de un camino real, que parte de la extinguida garita de «Niño Perdido.»

La nueva Colonia es una población que surge á la vida del progreso y manifiesta ya su vitalidad con las primeras casitas aisladas aquí y allí, como *blok-houses* de un campamento; los cimientos, como fortificaciones pasajeras en pequeño; las delineaciones de las calles, tiradas á cordel, que remedan surcos paralelos, y los deslindes que semejan prolongadas sepulturas, que pronto serán rellenadas para soportar los muros de suntuosos edificios.

A partir de la garita, sigue una calzada de compacta y abundosa arboleda, que protege á los caminantes de los rayos del sol y ofrece una agradable frescura. Parece la entrada de un bosque á la esplanada de un castillo feudal. Abrense á raíz de los vetustos troncos, dos zanjas que forman los linderos del camino, y al verde subido de las frondas que se inclinan, le disputan su belleza de esmeralda, los malvones obscuros y los tules quebradizos.

Entre los zacatones, aparecen de trecho en trecho arroyos pantanosos que han formado las aguas pluviales. Los adobes amontonados, como las piezas de un juego de dominó para entretenimiento de los niños, antójanse á lo lejos trincheras improvisadas ó bien casuchas derruidas.

El viento en toda su libertad, agita los arbustos y levanta gruesas columnas de polvo que se arremolinan, perdiéndose en el azul de las lontananzas, y á veces fingiendo nublados de humo que obscurecen la campiña durante una batalla.

Angosto canal cuya corriente forma ondulaciones uniformes, ora turbia por la inquietud de las arenas, ora azul besada por el cielo; ya límpida en la aurora, ó ya verde musgo en la agonía de la tarde, corre atravesando la calzada de compacta y abundosa arboleda, pasa bajo algunos puentes de piedra y de vigas movibles, y llega al camino de La Piedad, perdiéndose entre tierras de labor.

Digno de una acuarela maestra, es aquel conjunto de enramadas, de acequias y de horizontes límpidos que han de desaparecer entre las elevadas cornisas, los frontis y las prominencias de la arquitectura moderna.

El comercio abre las puertas de los tenduchos y las tabernas. En los primeros, las antiguas piqueras aprisionan en su enrejado tosco de madera, los frascos de *amargo,* que parecen redomas de un gabinete de alquimista, botellas de *rompope* á medio llenar, de canela, de díctamo y de otros licores que son la delicia del pueblo. En el improvisado armazón, siendo pasto de las moscas, el pan y los cigarros, los dulces, el queso fresco, las carnes preparadas, algunos botes conteniendo especias y formándole altarcito á una imagen en cromo, á la que alumbra día y noche una lamparilla alimentada con aceite, y las latas de sardinas poco brillantes por el polvo. Del techo ennegrecido por el humo de los quinqués de petróleo.

penden algunos aros de barril, y en ellos cuelgan la longaniza y las salchichas, las velas de sebo y la carne salada, que constituyen el incitante deseo de un gato negro que se pasea, con el espinazo arqueado, por el mostrador, ó hace equilibrios sobre las botellas llenas de agua, que son la dorada ilusión de los borrachines parroquianos, quienes no siempre pueden paladear el anís ó el tequila.

En las tabernas, los colores chillantes del mostrador y los barriles, contrastan con el envigado del techo y el color plomizo de las paredes; los vasos de vidrio corriente van y vienen al mostrador rebosantes de pulque, vuelven al barril del agua sucia para ser lavados, y apenas si descansan un minuto, un segundo, para volver al despacho nuevamente. Los otros, los que en la vasera duermen esperando su turno para entrar de servicio, están siempre aseados y lucientes, al lado de las esferitas de cristal, de las banderolas de papel de China y de la loza que sirve de regalo á los marchantes. Algunos grabados que representan la fiebre del toreo, el Reglamento del ramo, firmado por el Gobernador, son el único atavío de las paredes.

En los tendejones, comienza el bullicio mercantil, que es como un débil eco del que sé nota en la ciudad; pero, á diferencia de ésta, no son los criados los que ocurren por *la compra*, son las mismas amas que lucen el rebozo de *bolita* y no se desdeñan de llevar el cesto al brazo. Aquellos cuerpecitos airosos, envueltos en sencillo percal; aquellos peinados á la *negligé*, cuyas hebritas de ébano ó de oro flotan graciosamente á merced del viento que agita las frondas y riza las aguas del canal, van dando envidia á las nubes vagabundas que ostentan coquetamente sus blondas vaporosas, sus encajes espumosos y sus cintas de plata.

En la taberna, no permanece el artesano en las horas de trabajo. Los moradores de los jacales, los que amasan

el adobe con el sudor de la frente; el vaquero que cruza apacentando el ganado, el arriero sudoroso, el caminante rendido, se detienen á *echar* un trago, y tornan al trabajo más animosos, como si con el *neutle* hubieran recobrado nuevas fuerzas.

Unicamente los domingos se alegran las tabernas de la Colonia. Las puertas se hallan adornadas con ramajes y tejidos de tule; el techo cubierto con cadenillas de papel de colores y las paredes con coronas y enramadas de pino. El arpa y la guitarra, gimen con sus notas de cantos populares, porque en Méjico, como en España, vive la copla al calor del vino; la expansión sube de punto, los ánimos se enardecen, y entre las bataholas de la riña, suenan las carcajadas con la locura de la embriaguez; suenan los vasos al chocarse y el tabernero grita á voz en cuello, el «*entra*» y «*pagado,*» siempre que una moneda cae al cajón de la venta.

En tanto, los vasos que no están en servicio, los que duermen junto á las esferitas de cristal, esperan su turno.

***

Es una tarde de domingo. A orillas del canal hay mujeres que lavan ropas sobre pedazos de piedra, y hombres del pueblo que se bañan sin pudor alguno, ofreciendo verdaderos cuadros al desnudo.

Flotan como blancas gaviotas, prendidas en tendederos improvisados en las ramas bajas, las prendas lavadas, y hay pacientes muchachos que echan el anzuelo y buscan *juilitos*, con la misma formalidad que un pescador de oficio espera una buena pieza para llevarla al mercado. Por las vigas endebles, pasa temerosa una joven colona, enseñando al descuido una franja de la media blanca, sobre la orilla negra de una botita de charol, y en los puentes

de piedra, apoyados en los toscos pasamanos, hay amantes pensativos que dialogan con la corriente.

Aquí ý allá se ven familias que no pertenecen á la Colonia; son de otro rumbo, que dejan el hogar y van á lo que llaman el «*Paseo de la Colonia.*» Ocupan los columpios, dejan que los niños retocen, y se sientan sobre la yerba para gozar del paisaje que el campo ofrece, y mientras las mujeres que se mecen en el columpio dan gritos de terror, y los niños saltan y corren como corderitos en libertad, el sol se aleja, amenaza la lluvia y el fuerte viento borra con su esfumino de polvo, aquel lienzo encantador.

¡Qué hermoso está entonces El Llano! Parece un mar sin playas, nublado y melancólico; y ya que el polvo cesa para levantarse nuevamente más abundante, amarillea la rama, aparecen las hojas de los árboles como un marco de *peluche* que limita un gran paisaje, y el caserío aislado, los adobes apilados que se antojan á lo lejos trincheras improvisadas, y los cimientos como fortificaciones pasajeras en pequeño, todo se reanima ý se ve, disipada la polvareda, como un lienzo retocado.

Al dejar aquellos sitios agrestes, cuando los picachos de las cordilleras se van poniendo negros, obscureciéndose la llanura y enlutándose las arboledas, el espíritu se conmueve como ave herida y el pensamiento retrocede.

Al internarse en la ciudad, las luces del alumbrado público hieren el ánimo que se habia acostumbrado á la vista de los horizontes.

Diríase que el alma iba cegando.

La vuelta del campo es una transición desagradable, porque ella significa una libertad ficticia. Hay quien salga de casa con un fardo de desengaños y lo deje á la orilla del camino, para tomarlo al regreso.

El campo es para el triste, el antídoto de todos los pesares, porque en él abundan las aguas que se quejan

y las aves que lloran. Son muy tristes, el ramaje solitario, la mata sin amigas y los viejos troncos en los que la carie del tiempo se ha ensañado Esos leprosos que desprecian las ramas, son los mendigos sentados á la orilla de la zanja, lavando sus llagas, sin obtener una mirada compasiva del viajero.

Si se está alegre, el campo también tiene sus alegrías. En los nidos suele pasar la dicha engañadora. También las aves cantan, distrayendo sus penas. Las corrientes, cansadas de gemir, se detienen en los guijarros y se duermen. Rien las hojas, el césped retoza, juguetean las matas, y los gérmenes nuevos, que son los niños de las viejas plantas, divierten con los juegos de una vida que empieza.



UNA ROMANZA.

"Si tú me amaras y mi obscura vida
De clara luz quisieras inundar,
A tí, mi bien, el alma embelesida
Con tierna voz gozárase en cantar.
Rendida fe dijera lo que ardiente,
Mi corazón muy quedo murmuró:
Que siempre fiel, te adoro ciegamente;
Mas ¡ay! bien sé, que no me quieres, no."

FRESCA como una canción de Primavera, resuena en mis oídos la sentida *Romanza* de Denza, hecha como para ser la envidia de las aves, cuando la reina de Mayo pasa ataviada con su traje de flores y su velo de nieblas, y es la desposada de la Creación, cuyas nupcias se han celebrado bajo las bóvedas frondosas de la arboleda.

Aquellas notas que yo he bebido, como se bebe un néctar y creído ver rodar sobre la alfombra como almitas en pena, me recuerdan los myrthos voluptuosos, los naranjos en flor que saben los secretos del patiecito en que los niños juegan, los azahares nuevos y las rosas que se han marchitado en el altar de la virgen Dolorosa.

Esas inspiraciones de Denza han ido antes al templo, muy de mañana, á hacer su primera comunión, y por la tarde han ofrecido flores en el presbiterio, vestidas de almas gloriosas.

Después, colegialas escapadas que se fueron con ruta al molino, ó á la margen del arroyo á juguetear con el agua y cortar las yerbitas que se bañaban tímidamente ó vagaban por los viñedos, y recogidas las faldas iban cogiendo uvas maduras para ponerlas, ora en el delantal azul, ora en el sombrerito de paja.

Pero aquellas flores tiernas, despertaron ateridas de frío; las almas gloriosas dejaron como un recuerdo de su infancia, el vestido blanco de niñas, y quisieron vestir el traje nupcial.

Entonces fueron á los jardines y á los salones. En el templo recibieron antes y después de la misa, el agua bendita que Amor galantemente les ofrecía con el dedo sonrosado, y en los teatros y paseos deslumbraron por su belleza.

En la floresta, fueron como suspiros amorosos á prenderse en los tallos y las ramas; y en los salones, aún son gemidos arrancados al piano y acentos melancólicos que rivalizan con el teclado.

Son collares de perlas desatadas que han ido á caer sobre una bandeja de cristal francés.

El pensamiento y la harmonía se confunden en esa unión de cariño y poesía; y nuestra alma se transporta al imposible á que fué arrebatado el espíritu de Denza.

Oigámosle:

«Si tú me amaras y mi obscura vida
De clara luz quisieras inundar,
A tí, mi bien, el alma embelesida
Con tierna voz gozárase en cantar.»

El Trovador llega inquietando el sueño de las flores; el follaje gime herido por las pisadas del galán; huyen los céfiros que aguardaban el día en el antepecho de la ventana, porque ésta deja escapar un raudal de perfume, y

las sombras, cada vez más densas, envuelven al nocturno enamorado que llega junto al muro y suspira tristemente.

Estaba cerca de su ideal y no podía poner la escala para trepar por ella, llegar hasta la celosía y en un rayo de luna confundir sus labios y los de su amada.

¡Cómo cantaría si tuviera la seguridad de que la estrofa alada iba con los duendecillos importunos á besar las mejillas y los labios de la niña dormida!

Se conforma con velar hasta el alba sin la esperanza de que la aurora del Amor ilumine el cielo de su obscura vida.

¡Ah! si fuera amado, no exclamaría:

«Rendida fe dijera lo que ardiente
Mi corazón muy quedo murmuró:
Que siempre fiel te adoro ciegamente;
Mas ¡ay! bien sé, que no me quieres, no.»

La fe rendida, llega como el esclavo sumiso al señor que le ha comprado; no olvida que la duda ha de rescatarle muy pronto, y se encariña y se arraiga, siervo en la casa donde sirve.

La incertidumbre es el servidor que sube por la escalera de los criados mientras los amos gozan, y hace de la fe, pálida niña que recorre los aposentos de la casa, la amante del primer desengaño que pasa por la calle, y de la duda que merodea por los corredores y antesalas, la meretriz oculta.

Hay que arrojar de casa á esa intrusa que turba el engaño de la vida.

El corazón murmura; y como el latido de la hoja seca que rueda por el césped, como la linfa clara de la fuente besada de improviso por el rayo de luna, aquel murmurio no halla eco.

El grito de un marinero expatriado, se pierde en los inmensos horizontes del mar; el grito de una alma enamorada, suele perderse en las inmensidades del espíritu.

Por eso se ama.

La *Romanza* es una enferma de amor que agoniza por el influjo de un ideal subyugador; es la pensionista de un colegio de monjas que ha salido por abatimiento de espíritu, y se muere, antes de volver al claustro, y languidece víctima de las nostalgias del misticismo.

Escuchemos las postrimeras quejas de la enferma:

«Si tú me amaras, nunca mi destino
Pudiera ya la pena entristecer;
Yo junto á tí, siguiendo tu camino
Ensueños mil, de amor, te hiciera ver.»

Alboradas de tísica y ensueños de febricitante encierran las anteriores líneas; ya la pena no entristecerá el destino del artista, porque hay en el amor correspondido todo un mundo de bienestar que se detiene en las fronteras del infortunio para decirle: ¡no llegues!

De proyectados viajes, cuando se carece de los elementos para abandonar un sitio que nos atormenta con los recuerdos ó con las realidades; de la marcha que nuestro espíritu emprende aprovechando el sueño de la materia; de los halagos con que pensamos rendir al desprecio, si éste nos abate; de todo ello tiene esta estrofa.

Caravanas amigas que siguen su camino en el desierto de la vida; sueños de hadas que hacen á los niños retardar el viaje de la existencia; mirajes que se confunden; tormentas amorosas que amenazan la vida de los perdidos viajeros, he ahí lo que encierran los precedentes conceptos.

El delirio toca á su fin, las imágenes se reproducen, y la *Romanza* muere.

«De myrtho y flor tu senda alfombraría
Si suerte infiel de espinas la sembró:
Morir leal, morir por tí sabría;
Mas harto sé, que no me quieres, no.»

Harto es saber que se ama sin esperanza; pero ¡es tan dulce alimentar un imposible!

¡Cuántas veces el piano y las voces han cantado la *Romanza* de Denza, y cuántas el imposible ha tomado asiento en el confidente para escuchar y recrearse en su obra!

Las producciones que se lanzan á la vida del sentimiento, se parecen á esos parvulillos que mal encubren con sus harapos miserables unos rostros de ángeles; cualquiera los recoge y los lleva á su hogar, y allí los alimenta y los regenera.

Germinan, se propalan, vagan como criaturas harapientas, y son interpretadas para darles la vida del cariño.

¡Oh, sublime Denza; canta, canta!



MARGARITA.

I

DELFÍN, el gallardo y apuesto calavera que hacía versos y ensayos teatrales, versos y obras que no vieron jamás la luz del sol de la gloria, pues no se dieron al público, desapareció por espacio de ocho años del círculo de sus amigos los bohemios, que también, como él, hacían versos y guardaban en la petaca sus dramas y comedias de autores aficionados.

Cuando algunos de los amigos íntimos de Delfín se reunían casualmente en un café ó en un paseo, y recordaban su pasada vida, echaban de menos la presencia de aquel joven que les consultaba los desahogos de su alma traducidos en fáciles versos y aplaudía las producciones de los demás compañeros, siempre dando rienda suelta al romanticismo que lo tenía aturdido.

¿Qué había sido de aquel poeta desconocido que producía intelectualmente por desahogo y guardaba los borradores de sus escritos, como los amantes guardan las flores secas, el rizo de pelo, la cinta del tocado, una horquilla, un alfiler y el legajo de cartas?

¿A dónde había ido aquel joven que pensaba *hondo y sentía fuerte?*

A menudo, en las columnas literarias de los periódicos aparecían trabajos de muchos de aquellos que comenzaron su carrera de escritores al lado de Delfín, y el nombre de éste no calzaba jamás algunas líneas de aquellas, que, leidas en confianza ó recitadas en reuniones íntimas, habían inspirado la esperanza de vivir la vida de la prensa.

No se le veía ya en lo más internado de la Alameda leyendo á sus autores favoritos, ni camino al bosque de Chapultepec con el libro bajo el brazo, el andar perezoso, y la mirada vagando por la arboleda y por el cielo de las tardes americanas.

Había desaparecido como buen bohemio, había volado como su imaginación, con su fardo de borradores, y emigrado, quién sabe á dónde, en busca de su constante imposible: el Amor.

II

Nos hallamos en un modesto cuarto de estudiante *destripado,* que ha dejado las aulas, y se dedica, por el día, á trabajos de escritorio; y por la noche, espera la llegada de amigos y antiguos camaradas de colegio, para acompañar por turno, á los que tienen novia, á las rondas nocturnas, ir á cenar á una fonda humilde, después frecuentar algunas cantinas y billares, y vagar con los compañeros de *parranda* á altas horas de la noche; después despedirse de ellos, proyectando nuevas correrías para la noche siguiente, y sentarse junto á su mesita de pino blanco y llenar cuartillas de papel en prosa y verso, hasta la madrugada, en que el sueño de la embriaguez acudía, obligándole de mal grado á acostarse.

Tal era la vida de Delfín cuando le sonreía la primavera de la vida á los veintiun años.

Amaba las palideces de las flores que, como vírgenes

enfermas, parecen entreabrir sus pétalos débiles para exhalar un suspiro antes de morir: los crepúsculos lánguidos de las tardes de estío y las auroras apacibles de Mayo, le hacían el mismo efecto que si se sumergiera en un estanque en mañana calurosa; el toque de las oraciones, lo arrobaba con ese arrobamiento de las almas que sufren; la vida de la ciudad le aquejaba; la del campo halagábale por algunas horas; del bullicio, deseaba pasar bruscamente á la soledad, y de ésta al bullicio, y en todas partes sentía sobre su corazón la nostalgia de algo incomprensible.

Era un soñador. Amaba mucho, y no teniendo en quien reconcentrar su cariño, pues, aunque había tenido novias de bailes y de iglesias, en realidad no había querido á nadie. Dedicaba todos sus afectos á la belleza del arte. Amaba el verso con su acento de hada misteriosa, la nota con su bajel áureo de emociones, sus remos de cadencias y su timón aéreo; la pintura, como maga encantadora que reproduce con su varita el suspiro de espuma de la ola; el hojoso laberinto de los montes; el follaje que juguetea con el viento; los horizontes que se extienden como *portiers* del idealismo.... y el semblante de la mujer amada cuya imagen nos sigue á todas partes. La Venus marmórea que sonríe maliciosamente bajo el emparrado del jardín; los *gnomos* y las driadas que forman los surtidores de las fuentes, los bronces de los salones y las esculturas de las tumbas, los monumentos de los parajes públicos y todo ese conjunto mudo que acredita el cincel de un artista, cautivaba el ánimo de Delfín.

Se aturdía buscando un elemento que neutralizara aquel desbordamiento de su alma, y no hallándolo, se entregó inconscientemente á las realidades de la vida.

En los salones de baile dejó herido más de un corazón sin intentarlo quizá; los humos alcohólicos lo llevaban á expresar lo que tanto sentía; y cuando á la mañana si-

guiente se despertaba, después de intentar un concienzudo recuerdo de aquella noche tan feliz, sólo encontraba la silueta borrosa de una orgía, esa esfinge que nos sonríe como burlándose de que no seamos felices mediante el amor que todo lo sublima.

Y sin embargo, allí en aquel edén encantado por la imaginación, estaba la belleza en el apogeo de las pasiones. Las notas se propalaban como las linfas de un escondido arroyuelo que va á morir en un rincón del bosque, notas que llevadas á los oidos de las hermosas, como en nidos voluptuosos, fueron á posarse sobre las miniaturas del tocador, y á extinguirse, rendidas por el sueño, sobre el mullido almohadón de raso azul. Los esculturales cuerpos, los rostros de armiño, las sonrisas, las miradas, y en una palabra, la reproducción instantánea de los encantos del paraiso, convidaban á olvidar la vida terrena y podían llevar al espíritu á regiones ideales.

Delfín se olvidaba de todo al día siguiente; se entregaba á sus diarias labores con honda tristeza, no habiéndose reunido con sus nocturnos compañeros; extrañaba los goces y los recuerdos del cafetín cantante dividido en dos departamentos por una cortina de cretona corriente con sus cuadros de varilla negra que mantenían cromolitografías de viejos ébrios; mujeres cuyos cuerpos velaba apénas ondulante gasa blanca y su papel tapiz rojo.

Hubiera estado allí mejor que en el baile, solo, porque los compañeros le hubieron abandonado en el departamento *pacífico*, por oir á las cantadoras, puesto de codos sobre la mesa endeble con el tosco vaso de ponche enfrente, viendo cómo se iban las espirales de humo del cigarro, cómo se iba su imaginación exaltada en busca de ensueños, y si en unión de sus colegas de fantasmagoría oyendo el relato de nuevas hazañas de la vida de solteros, filosofando sobre algún tema obligado, y entre los acordes de la mala orquesta, darse á la recitación de

versos, su manía favorita, y después.... la misma embriaguez y el mismo hastío.

III

Vaporosa como soñada por el decrépito Fausto, enloquecedora y fugaz como la de Teófilo Gauthier, y profundamente atractiva como una tentación, Margarita era la reina del Zócalo.

No había noche de serenata que aquellos ojos negros, como las fauces de un abismo; aquellas cejas curvas y juntas en un vértice de marfil finísimo, como esbeltas arcadas de una mezquita, no hicieran una víctima.

De aquellos labios provocadores del beso y transmisores del despotismo y el orgullo, salían para cada joven transeunte raudales de sonrisas que apagaban de pronto el fuego de los corazones, para inflamarlos más y dejarlos sin lenitivo.

Aquellas manos perfectísimas que parecían *hechas para la limosna* y el halago, deslizaban en las de los rendidos pretendientes, billetes mentirosos y flores que iban á marchitarse siendo cómplices inocentes de la coquetería criminal de aquella niña caprichosa para cuya belleza, creía al mundo muy estrecho, sus adoradores, pigmeos; y el mismo vestido que le aprisionaba, de riquísima seda, un jirón despreciable, un harapo indigno de la majestad de su hermosura.

Resultado del excesivo cariño familiar que tanto perjudica á las jovenes de nuestra sociedad, ó bien haya sido el temperamento innato en aquella criatura materialmente hermosa, determinaron en su naturaleza un medio desigual entre la manera de pensar y sentir.

Tenía diez y nueve años, y sus gracias fascinadoras, unidas al placer de engañar á los que rendía, fingiéndoles un amor no sentido, llevaron á la desgracia á más de

un galán en ese torbellino de miradas y sonrisas, de suspiros y gemidos forjados en la fragua de un corazón voluble y el suicidio de dos ó tres amantes, reflejó en aquel rostro ovalado de ojos de abismo y cejas de ébano, el fogonazo de una pistola ó la llama interna de un veneno voraz.

Cada noche de paseo disputábanse en riñas sangrientas, á tan cara beldad, los poseedores de ella; una nueva víctima aumentaba la lista de los engañados, y aquella mujer arrogante y subyugadora, sonreía como vencedora emperatriz, ante el suplicio de sus súbditos.

Una mujer de mundo avezada á las comedias del amor para acopiar amantes y con ellos riquezas y comodidades, no hubiera, de seguro, tenido el fecundo ingenio de aquella niña tímida en la apariencia, bondadosa, cuando parecía llevar al cielo su mirada de mártir creyente. Ocultaciones de una alma innoble.

IV

Noche apacible de primavera, los árboles colmados de ramas abundosas y de hojas tiernas; el ambiente saturado por el dominante aroma del floripondio y el perfume suave del heliotropo, y en el cielo completamente despejado, los puntos de oro que al cintilar parecen los suspiros de las almas buenas que han dejado la tierra.

Delfín y sus amigos cuotidianos se habían dado cita para el Zócalo, y el primero esperaba la llegada de los segundos, de pie y apoyado en el tronco de un árbol, tan pensativo como de costumbre, esperando la hora de ir al café, sitio donde para él residían los goces de la vida.

En el kiosko central, la música militar de turno, ejecutó el wals «Dolores,» que tiene la elegancia de los salones y la sencillez de una imaginación enamorada; luego, algunas mazurcas y unos schotis,

Ni aquel wals cuyas notas, según el galano escritor salvadoreño, Arturo Ambrogi, son «las sonrisas de un labio juvenil y virginal, el estremecimiento nervioso de unos hombros descubiertos cuidados por los encajes del escote,» ni el desfile de aristócratas y elegantes jóvenes llamaron la atención del poeta.

Pasó Margarita y se fijó en el joven soñador; éste volvió instintivamente la mirada á ella; sonrió, como habitualmente lo hacía, la reina; tembló el esclavo, y un mártir más subía al calvario del amor.

V

Ya Delfín no iba al cafetín después de las rondas nocturnas, con los compañeros. Ya tenía novia, y ora platicando con ella desde la calle al balcón, ora escribiéndola en su modesto cuarto de estudiante *destripado,* renunciaba poco á poco á sus amigos y á su vida de calavera.

Pensaba que aquella mujer, la única que le habia impresionado con una sola mirada, le regeneró, y se entregaba á ella, no queriendo divulgar su amor, por no ofenderla.

El cambio operado en Delfín era justificado; ¿quién pensaría que aquel rostro de ángel escondiera un corazón perverso?

¡Pobre poeta, que había hallado un término á la felicidad de amar de lejos, en conjunto, consagrando todo ese amor á una mujer sin sentimiento!

¡Proyectos irrealizables, ambiciones cuya cúspide sería el cielo, estando tan cerca del sepulcro!

¡Idealización de un sér todo materia!

¡Inspiraciones dignas de una musa casta!

Aquellas mujerzuelas que cantaban en el café, á las que despreciaba porque eran rameras del cuerpo y le causaban repugnancia, porque no le inspiraban ilusión al-

guna, se mostraban tal y como el vicio las tornó, de hijas del hogar en impuras meretrices; pero podrían amar como antes, cuando el arrepentimiento llamara á su corazón.

Margarita, ramera del alma, no amaría nunca. Engañaría al marido como engañó á sus novios; permanecería impasible á los sufrimientos del esposo, como tranquila vió desfilar ante su orgullo, las existencias juveniles de los que por ella se dieron la muerte.

VI

El desengaño no se hizo esperar. En un jardín sentados ambos bajo un frondoso fresno, cuando Delfín trataba de rodear con su brazo la cintura de Margarita, ésta, notoriamente enfadada, tuvo estas frases para su rendido apasionado:

—Delfín, no te amo; perdona que te haya engañado. Olvídame, porque no he amado ni amaré á nadie.

En aquel momento caía menuda lluvia. El amante deshauciado quiso entrar en explicaciones, creyendo que todo era una broma; pero Margarita huyó á sus habitaciones, diciendo por último á Delfín:

—Mira, mira cómo lloran los pajaritos sus infortunados amores.

Y se alejó riendo ruidosamente.



CABELLERAS.

I

Era la época de la unión de la Iglesia y el Estado.

La pálida novicia pasaba por todas las pruebas del convento, como frágil navecilla entre las turbulentas olas de un mar tempestuoso, y náufraga para el mundo, llegaba asida del madero de la cruz, al puerto salvador.

La pálida novicia habia profesado.

Despojada del primer vestido largo que fué su mejor ensueño de niña ambiciosa, vió en el hábito azul la mortaja límpida del océano que envuelve á los infortunados que sucumben en la travesía; ausentes de la casita que el cariño alegra; lejos del jironcito de cielo, que como tul bordado de encajes blancos, sirve de celosía ideal á la alta ventana que da á los horizontes, y á gran distancia de tierra y agua para aquel rústico sepulcro que en un rincón del cementerio del pueblo y bajo una gruta improvisada con tosca piedra, fuera la ermita donde morara austero y resignado el recuerdo del primer amor.

Los listones que fueron su más codiciado adorno y que habian quedado relegados al olvido monástico, se trocaron en las cintas violadas, color de rosa, blancas y rojas con que la aurora se atavia al despertar, y en las franjas car-

mesies, color de lila y verde mar que finge en sus últimos sueños el crepúsculo de la tarde; cintas y franjas que sorprendía entre el follaje del huerto, si por acaso dejaba el claustro y volvía á él deslumbrada con los efluvios de una vida que se detenía, como esos mendigos hambrientos y haraposos se detienen á la puerta de los monasterios y asilos esperando las sobras de la mesa.

También la vida material se disputa la del alma, como la existencia terrena; cuando se le despoja del alimento ideal, lo mendiga á las puertas de las prisiones, lo pide triste y sollozante en las casas de beneficencia y en los hospitales, y sólo se rinde de fatiga y sucumbe junto á las tapias de los cementerios.

Las flores que adornaron su pecho y su tocado, no le parecían menos hermosas que las del jardincito del convento, porque aquellas no estaban perfumadas con el néctar de los besos de un amante, y éstas tenían el candor de la inocente colegiala. Sin embargo, las besaba apasionadamente, como solía hacerlo con las de raso y terciopelo, siempre que las guardaba en la cajita al volver del teatro ó del Paseo.

La despojaron también del nombre encantador de Felicidad y la pusieron el de Gertrudis, como buscando hasta la última y más incalificable fealdad para la vanidad humana: la fealdad de los nombres.

Felicidad soportó todos los despojos, porque no conocía el amor mundano; si hubiera tenido un novio, siquiera fuese de su edad, de quince años, cómo se hubiera resistido, ó por lo menos, llorado la muerte prematura de sus ilusiones. Los primeros espasmos del alba y los últimos sueños de la tarde, hubieran despertado en el corazón las nostalgias de las citas ocultas; de la misiva que se aprende de memoria; de la flor marchita que se guarda cuidadosamente; de la mirada con la cual se sueña; de la sonrisa en que se extasia el ánimo.

Todo lo habia sufrido Felicidad; pero cuando vió por el suelo, como haces de oro, esparcidos sus luengos cabellos; cuando los rizos agonizaban en un florón de la alfombra saturada de incienso, como niñitos rubios que agonizan en cunitas rameadas, pensó en la belleza que le daba su blonda cabellera, y al verse en el espejo de su alma, con la frente espaciosa como urna de mármol, lloró por la primera vez en el convento; dejó, mal de su grado, el vestido blanco y los azahares con que la engañaron embriagándola de cánticos, notas y perfumes, y se entregó á los deliquios inconscientes de las ceremonias nupciales, allí, en la misma capilla en que se le desposaba con el Crucifijo.

El amor tocaba al imposible. La vida terrena, la existencia material, llamaban en vano á las puertas del convento; el hábito azul fué la mortaja límpida, como las aguas del océano; la cruz, era el madero salvador.

Como las franjas luminosas de aquel cielo vespertino, huyeron las crenchas de aquella cabellera rubia, y se perdieron en las sombras del claustro, con la noche eterna de las almas místicas.

II

Indiscretas miradas de un sol de medio dia se deslizan furtivas por el verde cortinaje de los árboles. El olor del tomillo satura el ambiente. Las brisas de Abril juguetean con las hojas, y las emanaciones de la tierra, húmeda aún, suben hasta besar los tallos de las flores.

Ni un trino, ni un murmurio; parece que la naturaleza enmudece para oir cantar al amor.

En una rotonda entoldada con fresnos y cipreses, circuida por grandes matas de margaritas y geranios, dos seres felices se entregan á sus confidencias intimas que

son la vida del sentimiento, el calor de las ideas y la savia del pensamiento.

Pareciera un cromo-litografía el grupo novelesco que forman aquellos dos jóvenes sentados en un banco de troncos. El, con un libro abierto en la mano derecha, y ella, con una crisantema puesta en los labios. El brazo izquierdo del galán rodeando el leve talle de la dama, la mano derecha de ésta sobre el hombro de su amante, quien reclina la cabeza de cabellera hirsuta y descuidada, sobre el pecho de la joven.

El libro es una colección de versos, recientemente publicados, producción del doncel enamorado, inspirados en un rayo de luna, en una palabra dicha al descuido, en una hoja caida, en un suspiro, en una lágrima.

La flor era el premio ofrecido diariamente por la *musa* de aquella estrofa, después de haber permanecido en su graciosa boca virginal, como en nacarado y rojo buquetero.

Cuando la lectura era interrumpida para comentar las ideas, saborear la frase y beber en un beso aquellas notas de amor, habian caido algunas pobres hojas de la crisantema; entonces la flor pasaba de los labios de fuego á las manos de alabastro de la inspiradora de las rimas, y de ellas, al ojal de la levita del mozo.

Como las manos no pueden estar ociosas cuando se ama, los dedos de alabastro, impacientes, buscaban la melena hirsuta del poeta y se perdían entre el desordenado cabello, que caía en guedejas negras como las ondas de un mar inquieto.

Brotaban en tropel los pensamientos cual si fueran mágicas evocaciones llamadas con la *varita de virtud* que toca la mente fantástica de los niños, y nuevas producciones, nuevos cantos de amor quedaban entre las hojas del libro, como nuevas hojas disecadas al lado de las hojas antiguas.

Los cabellos de los poetas, son como su alma: intrincados siempre.

Si una mujer amada los acaricia, tal parece que separa de su camino plantas punzadoras.

Ciérrase el libro en la última página leida, marcándola con el tallo de una margarita amorosamente interrogada; estalla el beso de despedida, y cuando el sol deja de mirar indiscretamente por entre el ramaje, hay trinos y hay murmurios. La Naturaleza canta entonces los nuevos triunfos de un día más de amor.

III

Las canas, son las nieves que coronan al corazón que es un volcán; por eso son tan bellas. Surge la primera escarcha en una noche en que se piensa mucho, y esos hielos de la vida suelen acumularse súbitamente cuando se sufre en horas que parecen siglos.

De las guedejas blancas, se desprende el frío de la realidad, como de las últimas flores que el invierno agosta se desprende el perfume helado.

Se respeta á los ancianos, porque sus cabelleras blancas nos hablan del torrente que se precipita de la albura de las almas santificadas con el martirio de los años.

La majestad de las canas, es la revelación de un espíritu superior.



PLAYERAS.

EL blanco lienzo de batista con iniciales rojas, dejó de ser agitado por la mano nerviosa de la niña que se alejó llorando de la playa, y como cisne herido, según la seda del bordado, como gaviota á quien la lluvia baña, por las copiosas lágrimas que había enjugado, fué á esconderse en la bolsita del delantal azul; azul, como aquel cielo que se disputaba los cambiantes de plata de las olas; azul, como aquel mar que ya cansado de la diaria brega, envidiara la tranquilidad del espacio infinito; azul, como aquellas dos inmensidades que encierran en su paralelismo la ausencia y el recuerdo.

La tarde de la costa refrescaba los ardores del día con la brisa consoladora que recorría el litoral y penetraba á la ciudad sin atreverse á mover las hojas de las palmeras y los manglares; zabullíanse en el agua y surgían de ella vertiginosamente las aves marinas, que parecían romper con el agudo pico los penachos de mármol virgen de las olas; los pedruscos amontonados en la arena, ocultaban su verde musgoso con el menudo oleaje que llegaba, y lo dejaban ver más fresco y más lozano, cuan-

do las pequeñas corrientes se alejaban para volver traídas por las bandadas de las olas grandes.

Los horizontes parecen desprenderse de la cinta plomiza que los liga á la extensión que abarca la mirada; las boyas surgen y resurgen como presidiarios que quieren inútilmente librarse del grillete, y los canales se distinguen perfectamente, merced á esa claridad, que es en los puertos, el presagio de la muerte del día.

En el muelle, las grúas funcionan elevando los botes que llegan al pie de las escaleras de piedra, y el ruido de las poleas que es una nota del himno del progreso, se mezcla con los entusiastas gritos de los bañistas, allá en las casetas, con el silbato de algún vapor que anuncia una maniobra y con el cántico jadeante con que los boteros unifican sus fuerzas para izar sus embarcaciones.



¡Oh heroica Veracruz!—Yo he visto al sol americano, como un buque incendiado, hundirse en las aguas del golfo sereno en aquellas tardes calurosas, cuando de lo alto de los campanarios y de los edificios antiguos, huía la luz con las evaporaciones de la tierra cálida; yo he escuchado el harmonioso trino de tus aves en los parques y en los cocoteros; he presenciado el sueño de las golondrinas viajeras posadas en los hilos del alumbrado eléctrico; he seguido con la vista á los *nopos* que vuelan á la torre y á la cúpula de tu iglesia parroquial para descansar de sus correrías tras los carros de la limpia; y en los tranvías descubiertos, he divagado mis pesares con tu poético paseo de la «Laguna de los cocos,» hasta la estatua de la Libertad, para regresar por el cementerio donde el poeta nos recuerda que *allí la eternidad empieza y que es polvo allí la mundanal grandeza;* pasar por la iglesita del Cristo en la que se detienen los cortejos fúnebres pa-

ra adquirir el último consuelo, y entre los nacientes arbolillos del Parque Infantil, ver destacarse el mar como en caprichosa acuarela de un pincel que robara sus tonos al crepúsculo.

Por las noches, he concurrido á las *retretas*, y en aquel ir y venir de jovencitas bulliciosas, cuyos encantos encubre la tenue muselina, he admirado las bellezas tropicales reconcentradas en aquellos cutis lánguidos, en aquellos labios de violetas sedientas, en los ojos de mirada suplicante y en los talles flexibles como las hojas de tus platanares.

He amado la virtud con la franqueza de los hijos del suelo; he tenido muy de cerca los testimonios de la grandeza de Dios!



La niña que agitaba el pañuelo blanco y se alejaba llorando de la playa, era una de esas veracruzanas, sensible, como las algas, é impresionable, como las aves de los parques y de los cocoteros.

Había cifrado su amor, ardiente como el sol de medio día, en la época del verano, en un oficial de la Armada Nacional que estuvo de temporada en el puerto antes de embarcarse rumbo á España para hacer la práctica profesional en la Escuadra de Instrucción, á donde iban por aquella época los Aspirantes mejicanos.

Pasábanse los novios días gratísimos entregados á los sueños del porvenir, sin que les inquietase la idea de la próxima separación, que había de serles cruel, ya haciendo frecuentes visitas á los buques mercantes extranjeros, bailando á bordo cuando llegaba una fragata de guerra, siguiendo á la vela las regatas en que la juventud se disputaba una medalla ó una banderola de raso bordada por las reinas de la fiesta, ya con las excursio-

nes á la Isla Verde ó á la de Sacrificios, con las horas que podían ir juntos del brazo, recorriendo los departamentos de la fortaleza de San Juan de Ulúa, y con todas aquellas oportunidades que los que se aman, saben aprovechar satisfactoriamente. El, se olvidaba de su hogar donde le esperaba una madre à quien quizá la pena mataría; y ella, que no sabía más que amar mucho, creía que aquellas horas de suprema dicha no terminarían nunca.

A veces la feliz pareja, siempre acompañada de la familia de la novia, gustaba de ir al encuentro de los pescadores que regresaban al muelle con sus lanchas cargadas de peces brillantes, pescadores que, solían celebrar la terminación de las faenas del día, cantando coplas como estas:

»Morena del alma mía
No te bañes en el mar,
Porque las olas te besan
Y yo me voy á encelar.»

———

«No me esperes en la playa
Porque el sol te hace trigueña;
Vé y espérame en tu casa
Sin que tu madre lo sepa.»

Y al regresar de aquellos paseos, cuando la luz del faro situado en el torreón del castillo confundía su disco luminoso con el del faro «Benito Juárez» y ambas irradiaciones rielaban en el mar como serpentinas de oro; cuando la luz roja de la puerta del muelle se reproducía en las olas y semejaba hilitos de farolillos venecianos, aquellos séres felices se entregaban á los ensimismamientos de su pasión y sus almas hablaban con la estela que

huye y se obscurece, con el astro que titila, con el murmurio lejano, con la onda y con la sombra.

La noche en el mar tiene sus misterios en los que el espíritu se pierde; si durante el día abisma aquella lucha de espumas contra espumas, y el pensamiento naufraga sin llegar al término del viaje, cuando el abismo de la noche cubre el abismo de las aguas, el alma se aletarga suspendida entre aquellos elementos.

El corazón que ama, es el constante viajero de las sombras, porque va en pos del imposible.



El buque había zarpado llevando pasajeros y carga, rumbo á la Habana, para de allí seguir á Santander.

En aquel buque iba el joven Aspirante que no dejó la cubierta hasta perder de vista el pañuelito blanco agitado por la mano nerviosa de la niña á quien amaba tanto.

Había llegado la hora fatal de la partida, casi sin que los amantes que habían de separarse por mucho tiempo, se dieran cuenta de ella.

La muerte, lo mismo sorprende á un enfermo que ama la vida. á orillas del sepulcro, que á una ilusión que se va desvaneciendo al soplo de la realidad.

La falúa de la capitanía fué la última que regresó de bahía llevando al Práctico del puerto. La niña, afligida, entró á la ciudad siendo objeto de los consuelos que le prodigaban su familia y sus amiguitas, y la primera noche de la ausencia cayó sobre el espíritu de la joven veracruzana, sensible como las algas é impresionable como las aves de los parques y de los cocoteros.

La esperanza, esa flor purísima que crece junto al desengaño como junto á los cardos florecen las campánulas, germinó aquella misma noche, y al despuntar el día, abrió

sus hojas perfumadas y fructificó con el llanto amoroso de la pobre niña.

Pero las cartas no llegaban ya con la regularidad de antes. El Aspirante escatimaba las líneas disculpándose con el recargo de estudios y de trabajo, y llegó el día en que ni una letra recibiera la pobrecita enamorada.

Desde entonces, ni una lágrima volvió á rodar por sus mejillas y murió la flor de la esperanza, falta de riego tan benéfico.

En vano se trató de alentar á la niña llevándola á la playa para que los recuerdos la hicieran soñar nuevamente en un amor perdido.

El desengaño había triunfado.

* * *

Insensible á todo y para todo, aquella niña de rostro lánguido, de mirada apacible y de labios de violeta sedienta, fué entristeciendo poco á poco y cayó enferma.

El mal era incurable, porque un amor ardiente como el sol de medio día en los veranos tropicales, afecta el corazón y es de muerte.

Cuando llegó la eterna consoladora de las almas, la buena amiga que nos arranca de los sufrimientos para arrullarnos en sus brazos y entregarnos al sueño de la tumba, la mártir de un amor abnegado y sublime, sólo tuvo un recuerdo en el que reconcentró todos los que hubiera podido alimentar en su abandono:—pidió que la sepultaran con el lienzo de batista y el delantal azul.

* * *

Cuando he pasado junto al cementerio donde termina la mundanal grandeza, me acuerdo de esa niña y pienso en el marino ingrato.

Y al llegar á la capillita del Cristo, si veo algún cortejo que se detiene para recibir el último consuelo, mi imaginación reproduce la historia de aquellos amores infortunados.....

¡Cuántas veces nos hemos alejado, en los mares de la vida, llevados por el bajel del destino, y hemos perdido de vista el pañuelo blanco agitado por la esperanza que nos aguarda!

¡Ingratos, no volvemos á la playa y la esperanza muere!



UN PASEO A LA CASTAÑEDA.

ALLÁ, en el tranquilo pueblecito de Mixcoac que dista como ocho kilómetros de esta capital, se halla una extensa quinta de recreo, cuyos terrenos pertenecieron á la Hacienda llamada de «La Castañeda,» nombre que actualmente conserva.

Debido á la actividad de su propietario, esta quinta ha llegado á ser, los domingos y días festivos, el centro de reunión de buenos y alegres burgueses y aun de gente del pueblo; y en los días ordinarios de la semana, el ameno lugar en que se dan cita los espíritus que tienen la dicha de amar y ser amados, donde el viejo enfermo alivia sus padecimientos pasando temporadas con su familia, y el alma abatida con el recuerdo, siente que su nostalgía desaparece y que nuevas ilusiones renacen con la vida del campo.

Tú, bellísima lectora, que debes amar lo bello en las manifestaciones de la naturaleza, puedes acompañarme en el viaje.

Es la hora de las siestas calurosas de Abril. Cierra el libro nuevo que perfumas con tu aliento, y sígueme, mi buena amiga.

La *Sultana* entreabre el balcón de su *chalet,* sonríe alegremente entre las enredaderas, madreselvas y campánulas que velan la ventana y se baña en un rayo de su rojo enamorado, el sol, que se espereza entre las frondas, vaga melancólico por los geranios, las lilas y los floripondios, y aspira su néctar favorito: el de la rosa the.

El sol es un viejo soberano, gastado en los placeres de un serrallo, y para dormir, necesita embriagarse. Es un morfimaniaco que se inyecta con la savia de los tallos y fuma el ópio de las plantas.

Por eso en Primavera duerme tarde y se levanta á hora ya avanzada.

*
* *

Los grandes y pesados wagones del «Ferrocarril del Valle,» conducidos por tracción animal hasta un costado de la Ciudadela, enganchan allí con la pequeña máquina inglesa y son arrastrados á gran velocidad por un camino en despoblado. A ambos lados de la vía, se extienden vastos llanos, que parecen estar limitados muy cerca, por los cerros envueltos en neblina azul. Las arboledas son escasas y escuetas, y los horizontes despejados.

En el interior de los coches la atmósfera es pesada, por el humo de la locomotora y el polvo que se introducen por las puertas y ventanillas. El ambiente, impregnado con el olor que deja el carbón de piedra, hace difícil la respiración.

Decididamente debemos optar por los *trenes de mulitas,* como el vulgo llama á los Ferrocarriles del Distrito. Habremos de esperar y desesperar, porque la demolición de los portales ha influido mucho en la irregularidad del servicio; pero en cambio, haremos un viaje más cómodo.

Las pacientes acémilas con su trote uniforme y el rui-

dito de sus collares, nos conducirán á la Ciudad de los Mártires, en cuya población las casas de campo antiguas, como las de la «Ermita,» de la «Bola,» «Bardet» y otras, casi desaparecen entre los edificios de construcción moderna, que dan á Tacubaya el aspecto de una pequeña capital.

Los almacenes comerciales, el mercado, los jardines públicos con sus bancos de hierro, el alumbrado eléctrico, todo acusa los progresos de aquella ciudad. Solamente el silencio que impera en sus calles desiertas, y el rumor de los árboles de la «Calle Real» y de los que se asoman por las tapias de las huertas, contrastan con el bullicio que hemos dejado en la plaza de la Constitución, con el movimiento de trenes y carruajes de *sitio*, las vendedoras de frutas, los dulceros, los voceadores de periódicos y los pordioseros, con el ir y venir de transeuntes en las Avenidas del Refugio, Coliseo é Independencia, y el trajín de las tiendas en las calles Ancha y Arcos de Belem.

Hemos pasado casi rozando el contramuro de la cárcel municipal, esa espesa mole de granito agrietada y ennegrecida. Las altas ventanas de las bartolinas, esos rectangulitos de sombra, esas claraboyas por donde asoma el dolor y la luz rehusa penetrar, porque la luz es libre, han demandado de varios de nuestros compañeros de viaje una mirada en la que iba como mensajero de la piedad, el pensamiento.

Pero, hay miradas que no se conmueven con sensación alguna del mundo exterior, y permanecen arrobadas en sí mismas, reconcentradas en lo íntimo.

Hay pensamientos que tienen el corazón por cárcel.

Hay sentimientos que no viajan por temor de morir en la travesía.

Dos anémicas jóvenes que visten riguroso luto, y tres muchachos que aún no pasan la pubertad, ocupan asientos opuestos á los nuestros. En uno de los rincones del

vehículo, una señorita lee atentamente un libro de pasta negra. Un cobrador de casa de comercio bosteza y duerme arrullado por el movimiento del coche, y otros pasajeros fuman y charlan.

De cuando en cuando el vehículo se detiene por cualquier inesperado incidente. La dama del libro negro, deja de leer y se asoma curiosamente á la plataforma para enterarse de lo ocurrido; el cobrador despierta y trata de ahuyentar el sueño; las damas enlutadas y los imberbes suspiran, y en todos los semblantes se pinta la impaciencia.

Es que la señora del libro quiere darse cuenta de la distancia que aún le queda por recorrer, sintiendo llegar pronto al término del viaje, pues ha de suspender la lectura. El cobrador, quisiera ya volverse á ver en su almacén, porque aquellos paseos *á fortiori* le tienen hastiado, y á las niñas vestidas de luto y á los imberbes, les urge llegar á San Angel: son dos parejas amorosas, á quienes el buen hermano de las muchachas *hace buen tercio* (que diría un colegial).

A lo mejor, una piedra puesta en el riel hace saltar el vehículo y una ráfaga de pánico cruza por el interior del wagón. Los más sobresaltados son los novios, que temen que se les *agüe* el paseíto.

Nosotros, como no tenemos prisa en llegar, ni viajamos por cuenta de ninguna casa comercial, ni somos novios, sino buenos amigos, asomados á las ventanillas, gozamos con aquellos panoramas que huyen como las vistas de la «Exposición Imperial,» sin preocuparnos de las peripecias del viaje.

Ya son las arboledas que suelen acariciarnos con sus frondosas ramas, ya los fragmentos de la arquería del acueducto que ha comenzado á demoler el Ayuntamiento, ó ya las llanuras fértiles, los sembrados floridos y los lugares boscosos que nos indican la proximidad del Castillo de Chapultepec.



Por fin llegamos á Tacubaya. En tanto que vienen los trenes de San Angel, sigamos á pie por la vía que se abre en dos ramales, y más allá del río, entra en una elevación plana de terreno hasta San Pedro de los Pinos, reciente Colonia que está muy poblada, no obstante su escaso alumbrado y la inseguridad pública.

Por ambos lados del camino hay edificios antiguos y modernos, de fachadas suntuosas y humildes, que, vistas desde la altura á que nos hallamos, parecen hundidas en el suelo. Hay escalinatas de adobe ó ladrillo para bajar á la vía pública, que no tiene acera, y algunos puentes como el que conduce á la quinta «Morales,» llamado «Puente de la Felicidad.» En uno antiguo de piedra, con bancos cerca del pasamano, está una hermosa muchacha de ojos expresivos y sonrisas tristes; no lleva el cabello sobre la frente, y es pálida como un desengaño. La acompaña una anciana, que debe ser la abuela. Diríase al ver á aquellas dos mujeres, que las alboradas primaverales y las tardes del invierno de la vida, se hallaban en extraño consorcio.

El tren llega: sigamos nuestro interrumpido viaje.



El sol ha comenzado á ocultarse. Domina en el espacio un color de ceniza. Los ramajes y los troncos gimen agitados por un viento del Sur. Los montes se pierden entre las lejanas polvaredas, y la tarde está próxima á declinar.

Destácase en el término de una nueva calzada, en la que abundan los fresnos, los pinos y los troenos, una verja que remata en un dintel semicircular, y por entre los hierros vense las enramadas que se enlazan, los troncos que se inclinan, y las flores que se yerguen.

Los salones de baile ofrecen ese contraste que existe en-

tre la opulencia y la pobreza, entre los amos y los criados. El uno, con estatuas de mármol, esferas de cristal, vidrieras de colores, otomanas y preciosos cortinajes. El piano exhibe su caja lustrosa, y las arañas quiebran las facetas de sus prismas en los discos luminosos que han recorrido el florestal, penetrado por las ensortijadas varitas de la parra, y hecho brillar los chayoteros.

El otro salón no tiene más que bancos de tosca madera, un mal entarimado, y por adorno un enrejado de madera, también con varillas tricolores.

Pero el aroma llega á ambos recintos, las brisas pasan del salón elegante, al otro humilde, y en los dos hay notas los domingos por la tarde, y hay amor, que todo lo iguala.

La Naturaleza no entiende de distinciones sociales, y no desdeña de ofrecer sus encantos á los pobres como á los ricos.

En el teatrito improvisado, se confunden todos los grupos; en la plaza de toros se nivelan las categorías, porque el toreo es un espectáculo de sangre y las sensaciones descuidan el roce de la seda con el percal ó la muselina.

Por las callejuelas que se cruzan en todas direcciones, por las escalinatas que á ellas conducen y en los multiplicados cenadores, hay amantes que vagan sin cuidarse de más fortuna que la de su pasión, que es un tesoro.

Las copas de los árboles frutales, los emparrados y los toldos de tezontle, amparan á todos los que dejan un recuerdo, para llevar nuevas impresiones.

Allí está la intrépida cascada que se despeña entre gigantescos pedregales y forma después una corriente sosegada y límpida; el laguito con su puente de mimbres y troncos artísticamente combinados; con su islote de junco y plantas que se inclinan para beber sedientas aquellas aguas estancadas, y con su imagen Dolorosa hecha de esponjosos pedruscos.

La rotonda convidando á una merienda campestre, con su bóveda de ramas nuevas y sus festones de heno; la gruta con sus juegos de aguas en surtidores caprichosos, cuyos chorros, al caer, iluminan los mil tiestos, azulejos y fragmentos de luna embutidos en las aristas de las piedras. Los arroyuelos en que se baña la violeta y retrata sus coqueterías la rosa de Castilla. Los estanques, vacíos aún, con las hojas secas que el invierno depositó en ellos, los arriates, el platanar, y como engañosas lejanías, los rinconcitos del jardín, los límites de aquel verjel encantado.

Y en aquella cascada han ido á morir las miradas melancólicas de una mujer amada. En el lago, como piscina milagrosa, se han purificado los suspiros. En la plazoleta moran las impresiones del último baile. En la gruta anidan los misterios. En los arroyuelos hay fragancias de labios purísimos. En el platanero han quedado grabadas las tristezas de una tarde en que los novios lloraron, y en las lejanías engañosas, el despertar de un sueño.

¡Oh, nueva Primavera! ¡Bendita seas! Por tí el anciano enfermo alivia sus sufrimientos, y el alma abatida con el recuerdo, siente renacer sus ilusiones con la nueva vida de las flores. Tú eres amor y eres esperanza.



¡Cómo brotan las primeras flores de Abril! Entre las orladas hojitas de las rosas de Castilla, hay botones cerrados, son las vírgenes que han de desposarse con el rocío en una mañana de Mayo, á la hora en que las *campánulas repiquen durante las nupcias de las rosas*, como ha dicho un poeta, y los lirios perfumen el tálamo.

Hay tallos que suspenden hasta cuatro ó seis hermosas rosas blancas, que se hacen lugar en el ramito, recogiendo sus hojas, como en una tertulia las amiguitas, para es-

tar juntas y contarse sus secretos amorosos, recogen las faldas de sus vestidos y forman un ramillete de hermosura en el salón.

Los geranios extienden sus aterciopeladas hojas y dan abrigo á «no me olvides» y á los aretillos. Las lilas alfombran y los floripondios se doblan como respetuosos vasallos en el alcázar de las margaritas.

Y allá, arrimadas al muro y muy bajitas y recatándose entre las hojosas matas, las madreselvas con sus galas de color crema, sus blancuras de mármol, y sus matices rojos, asomando apenas, como abrigadas damas que van á un baile en cerrado carruaje.

La yedra espía indiscretamente en los cenadores. Es la servidumbre que envidia los goces de los amos.

¡Tardecitas de Abril, vuestras emanaciones de tierra húmeda; el gemir de vuestras frondas; el cielo que se nubla; el sol que se espereza; los montes que desaparecen en las lejanas polvaredas, todo me dice que el amor existe!

Yo también entreabro las ventanas de los campos y me gozo con todo ese conjunto de vida y alegría.

Cuando ya no pueda sanar como esos viejos enfermos; cuando no haya primavera para mi alma, entonces mi espíritu abatido me preparará un sitio en el campo de las tumbas.

¡Llevadme flores y recuerdos! ¡Aquellas lejanías no son mentidas! ¡Los dominios del alma son infinitos como ella!

***

Estamos nuevamente en el wagón y la noche se acerca.

Sobre las crestas de las montañas parecen descansar las nubes rojas, como las llamas de un incendio, y coposas como el humo desprendido de maderas ardientes. Los follajes, cansados de gemir, se han dormido como niños inquietos, y aunque la sombra es densa, el Ocaso sigue

débilmente iluminado, hasta que pueden distinguirse, como puntos brillantes, los focos eléctricos que iluminan á Tacubaya.

Las lucecillas de los wagones que suben, parecen, allá á lo lejos, como ascuas encendidas en el fondo obscuro de una caverna.

Tenemos muchos compañeros de viaje; pero ninguno habla. La señora que leía el libro de pasta negra, duerme y sueña, probablemente con el argumento de la obra. Los novios cabecean, y tal vez ellos piensen en un nuevo paseo, y ellas y el hermano en una reprensión de papá por llegar demasiado tarde.

No duermas como ellos, lectora mía, y cuéntame las impresiones que haya dejado en tu ánimo el viaje y la corta permanencia en la «Castañeda.»



OTOÑALES.

LLEGARON las tardes de lluvia, impasibles y frías como el corazón de Angela la costurera, cuya historia es muy conocida en un arrabal de las Colonias de Arquitectos.

La *modista,* era el nombre con que la designaban los vecinos y vecinas del rumbo.

Tardes de martirio eran estas para Angela, porque con ellas se despertaba más vivo el recuerdo de una opulencia improvisada, después de una miseria en la que trabajosamente se habían esbozado sus inocencias de niña y sus encantos de mujer, inocencias que no bastaron á retenerla en el hogar al lado de la anciana madre, y encantos que fueron como los peldaños para descender al vicio, y ascender luego al arrepentimiento y la expiación.



Una viviendita de casa de vecindad á la entrada del portal, formada por la pequeña sala ó recibidor con balcón á la calle; una recámara con ventana para un patiecito, y éste, limitado por muros elevados que recuerdan un convento de monjas.

Por todo menaje en la sala, un confidente aforrado de burdo tejido de cáñamo, un silloncito mecedor de bejuco, algunas sillas de tule, una mesita de madera blanca con algunas flores puestas en vasos de barro y una lamparilla de vidrio corriente alimentada con aceite y que ardía frente á un cromo que representaba á la Vírgen de la Soledad al pie de la Cruz.

En las paredes, una que otra lámina de esas iluminadas que se reparten en las novelas por entregas, almanaques viejos anunciando las máquinas de Singer, la famosa cerveza de Toluca, el hilo del Chivo ó algún establecimiento comercial que se hacía *réclame* con el regalo de año nuevo.

Cerca de la ventana estaba la máquina de coser y sobre ella un montón de tela blanca; era lo que servía para confeccionar camisas y calzones que Angela entregaba diariamente en el almacén denominado «El Aluvión.»

Tanto las puertas-vidrieras de la ventana, como las de la entrada, estaban veladas por unas cortinas de punto, blancas, y otras de sarga roja que servían de fondo.

La luz, pues, llegaba tamizada á aquella estancia tan escasa de muebles y de ornato, no obstánte de ser el santuario del trabajo, y de oficiar en él una mujer desvalida.

En la recámara, el catrecito endeble ostentaba su blancura pálida de alcoba pobre; no había cortinajes, ni bordados delicados sobre los colchones, ni almohadones de pluma enfundados de seda; pero sí podía descubrirse una limpieza esmerada que daba un ambiente agradable, parecido al que deja un libro recién impreso.

Algunas sillas semejantes á las de la sala y una mesa de noche, constituían el ajuar de esta segunda pieza, y como único adorno, colgaba de la pared, arriba de la cabecera del lecho, un crucifijo de metal blanco y un rosario de ágatas negras.

Algunas macetas descuidadas y una jaula vacía en la

que aún estaba llena de alpiste la tacita de porcelana y la cazuelita rota, donde se bañaba el zenzontle que había huído, ocupaban la azotehuela, que era triste como lo están siempre las de las casas pobres.



La *modista* había ido al almacén, como siempre, á entregar su obra de costura y á recibir antes del pago exiguo y miserable, por las prendas, una imprudente reconvención del dependiente, cuya reprensión, hacía volver el rostro á los marchantes para fijarse en Angela y ruborizar á ésta, con ese rubor que el destino implacable pone en los semblantes demacrados por el hambre, por las penosas vigilias pasadas en el rudo y poco productivo trabajo de la mujer.

Angela conservaba aún, á pesar de sus treinta y cinco años y de las contrariedades de que había sido víctima, su cabellera negra y abundosa que caía como cascada de sombras sobre su espalda y en naturales rizos coquetuelos sobre la frente, velada por la pena. Su cuerpo alto y esbelto con la esbeltez de la anemia, todavía dibujaba unas formas bien acabadas bajo la bata de percal obscuro.

El rostro oval, como los de esas madonas antiguas que se ven desvanecidas por la mano del tiempo en valiosos lienzos, revelaba la perfección de una belleza prematuramente ajada por el abuso de besos y caricias. Los ojos eran grandes, sombreados por gruesas cejas y levantadas pestañas, negras como el infortunio, y con una expresión de melancolía, que sin ser inspirada por el amor, convidaba á amar.

Los labios habían perdido el rojo mate de un clavel murciano; pero los agraciaba la lividez de lirio muerto y las sonrisas de mártir resignada.

La cintura extremadamente breve; el pequeño pie aprisionado en toscas botas de cuero del país, y todo aquel conjunto de hermosura marchita, echado sobre la máquina de coser, desde las primeras horas de la mañana, hasta más de media noche. Asfixiada con el gas de un viejo quinqué sin pantalla, y rendida á fuerza de faena, pregonaba con la elocuencia patente de un mendigo mudo, todo un pasado más feliz, ido, ido por siempre, para no volver nunca.

***

El cielo está brumoso; el sol se ha metido en casa presintiendo el próximo chaparrón, como vejete que teme constiparse; cae lluvia menuda que obliga á los transeuntes á subir al tranvía, á ocupar coches de sitio, ó á caminar apresuradamente bajo las molduras salientes de los edificios.

Aquí y allá vense *impermeables* y paraguas en todas direcciones, y bien pronto las calles quedan desiertas, porque el aguacero las inunda.

La tempestad se ha desencadenado; las descargas eléctricas interrumpen el monótono ruido que forma el agua que cae. Las mulas de un vagon ó los caballos de algún elegante carruaje, baten el agua turbia, y las ruedas de los vehículos producen un ruido parecido al del hélice de un Vapor. La bruma es cada vez más densa; las crecientes invaden las aceras y el agua continúa cayendo pesadamente.

Angela tiene que afrontar el mal tiempo; pronto será de noche y cerrarán el almacén; tiene imprescindiblemente que ir á él, á la fonda donde por un módico precio se desayuna, come y cena, y regresar con el trabajo del día siguiente.

Allá va la pobre costurera, la falda levantada con la

misma mano que sostiene el gran lío de camisas y calzones, la sombrilla desvencijada proporcionándole la ilusión de que la cubre; los pies hundidos en el agua turbia que sube en la acera salpicada por el fango.

Acaso si por la ventanilla de un *simón* asoma la cabeza de un viejo enamorado, ó la cara pintada de una mujer de mala vida, para fijarse en la desdichada *modista;* el uno, viendo una prenda codiciable, y la otra mofándose de una virtud que ha despreciado y que le causa envidia.

La costurera, ni siquiera se fija en aquel alarde de lujo y de comodidades, porque está resignada al sacrificio; acelera su marcha y llega al «Aluvión,» cuando los focos eléctricos y los mecheros de gas reflejan sus iluminaciones en aquellos lagos improvisados.

Es la primera vez que el dependiente le pone buena cara y la recibe sin observaciones; le permite que espere dentro del almacén, hasta que la lluvia cese, y cuando ha escampado y el agua de las aceras ha desaparecido, le dispone violentamente el trabajo y la despide deseándola que la humedad no la perjudique.

¿Cómo no contristarse ante el aspecto de aquella infeliz mujer, candidato aún para el vicio y resguardada por la virtud sublime del trabajo?



Angela fué arrancada del mísero albergue en que agonizaba la pobre abuelita, por un viejo capitalista que se fingió su protector, y él fué el amante que marchitó sus primeros besos y despertó en su alma virgen las primeras vanidades de una niña ambiciosa.

Abandonó la pieza obscura y húmeda en que trabajaba costura ajena, por la lujosa quinta de recreo donde la llevó el viejo amante; cambió su lecho de tablas, por la

mullida cama de latón; dejó sus vestidos de percal, por los atavíos de una señora de gran mundo, y huyó de donde la muerte la reclamaba para cerrar aquellos ojos que se habían recreado en su gracioso semblante de niña, y sellar con un ósculo, por la última vez, aquellos labios que tantos besos le habían dado.

Al cabo de cinco años, es decir, cuando Angela tenía veinte, el viejo millonario, cansado de ella, proyectó un viaje á Europa y la dejó en la quinta, encargada á un mayordomo que cuidaría de ella.

Todo fué un pretexto. Una mañana el mayordomo hizo saber á la señora, que su amo, á causa de sus malos negocios, se veía obligado á hacer economías, y que entre ellas, estaba la supresión de su amante que era un lujo inútil.

La reina destronada, abandonó el solio de su belleza. No faltó, sin embargo, quien tratara de reemplazar al viejo capitalista que se había semiarruinado por aquella mujer hermosa; pero Angela, que si no había amado al ricachón, sí se había rendido á él, creyó ver en aquel abandono un castigo divino por su ingratitud con la abuelita enferma, y desde entonces fué la modesta costurera.



Aquellas tardes de lluvia impresionaban hondamente á Angela; no recordaba aquel lujo asiático que como un sueño había pasado para ella; se acordaba de horas en que las gotas de agua al caer, parecían un eco á los ¡ayes! de la vieja enferma; veía en las prendas de costura, las privaciones y miserias de su vida de niña.

El humilde vestido de percal y el tosco calzado, le hablaban de la verdadera felicidad, y hasta la soledad que la rodeaba le parecía grata.

Así vivía la *modista* en la viviendita de un arrabal de las Colonias de Arquitectos, siendo objeto de la codicia de los galanes de barrio á quienes desdeñaba, y de la envidia de las vecinas, que de amante en amante, de amorío en amorío, descendían por la pendiente del vicio, sin comprender la ejemplar abnegación de Angela.

¡Pobres hermosuras que ignoran los desengaños que habrán de marchitarlas!

Dichosas las mujeres que, como Angela, hallan en la expiación el consuelo de un desencanto.



EL PASEO DE LAS FLORES.

MIGNON se había dormido acariciando la esperanza de ir á la mañana siguiente al «Paseo de las Flores» como le tenía ofrecido el abuelito, y era natural que los sueños de aquella noche fueran como inquietas mariposas en torno de aquella idea de joven mujercita que no hacía un año vestía el traje largo; se olvidaba á menudo del *rorro* que dormía abandonado en el fondo del guardarropa perfumado con aloe; veía desde el asiento del carruaje, jugar á los niños en los praditos de la Alameda, sin acordarse de sus no lejanos tiempos de niña; iba de paseo los domingos mirando con disimulada coquetería á los jóvenes elegantes; se sentaba al piano como una profesora de treinta años; reñía á las modistas, hablándoles de modas pasadas que sólo había conocido en los figurines de *La Moda Elegante;* sentaba en sus rodillas y acariciaba gravemente, cual pudiera hacerlo una señora mamá, á los niños que visitaban la casa, y cuando se asomaba al balcón, ya no arrojaba papelitos sobre los transeuntes, ni cantaba con su voz atipladita los abigarrados versos que en mala hora se le ocurrieron á un *poeta* ramplón para eclipsar las bellezas del vals «Después del baile.»

El zapatito de los santos Reyes, el Arbol de Navidad y «Las Mil y una Noches» rasgaron el tapiz de la recámara, para no volver más, cuando la falda de seda blanca que durante el día había besado con su orla la orilla de la botita abrillantada, yacía sobre el sillón colocado al pie del vaporoso lecho, y envuelto en los limbos color de rosa de la lámpara veladora, como un copo de nube matinal iluminado por los primeros rayos de un sol que se ha levantado demasiado temprano.

Cenicienta, la transformada en virtud de una varita mágica, en Real princesa y en regia Sultana de las Perlas, la Blanca de nieve que habitaba la selva misteriosa, la Durmiente del bosque, ya no pasa en el palanquín de oro llevado por esclavos para ir al Palacio de Cristal, donde la espera su amante el Príncipe Azul.

Aladino no enciende ya su lámpara maravillosa y la afoca como antes sobre el *linón* de la alcoba para que las hadas buenas con sus mantos imperiales y sus *chapines* de sedas deslumbrantes, pasaran en sus carros de conchas marinas, y los príncipes enamorados, cabalgando á todo correr, fueran á los palacios de sus prometidas y se unieran á ellas en suntuosas fiestas, allá en los jardines donde los lirios azules, las violetas de plata, las gardenias de cristal y los claveles de oro, brillaban á la luz de la luna; los arroyuelos congelados en ricas pedrerías, eran los joyeles de las princesas, y las iluminaciones multicolores, parecían estrellitas lejanas ó luciérnagas inmóviles.

El kaleidoscopio de Mignon se ha roto en mil pedazos por la llegada del amor.

La carta del primer *novio grande* ha dicho á las fantasmagorías infantiles: «¡retiráos!» y los libros de pasta roja y cantos dorados, han obedecido el mandato é ido á la cómoda de cedro, junto á la cajita perfumada, á esperar la llegada de las flores disecadas, del retrato ébrio de be-

sos, del pañuelo bordado, del ricito de pelo y de todas aquellas prendas que son el tesoro de recuerdos guardados religiosamente en el arca del amor.

Las novelas en que una dama es disputada por dos galanes á quienes ama á la vez y es rescatada por la sangre de uno de las amantes, muerto en desafío; en las que un padre hace robar al hijo á la amante pobre; en las que no falta un capitalista improvisado por el crimen, mujeres deshonradas, calaveras afortunados, jóvenes encerradas en conventos, suicidas de recurso, y enfermedades súbitas para conservar la acción de la obra, hicieron desaparecer aterrado al mismo «Barba Azul» y echaron el pie atrás á las brujas de tocas negras.y narices curvas, con aspecto de lechuzas, é impidieron la entrada á la alcoba de Mignon, aun al mismo Lucifer que llegaba de noche con sus alas membranosas, sus ojos de fuego y sus uñas puntiagudas, hasta el lecho de la niña, atemorizada en el colegio por faltas insignificantes.

¡Olvida!—había dicho al oido de Mignon con su acento de brisas primaverales la juventud que llegaba trayendo sus locas alegrías y despertando los goces adormidos de una alma candorosa; y Mignon había dicho:—¡Olvidaré!

Como la Eva del Paraíso, Mignon vió reflejados sus encantos en el arroyo de la nueva vida, y al verse tan hermosa, arrojó lejos de sí sus vestiduras de niña y pensó en el vestido blanco de las desposadas.



Corta, como ninguna de su vida, le había parecido á Mignon aquella noche. Las sombras del sueño ¡cuán pronto se habían desvanecido!; apenas la imagen de aquel gallardo mozo de mirada penetrante, cabellera ensorti-

jada, cuerpo esbelto y arrogante, *el novio grande* se había alejado un momento, para volver muy en breve.

Había escuchado vagamente el toque de diana dado por los clarines del cuartel más próximo y el repique del alba la despertaba.

La luz de la lámpara veladora cintilaba con perezosas irradiaciones. ¡Pobrecilla, había alumbrado toda la noche y quería descansar!

Las luces de las recámaras duermen por el día, como esos pobres hombres que velan el sueño y la seguridad de los potentados.

Los ramilletes de la alfombra parecían reanimarse con los primeros destellos del día, no bien la escasa luz de una mañana de Marzo, pretendía inútilmente apagar la de algunas estrellas que tachonaban el espacio, y ya Mignon dejaba las sábanas rugosas, los almohadones derribados y las colchas formando volcancitos en miniatura.

Los transparentes cortinajes del pabellón, descorridos por las graciosas manos de Mignon, dieron paso á aquel cuerpo encantador, que pudiera tenerse por una visión, á tales horas en que la noche vencida se resiste á huir, con aquel ambiente aromoso teñido de azul rosa y blanco y entre los entusiásticos gorjeos que iban de rama en rama y llegaban hasta la estancia tibia de Mignon para decirla:—«Amor.»

Agitábanse los senos núbiles de aquella virgen bajo el descote bordado del camisón de batista, como si los impulsara un sueño fatigoso; las mejillas ardientemente sonrosadas, ofrecían esos tintes de rubor que experimentan á solas las jóvenes enamoradas que por vez primera piensan en un novio; y las medias de seda color lila, atadas con ligas negras, hacían precioso contraste con el ancho rodapié de floreos crema y fondó azul pálido.

A un ligero tironcito de la mano de Mignon, deshízose la nube de seda blanca que yacía en el sillón colocado al

pie del lecho, las botitas abrillantadas volvieron á ser besadas por la orla del traje largo, y al morir la luz de la lámpara, al entreabrirse la vidriera del corredor para que el perfume de las macetas de porcelana se confundiera con el hálito de aquel verjel de ensueños; al amortiguarse el azul del tapiz, por el azul del cielo, la niña-mujer contaba ya con un nuevo día de juventud, con una nueva alborada de felicidad.

Llegóse Mignon al tocador, somnolienta aún, como esas florecillas que se bañan por la mañana en los riachuelos, y como le había ofrecido la víspera al dueño de sus pensamientos, ella misma se hizo el tocado que tanto le agradaba y colocó en él una de las gardenias más frescas y hermosas del *bouquet* que le había regalado por la noche.

En tanto los caballos frisones, enganchados al landó, piafan impacientemente en el patio, y la caja lustrosa del carruaje servía de espejo á los platanares y limoneros que alegraban la planta baja de la casa.

Los pajarillos trinaban á porfía en las jaulas blancas de los balcones y en las doradas que alternaban en el corredor con las jardineras colgantes. El ruido que hace la servidumbre, que es el primer ruido que se despierta en las casas de personas acomodadas, y los pitazos de las trompetillas de los aurigas de tranvía, comenzaban á pregonar nuevo trajín y nueva vida.

Mignon fué de puntillas hasta la entrada de la recámara del abuelito que comunicaba con la sala, y notando que dormía el viejecito, tuvo una feliz ocurrencia de niña loca y juguetona.

El abuelito le había dicho:—cuando escuches la diana, estate de pie y lista para marchar.—Mignon fué al piano que estaba abierto y ejecutó los primeros acordes de la diana militar mejicana. En seguida se acercó á la vidriera y gritó con voz de pequeña vivandera:

—¡En marcha!

El sueño de los ancianos es tardo en las altas horas de la noche, porque piensan mucho; y en las primeras, tiene la pesantez de los años.

El abuelito se despertó recordando su promesa, y con la rapidez de un soldado que teme faltar á una lista, se vistió y acicaló apresuradamente, en tanto que gritaba á su nieta con voz de viejo madrugador:

—Al momento, al momento.

Instantes después, el lacayo abría la portezuela; Mignon se instaló de un salto en el asiento trasero del coche tirando la sombrilla que levantó el lacayo; y el abuelito, después de haber arreglado el cuello del gabán y de abrocharse el guante izquierdo, subió tomando lugar al lado de su nieta que le recibió con una sonrisa y un golpecito en el hombro, y dijo al cochero:

—¡A la calzada de la Viga!

***

Cuando el landó salía de la casa y los porteros volvían á cerrar las puertas del zaguán, el sol no asomaba por Oriente.

Cerca del embarcadero notábase esa animación que caracteriza á nuestras tradicionales fiestas ó *verbenas*.

Ir y venir de carruajes de alquiler; cupés en donde caben toda una familia encajonada, inclusos la niñera y la nodriza; berlinas hechas como para poner en *ídem* á los *gomosos* que las ocupaban, y hasta carretelas abiertas, que por llevar la franja azul, roja ó amarilla, con que se designa la categoría de los *calandrios* y por lo anémico de los jamelgos, bien se podía comprender el lujo ficticio que gastan los que por un módico precio pueden pasear en coche durante una ó más horas.

El azul purísimo de los primeros días de Primavera, convidaba á recorrer á caballo aquella extensión de an-

cha y aseada calzada, que con sus dos filas de árboles nuevos y antiguos, y teniendo á la izquierda el histórico canal que desagua en el lago de Texcoco, conduce hasta la garita de la Viga, de donde otra calzada de frondosa arboleda corre á la izquierda del referido canal, llega hasta al pequeño pueblo de Santa Anita, célebre por las orgías campestres de cada año, desde la época del Carnaval, hasta las Pascuas, y sigue hasta el de Ixtacalco, que es ya una población con el aspecto de ciudad pequeña.

El carruaje que conducía á Mignon y su abuelito, siguió la línea de coches que ordenadamente iban y volvían, dejando libre el paso de las cabalgaduras en el centro de la calzada.

A medida que el sol iba elevándose en el espacio, con la magnificencia de un rey que está de fiesta, lucían los puestos de flores y verdura alineados en la margen del lago, que hoy tiene por el lado opuesto varios establecimientos fabriles que emplean el agua como fuerza motriz.

Las rojas amapolas con sus grandes hojas y sus tallos delgados, parecían en los cestos, copos de fuego ó bolas de juego de billar, pintadas y á medio pulir.

La espuela de caballero, en asombrosa profusión, azuleaba menudamente, y los gruesos manojos de esta simpática florecilla, semejaban, vistos á distancia, arroyuelos que reflejan el espacio tranquilo.

Las mosquetas con sus blancas hojas encarrujadas, perdidas entre el abundoso follaje de que las rodean los vendedores, eran como conchitas marinas ó gruesas gotas de cirios encendidos que hubieran juntádose en una alfombra de esmeralda.

El *Pensamiento* se recostaba en el regazo de las violetas.—La linda gardenia estaba aislada, para que su belleza no se ajara, y parecía morirse de tristeza, prendida en las asas de los canastos; la diminuta *flor de Mayo*, co-

lor salmón, circulaba en forma de collares y adornaba los cuellos de los caballos y las manijas de las bicicletas. *Los cabellos de ángel*, cuyas matas remedan en los campos llamas de fuego en los incendios crepusculares, caían en hilos mil una vez abiertas, en las manos de las damas, y tomaban el aspecto de copas rebosantes de vino de Borgoña.

En coquetos ramilletes se hacinaban otras muchas hijas de los campos, alardeando de frescura y lozanía, y colocados en los turgentes pechos de las hermosas, al lado del bullón y del encaje, ocupaban el sitio que su belleza demandaba para morir.

El calor de un seno virgen, es el lecho mejor en que pueda agonizar una gardenia. El aliento emanado de un corazón amante, es el ambiente que indemniza á las flores del rocío y de la brisa.

***

El alma de Mignon vagaba inquieta por aquellos sitios que tenían para ella la poesía de los catorce años; pasaban en vertiginoso tropel, caballos arrogantes y jinetes apuestos, y bicicletistas que se deslizaban como aéreas siluetas.

En algunos carruajes descubiertos, el amor había tomado asiento, y en ellos reían alegremente las niñas, los papás gozaban y las parejas de felices novios, dejaban la contemplación del paisaje para mirarse y hablar de su pasión.

¿Quién colocaría en el pecho de Mignon un ramillete? ¿quién le haría con sus miradas amorosas más grato el paseo?

El abuelo, como todos los viejos que son llevados á los sitios que frecuentaran en su juventud, se abandonó á sus recuerdos; y absorto ante el pasado, su imaginación

se embarcó en una canoa adornada con festón y guirnaldas de *zempatsochilt*, en la que una estudiantina de colegiales alegres tañían los bandolines y se alejó de su prisión de nieve hasta perderse en las ilusiones de otros días..

....

Mignon aguardaba con la impaciencia de tórtola enamorada á su *novio grande*, porque sabía que debía llegar.

El galán esperaba, montando en albardón un caballo alazán, junto al busto de Cuauthimotzin. Cuando el landó pasó por aquel sitio, los jóvenes enamorados se saludaron con la mirada; el novio mostró al disimulo una carta y un ramo, cabalgó al lado del carruaje en unión de otros jinetes, y sin que el abuelito lo notara, deslizó en la mano de Mignon la misiva y el ramo.

La música de la guarnición ejecutó las últimas danzas. El sol lanzaba chorros de fuego, y el landó de Mignon, por indicación del anciano, dejó la «Calzada de la Viga» para regresar á casa.

Mignon, cubierta con su sombrillita de raso blanco y orla de blonda crema, iba satisfecha.

Los hijos del pueblo volvían llevando haces de apio, coronas llamadas de *cucharilla* y flores en abundancia.



Por la tarde, Mignon lucía en su pecho el ramillete que buscaba el mejor sitio para morir.

En la cajita perfumada, arca del amor en que se guardan los recuerdos, se hallaban una carta más y un ramito marchito atado con un listón azul.



AUSENCIAS.

> «¿Viene ella todavía á Luxemburgo?—No, señor.—¿No es esta iglesia donde oye misa, verdad?—No viene ya.—¿Vive todavía en esta casa?—Se ha mudado.—¿A dónde ha ido á vivir?—No lo ha dicho.—¡Qué cosa tan sombría es no saber las señas de la casa de su alma!»
>
> VICTOR HUGO.

El parque está de fiesta. Las ramas enjúganse con un sol primaveral, después de haberse bañado con el rocío. Las flores visten sus mejores galas, como las niñas coquetuelas los domingos por la mañana, y el regio alcázar destácase allá sobre encrespada mole de granito con sus jardines orientales, su lujoso palacio, su castillo, en el que se yergue majestuoso y esbelto el «Caballero Alto» y su esplanada, por la que discurren, con el libro bajo el brazo, los alumnos de la Escuela Militar.

El bosque de Chapultepec, el Luxemburgo mejicano cuya antigüedad acreditan los viejos árboles de troncos descarnados y de copos de heno, es el recinto que guarda mil recuerdos amorosos confundidos con los hechos heroicos de una defensa llevada á cabo por niños militares.

En cada tronco hay fechas é iniciales grabadas por el

doncel enamorado, y en la profunda gruta donde moraran las fieras imperiales, pueden leerse á la luz de una tea, nombres y pensamientos escritos con gruesos caracteres en la roca.

Los linderos se hunden al peso de los años, y las arquerías del acueducto, tapadas con ladrillo, desaparecen entre la fronda espesa.

El sol besa las plumas blancas de los cisnes que dejan la caseta de madera y surcan el pequeño lago.

Por la rampa descienden los carruajes de la Presidencia llevando á los Secretarios de Estado, y por la escalinata de piedra sube la servidumbre llevando la compra del mercado.

El monumento de los niños héroes, luce su mármol blanco y sus letras de oro, y espera la llegada del día 8 de Septiembre para que le renueven las coronas marchitas.

Allí está la plazoleta rodeada de bancos rústicos y de árboles seculares, donde tantas veces la música de baile ha resonado y la felicidad del amor no ha escatimado sus favores.

Los tortuosos senderos se conservan como en aquellas tardes en que los amantes se besaron y se repitieron sus juramentos de constancia; y las lejanías de la enramada, aquellas en que se perdieron las miradas de dos seres dichosos, dejan ver el mismo horizonte sereno é impasible.

Pero el hermoso lago, aquel que se escondía en un rincón del bosque y era surcado por frágiles embarcaciones lamidas per el tule y el junco y cubiertas de lama en los cascos, ese, ha sido cegado ya. Las aguas cenagosas eran un peligro para la salud de los Cadetes y era necesario que desaparecieran.

Ella, la niña enamorada, no va al bosque como antes solícita, al llamamiento del dueño de su corazón, cuando la tarde declinaba y las primeras sombras obscurecían al regio alcázar.

Con las últimas hojas, huyó el alma de esa niña, y las nuevas brisas besaron su sepulcro. Inútil es buscarla. No preguntéis por ella. NO VIENE YA.

Os ama desde el cielo.

***

Entre las sombras de una mañana fría de Diciembre, la única nave del templo parroquial, flota con sus lucecitas de quinqués pendientes de los candiles; sus cuadros del *Via-crucis* que apenas se destacan en las pilastras del muro, sus lamparillas alimentadas con aceite y sus imágenes encerradas en nichos ó apoyadas en los antiguos colaterales de molduras doradas.

En el fondo, como dos astros que cintilan en el cielo obscuro, las llamas de dos cirios y la cortinita blanca del tabernáculo, que parece un fragmento de nube matutina.

Es la hora de la misa del alba. La escasa luz que penetra por las altas ojivas laterales y por las ventanillas de la cúpula central, prestan vida á un cuadro que da asunto á los creyentes para exaltar su fe.

El sacerdote oficia y va al misal levantando la voz y formando con el murmullo del rezo, algo así como un eco lejano que se pierde; las devotas ocultan el rostro bajo el espeso pañolón negro y agitan el devocionario volviendo las hojas, y besando las ilustraciones del libro de oraciones. NO ES ESA LA IGLESIA DONDE OÍA MISA la niña de los ensueños místicos y de los insomnios amorosos; no llega la pálida enlutada á la verja de hierro, cuando la esquila dobla saludando al nuevo día; no se arrodilla junto al confesonario ni es objeto de las furtivas miradas del amante tímido.

La virgencita que daba envidia á los ángeles de mármol por su rostro seráfico y sus mejillas de cera; la que

al repasar las cuentas concha-nácar del rosario con sus dedos de nieve, hacía ruborizar las gotas de luz que juguetеaban en las bóvedas; la que veía en la hostia una visión blanca que desvanecía los mundanales sueños de la noche; la que se abochornaba con las crepitaciones de los cirios y se extasiaba con el olor del incienso, y como en playa lejana oía el murmullo de los labios de los fieles semejante al murmurio que producen las olas cantando los recuerdos; esa NO VIENE YA. La iglesia ha vuelto á llenarse de aromas y harmonías, y las almas piadosas, entre las sombras de una mañana de Diciembre, han sido fortificadas con la oración; pero aquella virgencita pálida, ha naufragado en el océano de la vida terrena.

¡Quién sabe en qué puerto, las olas moribundas le llevan los recuerdos!....

***

Se ha marchado durante la noche de la casita que alegraba con sus cantos de sirena misteriosa. Desierto está el costurero. Las pajareras tienen el aspecto sombrío de la ausencia y las plantas del jardincito improvisado, agonizan de sed.

El piano muestra en el atril el libro abierto en la primera página de la «Serenata de Shubert,» ese raudal de notas que *sollozan como las ondas fugitivas; vibran como el ramaje al peso del rocío y rompen en himnos triunfales como grupo de pájaros libres en el bosque virgen.*

La alcoba está vacía, y la cunita comprada de antemano, aún tiene descorridas las cortinas azules. El sol penetra con esa amarillez que nos habla de las cosas idas y de los seres perdidos.

No pregunte el señor á los criados á dónde ha ido la señora, porque lo ignoran. Las aves que abandonan el

nido en pos de una libertad mal entendida, no dicen á dónde van.

Hay mujeres que mudan de casa por simple capricho y cuando quieren volver á ella, la hallan vacía.

¡Oh!—la casa nueva es una tumba para las ilusiones de otros días, impenetrable para el dolor. Es el sepulcro de los recuerdos.

Amar á una mujer y que ésta nos engañe, es haber habitado un edén que ha quedado desocupado.

El nuevo amor, es una buhardilla miserable donde hemos llevado los muebles más indispensables, y por todo consuelo, el retrato de la mujer ingrata para vivir con su memoria.

Si alguna vez pasamos por la calle en que está la casa antigua, suspiramos por las flores del balcón que fueron el premio de nuestros besos, la recompensa de nuestra fe juvenil.

Quisiéramos entrar, recorrer aquellos sitios, reanudar el ambiente que es la vida de nuestra vida, el alma de nuestra alma; pero la casa ha sido alquilada nuevamente.

***

«¡QUÉ COSA TAN SOMBRÍA ES NO SABER LAS SEÑAS DE LA CASA DE SU ALMA!»

El alma, después de haber amado, es la casa nueva que se prepara para la novia que llegará.

Pero aquellos preparativos para recibir á la primera compañera de nuestra juventud, las nacientes alboradas que nos hallaron en la casa de nuestras más puras impresiones, huyen para no volver, porque los sentimientos se agostan en el invierno de la vida, al rigor del hielo del desengaño.

¡Niña de las mejillas de cera, sé la pálida que huyas del

bosque con las últimas hojas; no busques las remotas playas donde las olas cantan los recuerdos!—Cuando seas la casta desposada del alma, no dejes la casa de tu señor. —Ama el templo del amor, porque en él oficia la virtud.

La felicidad de amar y ser amado, nunca debe ser abandonada.



VERANEOS.

¡QUÉ grato es dejar la ciudad en una mañana calurosa, meterse en un vagón de primera clase y esperar con ansia la salida del tren!

Quedan allá, lejos de la estación, veladas por la luz alboral, las casas de la capital como enjambre de palomas que se despiertan perezosas. Los campanarios, que son el *vía-crucis* de los crepúsculos, semejan con sus gigantes esbelteces, bañados por los primeros rayos del sol, minaretes encantados, vistos en un sueño infantil.

El lecho con las mantas y la colcha en desorden; sobre las sillas, las ropas que no han tenido lugar en la petaca; el armario con la puerta de luna entornada; algunos juegos de calzado sobre el tapete rameado; papeles esparcidos por la alfombra; libros y periódicos sobre la mesa de trabajo, y en esa confusión en que queda un cuarto-recámara, el día de un viaje, el recuerdo que también queda, como fiel amante, esperando nuestro regreso.

Disputándose el primer puesto en el andén del ferrocarril los seres queridos á quienes ha comenzado á ator-

mentar nuestra ausencia, desde que les anunciamos la partida, y en el estribo de la plataforma, un buen amigo que espera el último momento para darnos el abrazo de despedida.

Después, el tercer estridente pitazo de la locomotora, el acompasado campaneo, el *fufú* del humo que sale por la chimenea, y el resoplido del vapor que se escapa por las válvulas.

Pronto el bullicio de los traficantes de la estación, cesó; el ir y venir de los mozos de cordel, que colocaron los pesados equipajes; el voceo de los vendedores de periódicos; los encargos hechos á grito abierto, por las familias de los individuos del pueblo que viajan en segunda y tercera clase, y el eterno canto gangoso de los gelatineros.

Ya dejamos la estación y entramos á la campiña.

Alzaré algo la vidriera de la ventanilla, mientras los demás pasajeros, leen unos, charlan otros y se entregan al sueño pocos. Me consagraré con todos los sentidos á la contemplación del paisaje que presenta distintos aspectos en aquel vértigo que hace pasar ante mi vista, árboles, tierras de labor, montes lejanos, casinos rústicos, barrancos profundos y horizontes.

Á medida que el sol va elevándose como ascua de oro en la blancura nívea de las nubes, los cuadros disolventes van tomando tonos, más vivos y coloridos, más poéticos.

Los cerros, ora distantes, se me antojan núcleos azules que orla la esmeralda de los prados; ora cercanos al paso rápido del tren, son moles de granito que arrancan desde su base y parecen abrir brecha á la locomotora que serpentea por la garganta de las montañas en cintas de acero, atraviesa los túneles obscuros y se desliza por los puentes de hierro, como aérea visión.

El engañoso movimiento de arriba á abajo que por las

sinuosidades del terreno simulan los hilos telegráficos y los aisladores de los postes, presentan el aspecto de móviles pentagramas que oscilan á merced del viento, impulsados por manos invisibles.

Ya llega el medio día. Los pasajeros que dormitaban se esperezan en los acojinados asientos de respaldos giratorios; los que leían, dejan el libro ó el periódico; la conversación se suspende entre los compañeros de viaje, y bien pronto se nota esa animación que proporciona la llegada á un paradero.

Desciendo del vagón en medio de la algarabía que forman los vendimieros, los cocheros, los convidadores de hosterías, los acordes de un mal violín ejecutado con bastante sentimiento por un ciego mendigo y el plañir de los demás mendigos que invocan á toda la corte celestial, para conmover los corazones. Hago llevar la petaquilla de viaje al ómnibus de la propiedad de un amigo á cuya casa de campo voy á parar, y recibido cariñosamente por los criados que ya me esperaban, tomo asiento en el carruaje y parto rumbo á lo que llamaré el *Hospital del alma* ó sea la casa de mi íntimo amigo, donde sanaré de los sufrimientos morales que me agobian.

No hice más que instalarme en el ómnibus y fuí presa de esa profunda inquietud que se experimenta al dejar el tren en un viaje corto. Quería yo tornar al vagón siguiendo el derrotero, ó volver á mi modesto hogar en el cual han quedado mis hijos y mi amable compañera, esperando la vuelta, que tardará mucho ó poco, según el termómetro del cariño, ó bien quedarme en aquellos sitios que he recorrido periódicamente en la estación de las lluvias y del calor canicular.

Pero las acémilas tiran con bríos del coche y no se detienen; ya suben fatigosamente un camino en pendiente, ya descienden y toman el trote que les sirve de descanso, ó bien van más animosas por una calzada de arro-

gantes pinos ó por una vía carretera limitada por hermosos fresnos.

Distraen mis fatigas de viaje aquellas buenas gentes que constituyen parte de la servidumbre de mi hospitalario amigo, y háblanme de todo lo ocurrido en el pueblo durante mi ausencia de nueve meses; de las mejoras que en ese tiempo se han implantado en la finca; del cambio de autoridades; de los amores de la niña de la casa con el hijo del boticario, y de todos aquellos asuntos de que pueden informar los criados de confianza.

Agobiado por un sol de Julio, llego á la verja del pequeño jardín que da entrada á la casa; mansión, que por los encantos que reune, parece uno de los paraísos que el amor ha preparado.

Allí están los rosales protestando morir, como esos jóvenes que ven huir la primavera de la vida, cuando florecen las ilusiones imposibles; el jazmín ha rodado en amarillentas hojas por el suelo húmedo; la tuberosa, desgarra, sofocada por el calor, su bata de muselina blanca; el geranio oculta su cutis sonrosado en las anchas hojas que le sirven de abrigo; la campánula, se enjuta; el clavel, pierde el mate de sus escaroladas hojas; la dalia, agoniza; la margarita, suspira; y la violeta desaparece, falta de savia bienhechora.

En el *partèrre* los tiestos están tristes; las enredaderas amarillean sobre las blancas tapias de la salita baja, en las columnas de hierro y el mal dorado techo del corredor, y las anchas ventanas que dan al río, se hallan desprovistas de flores.

En el vidrio combo del vivero, los rayos de sol languideeen; la luz amortiguada de la tarde, juguetea entre las chimencas del *biombo;* y las sombras comienzan á difundirse en las chucherías del velador.

La sala está abierta mostrando orgullosa el piano cua-

drilongo, sobre el que se inclina un gran espejo ovalado, sostenido con cordones de seda roja.

Vense también los retratos de mi amigo Ricardo y su esposa Julia, ambos pintados al óleo y de un parecido admirable.

Aquel matrimonio y sus dos hijos, Rebeca y Leopoldo, han salido á mi encuentro, y después de cambiar el ceremonioso abrazo con los papás; de estrechar la mano aristócrata de Rebeca, á quien ya no nos atrevemos á besar porque es toda una pollita de quince años y ya no gasta vestido corto; de levantar en brazos á Ricardito que cuenta siete años, nos tomamos de la mano con la joven y todos en familia pasamos á la casa......................

La tarde se aleja por entre los árboles. Puede verse, sin embargo, un cielo color de turquesa y nubes opalinas elevándose sobre la margen opuesta del río. La noche se levanta majestuosa sobre su trono de sombras.

Las techumbres rojizas de las casitas del pueblo desaparecen. Las avecillas trinan repetidamente y enmudecen de súbito como heridas de muerte. En el vetusto campanario de la iglesia donde han ido á guarecerse las aves nocturnas, da la campana el toque de ánimas. Son las ocho de la noche.

Una noche en el campo, es deliciosa. Los mil ruidos con que la soledad se turba; el canto del grillo; el caer del chorro de agua en la fuente; el agitado movimiento de la noria de viento; la veleta que gira; el ladrido de los perros en los jacales; el piafar de las bestias de trabajo; y hasta el lento movimiento de las ramas sopladas por la brisa, tienen un encanto indefinible para el que, como en sueños, deja la capital para ir á veranear.

He tomado posesión del cuarto que por costumbre se me prepara. No lo hallé como lo dejé. Las manos cuidadosas de la madre y la hija, han agregado á él, un grabado, un nuevo tejido al adorno de la cama y en la mesa

de noche hay flores frescas. Más que un cuarto de huéspedes, parece aquella estancia una recámara de virgen. Tan coquetamente arreglada está.

Por mucho que me empeñe á permanecer en la sala algunas horas después de la cena escuchando á Rebeca que ejecuta divinamente en el piano ó queriendo gozar de la ilustrada y amena conversación de los esposos, se me obliga á descansar del viaje y me dirijo al cuarto que tiene todo el *confort* de un suntuoso *boudoir*.

Mañanitas templadas pasadas en el baño del río; paseos á caballo por los campos inmediatos; comidas en el enramado cenador; horas del the en el corredor fresco y perfumado con esencias de pétalos agonizantes; tardes de juegos de salón y momentos de íntima felicidad pasados en aquel hogar que el amor ha santificado; placeres de una ausencia pacífica, sin más pena que la que proporciona el recuerdo de los seres amados.

Al regresar á la ciudad, después de aquel asueto, de aquella pequeña temporada veraniega, nos parece que los de nuestra casa nos aman más que antes. Sentimos que nuestros pulmones se han ensanchado y podemos consagrarnos con más ahinco al trabajo.

¡Con qué tristeza dejo la casita de campo entre abrazos y promesas, y con qué inefable gozo estrecho á los de mi familia en la estación de «Buena Vista,» donde apenas hace algunos días agitaban pañuelitos blancos que me despedían!

Amables lectores: buscad un amigo como Leopoldo, y veranead en su finca de campo.



"SOR FILOMENA."

En la mesa redonda de un cuarto de hostería, al lado de otròs libros comprados á cincuenta centavos en uno de los vagones del Ferrocarril de Veracruz, se hallaba un ejemplar en idioma español de la *psicológica* obra de los Goncourt «*Sor Filomena*,» edición barcelonesa de la casa de M. Maucie.

Digna de figurar en el retrete de una dama entregada al romanticismo moderado, el propio de una joven que obedece á su temperamento, sin darse por completo á las monomanías que engendra el abuso de la lectura de novelas insubstanciales, quedaba allá, relegada al negligente olvido de un solterón, que, después de una larga ausencia, volvía á la capital de la República; y más se cuidaba de reunirse con sus buenos amigos, durante el día y de hacer visitas por la noche, que de poner una mirada siquiera en las páginas de aquel libro que había matado el fastidio de un viaje de doce horas, en incómodo asiento, á merced de un frío glacial al principio, del calor y el polvo más tarde, y por último, de esa somnolencia que embarga á los pasajeros en las primeras horas de la noche cuando el tren está próximo á la estación, término del viaje.

Esos pobros libros que recorren los kilómetros de las vías férreas en pequeñas canastas, aprisionados entre periódicos, dulces, cigarros, fósforos y otras mil chucherías que los dependientes de empresas especiales meten por las narices á los pasajeros, tienen una vida efímera; á lo mejor, después de ser hojeadas las páginas, sirven de envolturas á los comestibles que se han adquirido en los paraderos, y son arrojadas por las ventanillas después que han prestado servicios muy ajenos á la mente del autor y de los editores.

La lectura, en el estudio, es la idea que se interna; en el pasatiempo, la aya que distrae y divierte nuestra imaginación; en el fastidio, es un fantasma que pasa ante nuestra vista, y lejos de matar el hastío, lo aumenta y robustece.

¡Pobres hojas perdidas que quedan á la orilla del camino, como esas ramitas arrancadas por el viento en las cuales se posaba un nido!

En tanto que mi amigo llegaba, comencé la lectura de «*Sor Filomena,*» y desde entonces, no he podido abandonar ese libro, que relegado al negligente olvido de un solterón, me ha proporcionado horas supremas de goce intelectual y de expansión de ánimo.

«*Sor Filomena,*» más que un personaje, es el conjunto de hechos que constituyen un temperamento. La acción de la obra se reproduce en nuestro organismo, como una imagen en muchos espejos, y los episodios los hallamos perfectamente repetidos en todos los tipos observados por los Goncourt.

¡Oh, tú, cándida niña que pasas tus lánguidas miradas por estas líneas, no temas que mamá te sorprenda leyendo, ni huyas al jardín para hablar con «*Sor Filomena!*» porque ora niña soñadora como tú, ora novicia en el convento, ya en la vida mundana, como en una sala de hos-

pital, será siempre tu amiguita buena que te hablará de virtudes, cuando éstas la subyuguen; de amor oculto, cuando éste la sorprende, y de profundas amarguras acalladas en la soledad del claustro. Puedes leer junto al balcón perfumado por la maceta de albahaca, durante las horas de la tarde, y por la noche, si no te place el piano y quieres que el sueño te entre en éxtasis é idealismos, ya en el lecho que huele á ropa limpia y envuelta en esa atmósfera de recámara de virgen y reclinada en níveos almohadones, lee sin temor de pesadilla alguna, porque el Angel de tu guarda no se ruboriza. «*Sor Filomena*» es joven y hermosa y tiene en su fisonomía una tranquila y apacible dulzura, como sonrisas de paz que el sueño coloca en silencio sobre una cara dormida; es una «Hermana de San Agustín» que lleva el velo blanco de las novicias, y sus vestiduras, albas como la nieve, amarillean si se comparan con la blancura del semblante....

Una alegre mañana de invierno, una chalequera dió á luz en un asilo de beneficencia á una niña débil á quien alimentó con la leche delgada de las mujeres que llevan vida sedentaria y duermen poco, y la pequeñita vivió, habiendo muerto la madre á los cuatro años del alumbramiento. Esa niña se llamó María Gaucher.

La orfandad de María era completa, pues el padre, cerrajero que ganaba dos francos diarios trabajando para los almacenes de confección, se marchó al Africa con un camarada de taller.

María fué recogida por una tía que servía hacía veinte años en la casa de la señora de Viry, viuda, con un hijo Enrique, y admitida por ésta como hija de la casa. En el salón de ésta, situada en la calle Chausse d'Antin, entre los muebles, los tapices, el secreter de caoba, el reloj de mesa con figuras griegas y los retratos con marco dorado, se transformó la niña débil y mal nacida, en pequeña señora ataviada con las cintas deslucidas y los trajes usa-

dos de la señora de Viry, y fué la compañera de Enrique en los juegos infantiles.

La huérfana, hija de la miseria que como hidra venenosa emponzoña al nacer y se goza en la agonía lenta de sus víctimas, no podía por mucho tiempo habitar aquel palacio encantado. Había venido al mundo para ser desgraciada, y el destino debía arrancarla de la opulencia que se la disputaba.

La señora de Viry y la tía dispusieron que María entrara en una casa de educación regido por unas religiosas y situada en lo alto del Arrabal de Saint Denis.

Cedámosle la palabra á los Goncourt, porque ellos pueden decirnos con esa fuerza de observación que les caracteriza, cómo fué la partida y el ingreso de María en el Colegio.

«El día de la partida, hubo una escena terrible. La pequeñuela, ahogada por los sollozos, se aferraba á los muebles, á los vestidos de la señora de Viry. Resistió y luchó con todas sus fuerzas hasta en los brazos de su tía que se vió obligada á llevársela. Pero al pasar la puerta del convento, cedió toda su desesperación; su dolor fué el de una gran señora: mudo y frío. Cuando las hermanas le quitaron su gorro de bordados ingleses y su vestido de seda hecho del de bodas de su madre, que su tía había mandado teñir; cuando le pusieron en la cabeza la gorrita de lienzo y en el cuerpo el vestido de merino liso, tembló un poco; pero el llanto no acudió á sus ojos enrojecidos. Volviéronle las lágrimas, una vez acostada. Hasta media noche estuvo despierta. Durante toda ella, con sus ojos cerrados y sin sueño, sobre aquel velo negro que extendía ante su vista resplandores fugaces y movibles, parecidos á las chispas de fuego que corren por las cenizas de papel quemado, se dibujó al cabo de algunos momentos, todo vivo, y casi al alcance de sus manos, el rincón del salón donde ponía castigada á su muñeca. Como

del fondo de un obscuro lienzo, los recuerdos se aproximaban á ella sin evocarlos, y venían á estrellarse en su mirada. Unas veces en el cesto vacío de las botellas de *champagne* en que su tía la acostaba por la noche en la cocina, antes de subir con ella á su alcoba del quinto piso, y la sábana de la camita del dormitorio en que estaba le parecía tener los pliegues de las servilletas sobre las cuales dormía en aquel cesto; otras veces, era aquella mañana de juego, cuando volviendo con su tía de la compra, saltaba como un perro faldero á la cama del pequeño Enrique y le pasaba sus manecitas heladas, por dentro del cuello de la camisa, hasta que el dormido, abriendo un ojo, medio incomodado y medio riendo, la tiraba en la alfombra de un puñetazo.»

El recuerdo tiene sus penas y sus goces; si la esperanza decae, lo reemplaza el recuerdo con sus lejanías hermosas, y entonces se goza; si el descreimiento nos embarga, lo pasado se nos presenta con todas sus realidades, y el presente y el porvenir, no son más que continuaciones del pasado.

Tras la reja de una prisión y junto á los muros de un convento, el recuerdo llega como un sér querido, nos halaga con su presencia y nos deja el sufrimiento en su partida.

Esto pasaba con María Gaucher á quien despojaron hasta de nombre por no confundirla con otra María y la pusieron el de Filomena.

Resignada, con la resignación de los desgraciados, unas veces se creía connaturalizada con las reglas del plantel y hasta parecía provista de la vocación necesaria para el servicio divino, y así cuando las pequeñas aturdidas del colegio cantaban:

«J'aime le vin,
J'aime l'oignon,
J'aime sazon.»

Ella exclamaba:

«J'aime le convent,
J'aime le convent,
J'aime le convent.»

Y era que se engañaba creyéndose convertida á Dios, y no que la hipocresía la hiciera engañar á las buenas hermanas que se felicitaban de ver en la niña, antes rebelde, á una futura religiosa.

Por eso exclaman los Goncourt filosofando sobre el cambio de Filomena: «Creíase llamada de lo alto; se despertaba á una nueva conciencia de sí misma, como si hubiese roto con una edad de su vida para entrar súbitamente en otra; como si el velo de su alma de niña comenzara á romperse en una primera elevación de los sentidos morales de la mujer y del carácter de su sexo.»

Mistificada estaba Filomena con el rayo de sol que penetraba jugando en el templo y llevaba los colores de los vidrios á los mantos y túnicas de los santos y á las mesas doradas de los altares, con las azuladas nubes de incienso que subían envueltas en el polvillo de oro que se acumulaba en la luz del Rey-Astro, difundida en forma de jirón de gasa, atravesando las naves, con las fulgencias de los cirios, con las oraciones que confundidas con los perfumes, besaban los capiteles y las bóvedas, y con todo aquel conjunto misterioso que nos habla de nuestros padres y de nuestros hogares. El templo era para Filomena tan íntimo y tan tierno, *como la habitación en que hemos nacido y amado á nuestra madre.*

«Agradábale, al entrar, la sensación de frío que experimentaba al tocar con la punta de los dedos las gotas cristalinas del agua bendita. Sentía placer entre aquel vapor de cera encendida, de incienso apagado; entre aquel perfume moribundo, fuego de los bálsamos y de los cirios que dejaban á toda la iglesia un olor de flores se-

cadas en un resto de humo. Se complacía en aquella paz en que suenan misteriosamente un paso amortiguado, el roce de un vestido, el ruido que produce al volver una página del libro de oraciones, el susurro de labios que rezan y el silencio de las exaltaciones parecido á un murmullo de almas. Dejábase mecer por las harmonías del órgano, por aquellas harmonías que la tomaban en brazos como una onda, por aquellas nubes de sonidos, por aquellas tempestades de ruido que sentía rodar por encima de ella, por aquellos coros cetestiales que le cantaban en las sienes y le murmuraban en el pecho, por aquellos cantos de ángeles que bajaban y morían lentamente en ella. Escuchaba gozosa y sin pensamiento los cantos de los sacerdotes y de las niñas, á los cuales respondían del fondo de las capillas, voces lejanas, jóvenes y viejas. Y se sentía dulcemente embriagada en vísperas por una voz de cantor, impetuosa, aguda y extensa, voz desgarradora y tierna, que parecía subir hasta Dios por un eco de la pasión.»

Y no obstante de amar tanto á la iglesia, el destino la arrebató del templo, como la había arrebatado de aquella casa rica en que la palidez del hambre se desprendía de su rostro, como el jirón de nube en una mañana de estío; las desnudeces de la indigencia se cubrieron ruborosas con los despojos de la señora de la casa, y el aislamiento de un alma abandonada, acechaba en vano á las puertas de la caridad que recogió á la huérfana.

Enfermó Filomena, como enferman siempre los seres que no tienen á quien amar sobre la tierra. ¡Oh! si ella hubiera tenido á quien hacer partícipe de sus mistificaciones, un joven á quien obligar á que llevara un rosario al cuello, á rezar en el libro de oraciones en que ella había rezado, y cambiarse con él las estampas y las medallitas, no hubiera perdido tan pronto el color de sus mejillas, rojas antes y animadas como las de un niño que

viene del juego, ni el clavel de sus labios se hubiera prematuramente marchitado y adquirido matices de violeta.

Pero, el destino debió arrancarla de la iglesia ya que la tranquilidad del claustro era un consuelo para Filomena. Enfermó, y desde un día que salió del convento para que un médico la viera y recetara, por lo cual Filomena pasó algunas horas en casa del señorito Enrique, á quien siguió sirviendo la tía de Filomena después de muerta la señora de Viry, su espíritu perdió aquel vigor santo que hasta entonces le había animado, y á tanto llegó el cambio, que Filomena pensó en el matrimonio, cuyas ideas no presentes como una tentación, no preciosas como un proyecto, sino vagas, veladas por aquella dulzura que tienen á la vista las cosas lejanas.

Y así, sin pensar en nadie con quien casarse, soñaba en el vestido blanco y la corona de azahar, entreveía dulces felicidades, comunidad de almas, doble existencia, sacrificios misteriosos, dichas que no conocía, cuyo nombre admiraba; pero que debían brillar en el horizonte de su vida.

Llegó á fastidiarse tanto en el convento, que su salud se quebrantó completamente y fué preciso que la tía la llevara á la casa de Enrique, quien á la sazón viajaba por Italia, y que á su regreso halló á Filomena á la que trataba como á una criada de confianza olvidando el recuerdo de la niñez que juntos habían pasado.

En esta época de la vida azarosa de la pobre Filomena, libraba inútilmente las luchas de las almas buenas, y le estaba reservado un episodio, que dada la pureza de la joven huérfana, había de agobiarla más que todo su pasado.

Llegaron las monótonas noches del invierno en las que el señorito Enrique, como buen solterón, trasnochaba, y ocurriósele á la imprudente tía llevar á Filomena á las

veladas prosaicas de los porteros, donde los criados de la casa se pagaban el thé por turno. El portero, que hacía préstamos ocultos y otras industrias ilegales; un muchacho, que según descripción de los Goncourt, tenía la cara de pan negro y labios rojos, del feo rojo de una llaga y era el *groom* del Agente de Cambios del primer piso; la criada de la señora del segundo, donde se jugaba ostensiblemente; una gorda cocinera flamenca, siempre algo chispa de aguardiente, llena de grasa, muriéndose de risa, estallando de una alegría crapulosa; el marido de ésta que solía ir á la reunión y que era (también descripción del autor francés), el más marcado tipo del cochero de plaza, hombre cuya nariz y frente destilaban alcohol, y cuya barba, devorada por una especie de lepra, se escondía con dificultad bajo el grasiento tapabocas.

Completaban la reunión, dos ó tres *loretas* de cofia levantada, cabeza de lagarto, palabra cínica y desvergonzada, y la criada de un paralítico sobre cuya nariz se movía una negra verruga.

¡Qué transición! del cautiverio apacible del convento en el que se deslizaban las horas de la noche en consoladoras meditaciones, al libertinaje más refinado; de la comunidad de hermanas religiosas, á la compañía de mujeres *que apestaban como el vino descompuesto;* de los buenos ejemplos y las prácticas sanas, á *la corrupción, la envidia, la pereza y todas las vergüenzas de la servidumbre!*

Aquellos *apetitos é instintos que parecían impregnados del fiemo de la cuadra, de las aguas grasas de fregadero ó de las aguas sucias de los cuartos*, contrastaban horriblemente con las tendencias monásticas y saturadas de odoríferas emanaciones místicas, con el olor á ropa confeccionada y bordada por las educandas y puestas en armarios de cedro y palisandro; con el aroma de la huerta, el perfume del reclinatorio y las flores secas del oratorio.

Las virtudes iban al cuchitril donde era llevada Filomena, no para regenerar con esa influencia que ha generalizado el Evangelio aun en los más remotos países, sino con los afanes de las enfermeras religiosas que afrontan el contagio y hacen esfuerzos de paciencia sin exigir retribución alguna, iban con *los vicios que las criadas habían recogido en la mesa de los amos,* y se habían *corrompido en ellos, lo mismo que se pudren en las cocinas los restos de una orgía.*

Y el *groom* se había permitido el lujo de enamorar á la sobrina de la criada de Enrique, buscando el valimiento de ésta para ser el privado del señorito y hasta la daba cumplimientos que *hacían el efecto* de un puñetazo en el estómago.

Un palco del teatro de la Gatté con la obscuridad propia de un palco de ínfimo precio, recibió á Filomena una noche en que el *groom* invitó á ésta y á la tía.

¿Qué había de hacer aquella pobre enferma, arrancada de improviso del convento como lo había sido de una opulencia en que ella vió el puerto salvador en su infortunio? —Estar como ave que há poco dejó el nido y vaga por la selva sin rumbo y sin objeto.

En la casa de Enrique, el niño en quien había cifrado sus ambiciones de niña y á quien desde el convento había recordado, como un sueño lejano, tuvo que ser víctima una noche, del desprecio del calavera rico, que lamentaba que su vieja criada tuviera una sobrina, joven ligada á ella, ó que ésta no se hubiese casado con el *groom* para poder entregarse á sus nocturnas citas en su propia habitación.

Tiempo era, pues, que el ave volviera á su nido, ya que las escarchas invernales y los calcinantes rayos del sol le hacían buscar el refugio del árbol preservador.

La enferma del cuerpo había sanado de los males del alma.

Filomena vistió el traje negro de las postulantes, y después de los dos meses de prueba, usó el velo de muselina blanca y la cinta azul ceñida á la cintura. El día que se le concedió la toma del hábito, llevaba el albo traje de las desposadas, el mismo con que había soñado pensando en el matrimonio, no como una tentación, no como un proyecto, sino con la dulzura que tienen á la vista las cosas lejanas.

Se la cortó una guedeja del pelo que le caía sobre la frente, y Filomena fué desde entonces «Hermana de San Agustín.»

Con el pelo cortado á rape, los hábitos blancos de lana ocultando los encantos de su cuerpo tallado como para la admiración y el homenaje, el velo de lana y el lienzo, blanco también, que aprisionaba la línea oval del rostro, María Gaucher, convertida en «Sor Filomena,» recorría, haciendo sus guardias de enfermera, la sala «Santa Teresa» de un Hospital, donde prestaban sus humanitarios servicios las «Hermanas de la Orden de San Agustín.»

Allí, entre aquella hilera de alineadas camas, como esas reliquias de monjas que el sol baña con su luz indeficiente en los nichos, *Sor Filomena* aparecía orlada por los amarillentos rayos que transponían las altas ventanas y eran detenidos por las cortinas blancas de los lechos, cuando el peso de la enfermedad caía sobre los pacientes, como las sombras del crepúsculo sobre las florecillas silvestres que se agostan, y por la noche, haciendo la ronda, con la bujía que llevaba en tosca palmatoria, semejaba una de esas sonámbulas que buscan el lecho fatigadas por el sueño intranquilo.

Entre los ayes y las lamentaciones, el ruego del dolor y la imprecación de la miseria; en aquel ambiente húmedo y tibio, impregnado de un olor insípido y desagradable, parecido al que despiden el cerato y la linaza; rodeada de aquella tranquilidad, á veces profunda y otras tur-

bada por un roce de sábanas, un bostezo ahogado, una queja extinguida ó un suspiro, la hija de la infeliz chalequera abandonada por el cerrajero, la mal nacida en una casa de beneficencia, parece devolver á la humanidad beneficios por infortunios y satisfacer á la fatalidad que la persigue, hallándose en aquel centro de lágrimas, en aquel almacén de insólita amargura.

No inquietaron á *Sor Filomena* nuevas ideas del matrimonio, después de pronunciados los votos, y sin embargo amaba, sin darse cuenta del amor mundano. Barnier, el interno más querido de los enfermos, logró inspirarle una simpatía profunda, al grado de platicar con él horas enteras, ya discutiendo sobre religión, ya recibiendo de él nociones de medicina, ó ya reprochándole como una hermana mayor cuando pasara la noche fuera del Hospital.

Aquellas intimidades, si eran pasajeras por la franqueza que las originaba, eran también las manifestaciones inconscientes de un fuego sofocado al nacer.

. . . .

Tocamos ya al desenlace de la obra. Ocupa una de las camas, Ramona, antigua amante de Barnier, y ambos se reconocen.

Ramona es operada y muere.

Desde entonces el ajenjo fué el único consuelo de Barnier, quien buscaba el suicidio como único medio de ir á reunirse con el sér amado.

Sor Filomena, herida por esta nueva desgracia de su vida, acude al lecho del suicida y ora toda la noche, como oran las estatuas inmóviles en los pedestales de mármol.

A la mañana siguiente, uno de los internos, íntimo amigo de Barnier, con quien éste habló confidencialmente antes de morir, busca sobre la mesa un mechón de pelo que era un recuerdo para la madre del suicida: el pelo había desaparecido.

Con él sucumbiría *Sor Filomena,* ella que supo dejarse despojar en el convento de su hermosa cabellera, y amortajar sus galas para siempre en un tosco hábito de lana blanca y en una toca que encuadraba aquel rostro virgen á las caricias y á los besos.

Si la Señora de Viry no hubiera dejado de ataviar con sus cintas deslucidas y sus vestidos usados á la pobre María; si lejos de separarla del pequeño Enrique con quien jugaba, se le hubiera dejado en el salón de la casa de Chausser d'Autin, el hogar hubiera sido su santuario, el amor realizado su culto, y no hubiera tenido que lamentar un imposible.

¡Pobre *Sor Filomena!*



UN HUÉSPED MISTERIOSO.

LLEGÓ al *Hotel del Jardín* en un coche de sitio de bandera azul, pagó al cochero sin averiguar el tiempo que había ocupado el carruaje, le dió un peso á los cargadores que introdujeron el *mundo* que venía en el pescante y las petaquillas de viaje que él mismo acomodó en el asiento delantero, y se instaló en un lujoso cuarto con cama de latón y dos colchones, guardarropa con luna biselada, escritorio de caoba, y ajuar de peluche finísimo.

Desde que el viajero dejó el vagón y pisó el andén de la estación de Buena Vista, ni puso tasa al trabajo de los cargadores que le arrebataron casi las maletas, ni desconfió de los que así le sorprendían disputándose el transporte de los bultos á un carruaje de alquiler.

—No ignoro que en México abundan los rateros; pero ni les temo, ni los odio, porque ellos ejecutan una venganza común.

Eso dijo á un compañero de viaje que entabló con él relaciones de pasaje, al ver que no permitió que nadie le tomara dos sacos que llevaba y que él mismo los condujo al tranvía.

Desde que descendió nuestro hombre del estribo de

un coche de primera clase del Ferrocarril de Veracruz, el *Cacomixtle*, el *Sahueso*, el *Cucho*, el *Orejón* y otros de los Agentes de policía reservada, clavaron la mirada en él. Quizá querían descubrir algo de su misión oculta en aquel rostro mofletudo, como el de un eunuco, encuadrado en una barba hirsuta, luenga y desaliñada, en aquellos ojos cuyas miradas vagadoras se perdían bajo abundantes pestañas y cejas gruesas y arqueadas, en aquella boca de labios henchidos de sangre y en aquella abundosa melena que se unía en misterioso consorcio con la barba que ocultaba los carrillos.

Los polizontes ven siempre en todas partes una presa, y no era difícil que se equivocaran en esta ocasión como en otras muchas.

Pero los gendarmes apostados en la rejilla de madera también habían clavado la vista en aquel hombre, y bajo la visera del kepis, con ese disimulo bien fingido cuando creen cumplir con un deber, establecieron una visual investigadora desde el vagón al coche de sitio; y cuando éste partió á escape para ganar tiempo, como lo hacen todos los *aurigas* de punto, unos y otros guardadores de la seguridad pública, quedaron muy tristes, lamentándose de no llevar á la comisaría una buena *pesca.*

En las puertas de los *hoteles*, no faltan policías que pasen revista á los que llegan, y si no hubiera sido porque en los momentos en que el viajero descendía del carruaje y penetraba, los focos eléctricos tuvieron una prolongada intermitencia, miradas semejantes á las que en la estación de Buena Vista le lanzaron los policías, las hubiera sufrido al llegar á su domicilio el hombre de la barba desaliñada y de la cabellera hirsuta.

Tales escrúpulos no tuvieron cabida en el despacho del *hotel.* El viajero lucía una magnífica sortija de brillantes en el dedo anular de la mano derecha. Llevaba en la corbata un alfiler que sostenía una perla valiosísima y

resguardaba del polvo del camino un elegante flux de casimir francés, con un saco de viaje de fina alpaca. Además, llevaba una sombrerera que acusaba la presencia de un sombrero de copa, y otro de forma aplastada que contenía un *claque* y denunciaba al traje de etiqueta guardado en la petaca.

Por otra parte, el *mundo* aquel que debió dar sudores á los jamelgos del *simón*, debía encerrar muchas prendas de valor; lo bastante para que el viajero inspirara confianza tratándose de ocupar un cuarto elegante en un *hotel* de primer orden.

Los hosteleros son así. No están obligados á inquirir los antecedentes del huésped, ni pueden descubrir en la presencia de ellos ningún rasgo sospechoso. Cambiarse de nombre en la pizarra de una hostería, es lo más corriente, lo mismo que viajar imaginariamente cuando hay que dar la procedencia para que llegue á conocimiento de las autoridades.

En el instante que el huésped llegó, los camaristas y demás individuos de la servidumbre le asediaron fatigosos y cumplidos por atenderlo y obsequiarlo.

El hombre del semblante mofletudo se mostraba impasible, y ya fuera recibiendo los servicios propios de la hostería, ya no necesitando de los criados, ni empleándolos para nada, daba ricas propinas á diestra y siniestra.

Hizo que se le pusiera un carruaje especial pagado á gran precio, y en él salía después de media noche. No comía jamás en el vasto y elegante *restaurant*, pues hacía que le subieran al cuarto los alimentos y se pasaba gran parte de prima noche conferenciando con varias personas de igual ó parecido porte que él, y que llegaban siempre en coche.

Aquel hombre no dormía al parecer. Llegaba á la una ó á las dos de la mañana, se encerraba solo en su cuarto, en el que se veía luz hasta el amanecer, y á las seis,

cuando el sol rayaba apenas en el horizonte, se le veía en el *partèrre* de techumbre de lámina, que da á la calle de la Independencia. Allí leía con avidez todos los periódicos del día que se hacía comprar previamente.

Por las tardes solía vagar por los aseados corredores del *hotel*, y se apoyaba en el blanco barandal, abismado al parecer con las compactas filas de macetas, los praditos regados y olorosos, las flores, las plantas y las ennegrecidas tapias del jardín de San Francisco, que fué en un tiempo el recreo de los frailes de la Orden de Franciscanos, y hoy es el verjel de la riqueza y del lujo de los *touristas* que han venido á esta Capital, decididos á derrochar una buena cantidad de dinero.

¿Quién era aquel hombre que pasaba por la portada de vidrios de colores, junto á las jarras de mármol, por los pasillos perfumados, y hacía resonar á la madrugada sus pisadas fuertes en el asfalto luciente del pavimento? ¿Por qué salía después de media noche, trabajaba quizá con luz artificial, no se comunicaba con los vecinos y parecía buscar en la vegetación del Jardín un secreto ó un recuerdo?

No faltó quien creyese que era un artista, á juzgar por la luenga melena, y hasta hubo quien procurara espiar por la cerradura de la puerta para ver si escribía versos.

Todos los medios de inquisición fueron inútiles. Siempre el ceño impasible; igual retraimiento, y la estearina consumiéndose en la palmatoria de bronce sobre el mármol blanco de la mesita redonda, y el silencio del sueño en el elegante cuarto del Huésped misterioso.

No; no haría versos, porque era demasiado indiferente para impresionarse fácilmente; no recorría la ciudad que le era desconocida; no veía á las mujeres que pasaban á su lado cuando apoyado de codos en el blanco barandal se abismaba con el espectáculo del Jardin, ni iba al teatro, ni buscaba á los literatos mejicanos para lle-

var á su elegante cuarto nuevas impresiones y nuevas alegrías.

No amaba y no podía por lo mismo ser artista.

El colmo del excentricismo, la extralimitación de la misantropía, se hallaban reflejados en aquel rostro encuadrado en una barba desaseada, en aquellos labios en que reventaba la sangre y en aquellos ojos inquietos que brillaban bajo las abundosas pestañas y las cejas arqueadas.

Parecía que un desengaño profundo estallaba en el corazón de aquel hombre y llevaba sus manifestaciones de odio hasta la frente cubierta por hirsuta melena.

Las salidas nocturnas bien pudieran indicar, que aquella alma en tortura buscaba aires solitarios que respirar, tal vez la humanidad le asfixiaba......................

....

Una noche, la única en que el huésped misterioso despidió temprano á sus nocturnos amigos y mandó retirar el carruaje especial, diciéndole al camarista que lo despertara de madrugada, saliendo así fuera de lo que tenía costumbre, la vela esteárica no se consumió como siempre sobre el mármol de la mesa, por lo que el silencio del sueño fué más imponente para los curiosos que espiaban por la cerradura de la puerta.

Pasó la noche. El camarista encargado de despertar al huésped, llamó en vano á la vidriera del cuarto y dió aviso al jefe del despacho para que no se le tuviera por omiso en el cumplimiento de sus deberes.

Transcurrió la mañana y como se creyera que el sueño del hombre de la melena fuera sospechoso, se procedió á forzar la cerradura y los empleados del *Hotel* hallaron desierto el mullido lecho de latón.

¿Qué había pasado? El misántropo no esperó á que se le despertara. Sin poder conciliar el sueño, se vistió á la ligera y salió furtivamente del *hotel*, sin que el

portero que dormia profundamente lo notara. Y como al individuo á quien domina una idea persistente, siguió á pasos rápidos, con la frente inclinada y la mirada indecisa, con rumbo al Paseo de la Reforma, tomó por una calzada solitaria y se sentó apoyándose en el tronco de un árbol, como si quisiera alejar de sí una pesada carga que le agobiaba ....

....

Las lucecitas que en desaliñados faroles penden en los techos de las garitas de los guarda-paseos, eran heridas de muerte por los primeros rayos de la aurora.

Algunos dependientes de casas de comercio que cabalgan muy de mañana con dirección al bosque de Chapultepec, se detenían ante un objeto informe, y tratando de investigar qué era aquello que encabritaba á sus corceles, echaron pie á tierra y pudieron ver el cuerpo de un hombre que yacía sin vida entre la yerba que cubría las ropas y junto á un árbol de abundante follaje y tronco de corteza deleznable.

Se dió parte á la autoridad. El médico de la Inspección de policía certificó que un envenenamiento habia originado la muerte, y como no se hallara documento alguno que comprobara el suicidio, se procedió al esclarecimiento de los hechos.

La prensa consignó el suceso, é hizo circular el nombre que el huésped trazó con mano firme en la pizarra, é hizo los comentarios consiguientes.

«Sí. El Huésped misterioso odiaba á la humanidad, como odiaba la vida. Era un náufrago en el océano de la existencia. ¡Quién sabe qué ola lo llevó al puerto de la muerte!»

Era un viajero que se rendía pronto en la jornada y buscaba aires nuevos para su alma que se asfixiaba.

Quizá por eso llegó á nuestras playas veracruzanas y

vino á esta Capital, sin más objeto que morir lejos de todo lo que fuera recuerdo.

Era un candidato al suicidio; por eso era excéntrico; por eso era misántropo.

¡Infeliz!



LA CASA DE LOS ESPANTOS.

Con su pequeña fachada que la incuria del tiempo ha dejado medio borrosa, sus tres balconcitos con empolvadas vidrieras y enmohecidos barandales; su citarilla con sus claros ruinosos; su portoncito con algunas molduras rotas; el llamador entorpecido por la falta de uso; con el albarán de alquiler en lo más alto de la puerta, ocupa un tramo de barrio, una casa que ha dado tema á los medrosos vecinos para formar una de esas consejas que durante el día se comentan en las tabernas, y durante las primeras horas de la noche sirve de pasto á la animada conversación de los parroquianos de los *figones*.

Las criadas que han oído narrar á sus amos en la velada, los espeluznantes episodios de La Casa de los Espantos, que han contribuido con la aterradora relación á que los niños se duerman, para soñar quizá con duendes, ellas la repiten en los establecimientos mercantiles del rumbo, y así, de boca en boca, de comentario en comentario, cunde la tal conseja agigantada con las adulteraciones del vulgo, y á esto obedece que la casa esté siempre deshabitada.

Antes que mi lectora sepa cómo y cuáles son esos duendes, apóyese en mi brazo, y sin temor alguno, porque el sol de una mañana de Enero no permite que los ESPANTOS vaguen á tales horas por las habitaciones, penetremos á esa casa, cuya entrada nos franquea el albarán de alquiler, y para ello no tenemos más que llamar á la anciana portera de la casa contigua, que es la encargada de *enseñar* la vivienda vacía.

Ya está aquí la buena mujer que ha de permitirnos recorrer aquellos departamentos de los que ha huido la familia, para dejar los aposentos á merced de las almas que penan, ó de los espíritus que visitan constantemente aquellos sitios donde quedaron sus más caras afecciones.

La cerradura se resiste al pequeño llavín; pero al fin cede y nos hallamos en el interior del portal.

Al primer golpe de vista, el aspecto de la casita, lejos de infundir pavor, nos invita á penetrar: subamos los peldaños de una pequeña escalinata que conduce al portón.

Una orgía de luz impera en aquella mansión que parece haber sido edificada por un enamorado, para que fuera el regalo de boda.

Nido de las primeras ilusiones, albergue en que las primicias de un amor puro, llegaron á la realidad de la vida terrena; días de melancólicos nublados; siestas apacibles de las tardes de Mayo; noches de luna; veladas de invierno; de todo ese conjunto de juventud y dicha nos representa esa casita.

Sigamos.

Nos encontramos en el recibidor ó antesala, pequeña pieza de forma rectangular, y que como todas las que se designan al objeto, tiene una puerta-vidriera que comunica con la sala.

El tapiz que cubre las paredes, semeja al color de la piel de Rusia perfectamente barnizada y nos habla del silencio que convida á la lectura en una biblioteca.

El menaje que decoró este aposento, debió haber sido al estilo Luis XV, en la época en que las otomanas y los sitiales aforrados de obscuras telas, presentaban tallados y molduras sencillas; en los marcos de ébano y caoba, destacaríanse los bajo-relieves en bronce representando asuntos históricos extranjeros, y algunas cartas geográficas y estadísticas, completarían el adorno del tapiz.

El esbelto estante henchido de libros científicos y literarios, las columnas y repisas soportando bustos predilectos, como el de Cervantes Saavedra, Dante, el poeta Florentino, y los de algunos héroes nacionales; y el bufete sobre el que se hallaba sin duda, un *maremagnum* de periódicos, manuscritos y folletos dando á la estancia el aspecto apacible de un estudio.

¡Cuántas tardes lluviosas mientras el cielo gris se asomaba por el balcón, como queriendo llenar de poética melancolía aquel gabinetito, llegaría la voluptuosa consorte ataviada graciosamente con una sencilla bata de muselina, y como deslizándose por la zafra rameada, tocaría ligeramente al esposo, que, *puesto de codos en el bufete, luchaba con sus recuerdos,* como diría mi inolvidable amiga la poetisa mejicana Doña Laura Méndez de Cuenca. ¡Cuántas noches pasadas en vigilia, quizá cuando el sol de la felicidad se había puesto en aquel hogar!

Pasèmos á la sala.

En los momentos que pisamos ésta, que es el más amplio de los departamentos, el sol da de lleno sobre el tapiz, que es tan alegre como debe serlo el de un salón de baile, para que las notas revoloteen, como entusiastas avecillas en plateada jaula; alegre, como aquella mañana en que el sacerdote dió la bendición á los cónyuges; como aquellas guirnaldas de azucenas que pendían de las arcadas del templo; como el altar inflamado por la profusión de cirios y nebuloso por el humo del incienso; como los gajos de capullos blancos, tan pronto marchitados;

como aquella marcha nupcial con que salieron de la parroquia; como el baile de bodas; como el tímido beso que en aquella noche feliz durmió acurrucado en la imaginación de los amantes esposos, y volase de madrugada, tal vez para no volver más.

La otomana de subido granate, los mecedores que recuerdan las tardes tropicales, el piano Ewans que guarda en su luciente caja negra las últimas harmonías de la romanza favorita de la *Loca de la casa;* los espejos, las pinturas de salón con sus tintes de alboradas y sus tristezas de crepúsculos vespertinos; la grande araña de prismas triangulares y cadenillas de oro; el reloj de forma caprichosa colocado bajo una bomba de cristal; el velador cubierto de miniaturas de porcelana, flores y retratos, con su quinqué de pantalla color de rosa pálido; y la alfombra color de violeta, floreada de margaritas y rosas the; todo viene á nuestra imaginación en aquel rayo de sol que penetra por el polvoso balcón, como reanimando un cuadro que nos es conocido.

Abramos los balcones para que la luz juguetee con todo lo que nuestra imaginación ha poblado aquella sala desierta, que con la elocuencia de las cosas idas, nos habla del grupito de niños que al llegar del colegio se posesionan de uno de los florones de la alfombra, como los querubines que circundan la dorada puertecita de un sagrario y se entregan á sus inocentes juegos; de los novios que fatigados del vals, toman asiento junto al albo cortinaje y reanudan su interrumpida charla amorosa; de las tertulias familiares, de los amigos de la casa, y en una palabra, de todo aquello que alegra un hogar.

Allí, en uno de esos balconcitos, estaría la virgen nostálgica, pálida como el lirio agonizante, nerviosa como una sensitiva, la que, en ese temperamento de las tuberosas y las campánulas, sigue con lánguida mirada la marcha de los astros, la corriente del arroyo que muere en-

tre los guijarros y cuida en sus enfermedades de estio á sus hermanas las rosas blancas.

Ya sería la apasionada joven que esperaba impaciente la llegada de su amado, ya la tierna desposada que sueña aún en sus amores de niña, ó ya la cariñosa madre que acompaña á sus hijos para que se distraigan con los juegos de los muchachos callejeros, con el tránsito de los carruajes y con el serpenteado caminar de un ébrio.

Por aquellos balcones, ha huido en raudales la alegría.

Las recámaras, que son dos, tienen puertas-vidrieras que dan al patio, y por ellas habría penetrado en las mañanas el aroma persistente de las verbenas, el suave olor de las violetas y el trino del salta-pared, que como ave *buscona*, es amante de todas las flores de las casas.

El rayo de luna jugaría con los hilillos de oro que la luz de una bujía velada por transparente amarillo con encaje blanco, arrojaría sobre la mullida alfombra de aquellos tibios aposentos que han albergado á los duendecillos del amor, que aprovechando el sueño de las vírgenes, las habian besado en sus mejillas sonrosadas.

Quizá las enfermedades con su aliento de botica y de fiebre, hayan turbado el aromoso ambiente de las alcobas, y las sombras de la muerte hayan ennegrecido la tela azul, la caoba y la rosa de los muebles, los cordones de oro que recogían el *portier*, los mármoles de las mesas poligonales, el ónix de la chimenea, el *biombo* que cubría el lecho y las flores de *naturaleza muerta,* que antes se ostentaban alegres cual si hubiesen sido cortadas de un jardín en primavera.

Tal vez la amarillenta luz de los cirios disputó su puesto al rayo de luna, y el hedor del ácido fénico, que es el perfume de los hospitales, se mezcló al aroma de las verbenas y las violetas........

Pasado el comedor, se entra á la cocina, amplia como las de los conventos, y por lo mismo, lúgubre.

Escasa luz llega hasta el largo brasero que remata en un horno profundo y se halla entoldado por una gran campana ennegrecida por el hollín.

En el piso y hacia un ángulo del suelo, hay una puerta abisagrada que da paso á un subterráneo ó sótano, que corresponde á la planta baja de todas las piezas, y que con su impenetrable obscuridad, como la de las tumbas, y el frío glacial, como el de las cavernas, contrasta extremosamente con la orgía de luz, el derroche de sol y el raudal de alegría de las habitaciones.

Allí, en esa cocina, allí, en ese subterráneo profundo como los de las fortalezas feudales, hechas de propio intento para las víctimas del señorío, como las gloriosas catacumbas construidas para los mártires del cristianismo, allí, deben residir los *Espantos* que amedrentan á los chicos del barrio, ahuyentan á los inquilinos que se interesan por la vivienda, y han dado motivo á que el vulgo se impresione y propale la conseja.

De esas monjas en pena, que olvidando sus votos en vida, dejaron el claustro y volvieron á las pompas del mundo; de las brujas y hechiceras que á horcajadas sobre un palo de escoba asisten á las fiestas del Sábado y se cuelan por las chimeneas para hacer que los niños duerman temprano, de esos fantasmas que en los primeros años de nuestra existencia se llaman «vagos recuerdos de la pasada vida en la juventud, ilusiones y ensueños,» y en la vejez «desengaños,» deben darse cita en este departamento de la casa vacía.

De allí surgirá el alma de algún avaro que vigila el tesoro escondido, el que depositó en un cofrecito y sepultó en el muro húmedo y agrietado, en el sitio que el sólo sabía.

De aquellos antros se elevará por la noche una maldición, un gemido, y quizá una nube de sangre cruce por aquel sótano clamando venganza.

¡Oh, los Espantos....! Cuando las conciencias son intranquilas, dan forma á sus remordimientos, se apoderan éstos de la imaginación enferma y abaten el corazón, dejando mustio el ánimo.

Ya es el ruido extraño que escuchamos de pronto á la cabecera de nuestro lecho, ó producido por los muebles que al día siguiente vemos no han cambiado de sitio en nuestro cuarto, ya la fosforescente lucecilla que pasa ante nuestra vista y vuelve á pasar durante la noche como llamita de fuego fatuo ó exhalación luminosa de una lámpara de alcohol.

Algunas veces, la plegadera, el lápiz ó la pluma, ú otro de los objetos que se hallan sobre la mesa de escribir, parece que dan pequeños golpecitos, como el manipulador de un telégrafo, y las hojas de papel mudan de lugar, como queriendo huir de nuestro pensamiento que ha de herirlas con sus concepciones.

Estos y otros fenómenos que hemos experimentado cuando queremos entregarnos al reposo del sueño ó al trabajo intelectual, con la bujía al frente, el tintero como un abismo de ideas y las cuartillas en blanco ociosas y negligentes, son la expresión de algo que no ha podido desprenderse de nosotros, que nos persigue, porque le pertenecemos; y si nos deja algunas horas, es llevándose la ofrenda de nuestro cariño, un recuerdo más y un lapso de tiempo menos en la existencia.

Todas esas manifestaciones que visitan nuestra alma, pasando por la antesala de nuestra imaginación, proceden de aquellas regiones de las que nos refiere Teófilo Gauthier, cuando dice: «un raudal de luz brillante, como polvos de diamantes, constituían la atmósfera, y cada grano de aquel polvo lumínico, era una alma.............»

La Espírita de nuestra existencia misteriosa, se nos revela como á Gui de Malibert en el espejo de nuestro pasado, y como la de aquel amante imposible, nuestra alma

se *recoge en sí misma* para rendirle el culto que nos inspira.

Es la novia que no hemos visto, desde que dejamos en el panteón aquel cuerpo esbelto como los de las vírgenes talladas en los colaterales antiguos; desde que olvidándonos de aquellos grandes ojos suplicantes, y de aquel rostro moreno profanado por la muerte, no hemos vuelto á besar el retrato que nos muestra con vida á la mujer amada.

No hemos renovado las flores de su sepulcro, no hemos soñado con ella, y viene, como celosa aún, á reclamar el amor que nos ha inspirado.

¡No puede olvidarnos!

No pretendamos huir de esa nuestra sombra enamorada, porque al llegar á la reja del jardín, cuando el carruaje nos espere para conducirnos al teatro ó á un baile, *Espírita* se sentará al piano, hará vibrar una nota que nos hará volver al salón y escucharemos esta súplica: «¡No salgas!»

***

Ahora, oigamos la conseja que ha ido de boca en boca hasta las tabernas durante el día y que sirve de pasto á la conversación de los parroquianos de los *figones* en las primeras horas de la noche.

Un pequeño edificio tan antiguo como ruinoso, ocupaba el predio donde hoy se levanta la *Casa de los Espantos.* Habitaba la finca una anciana viuda de un soldado insurgente, muerto en la batalla del Puente de Calderón.

La vieja viuda era muy conocida en el barrio, porque prestaba dinero á rédito, comerciaba en alhajas, vestidos y otros efectos: era lo que se llama una *corredora,* y por

lo mismo frecuentaba casi todas las casas del vecindario y concurría á la plaza del mercado para sus operaciones de préstamos y cobros.

Se llamaba Juana y los muchachos le anteponían á este nombre el título de *Tía*.

Iban á la casa de tía Juana, muchas damas y caballeros que venían del centro de la ciudad en elegantes carruajes, y por la noche podía verse, cómo, por una alta y pequeña ventana, única que tenía la fachada, salía mucha luz, al grado de iluminar la calle por muy obscura que estuviera.

Quién contaba que aquella mujer era una inteligente *herbolaria*, que hacía curaciones maravillosas y que poseía secretos para alcanzar la fidelidad en el amor, para el cambio de fortuna, etc.; quién aseguraba que prendiendo cabitos de vela y lámparas, costeados por los interesados, ahuyentaba al demonio; y no faltó quien afirmara, que en la misteriosa habitación de Tía Juana, habían animales disecados, alambiques, retortas, braseros y otros chismes de Alquimia. Tía Juana era ó estaba en opinión de una hechicera.

Lo cierto es, que al morir la anciana, como no tenía familia, fué sepultada por cuenta del municipio, y la casa pasó al poder y propiedad del gobierno y quedó abandonada por mucho tiempo.

Un día se presentaron varios caballeros en un coche, fué abierta la puerta, que aún conservaba intacto el albarán de clausura y la barra de madera que había sido puesta con grandes clavos, y ante una chusma de curiosos, los individuos del carruaje penetraron á la casa de Tía Juana.

Pocos meses después, se procedió á transformar aquella finca lúgubre por tradición y fué construida una preciosa casita de alegre aspecto.

Comenzaron á introducir en ella muebles, grandes es-

pejos, lámparas, mesas, etc., etc., y una mañana tomaron posesión de aquel bonito albergue, un joven, una hermosa rubia y una anciana, madre de la muchacha.

Era un matrimonio y la suegra, quienes procedentes de Puebla, vinieron á ocupar la casa del yerno.

Poco más de un año vivieron los esposos en aquella casita, siendo la envidia de los amantes que habitaban por los contornos.

Una noche oyóse una detonación de arma de fuego en el interior de aquella mansión envidiada. Acudió la autoridad y halló sobre el lecho de cedro, entre confundidos pliegues de lino y regueros de sangre, bajo el *plafond* azul y encaje blanco, el cadáver de la joven rubia, y de pie, con las ropas en desorden, la cabellera hirsuta, satánicamente riendo y con la pistola empuñada, al esposo que contemplaba impávido, como un demente, á su víctima.

El matador fué aprehendido sin resistencia y al entregar el arma homicida, exclamó:—¡Me fué infiel y la maté, como se lo tenía ofrecido!

Desde entonces, una visión blanca á veces, una anciana vestida de negro otras, inquietan á los inquilinos matando las luces en la sala, en el comedor y en las recámaras, cuando los chiquillos juegan, ó cuando alguno quiere leer antes de dormir, ya en la cama, y puesta la vela sobre la mesa de noche.

¿Será la víctima inocente que busca su reivindicación en aquellos sitios que fueron testigos de su fidelidad, y la madre que clama contra el asesino de su hija?

¿Serían la adúltera, cuyo espíritu aletea implorando perdón y la madre cómplice que purga su crimen con el recuerdo constante de aquella salita en que penetró el ladrón de la honra de un buen esposo y de aquel lecho manchado infamemente?.................................

....

Cuando los escasos mecheros de gas alumbran mezquinamente y de las casas de comercio salen en forma de rectángulos la luz é iluminación de lámparas de petróleo, las mujerzuelas pasan frente á *La Casa de los Espantos,* recordando á la muerta, y los granujas temerosos, toman por enmedio de la calle, pensando en la hechicera Tía Juana.



UN BAUTIZO EN CARNAVAL.

I

EN el anverso de una tira-programa del Circo Orrín, la niña de cerebro enfermizo, de imaginación ardiente y de espíritu débil, leyó el argumento de la nueva pantomima *Un bautizo en Carnaval*, que anunció la Empresa para la temporada de Pascua.

La Semana Santa, como austera Superiora de un convento, que se aleja por los obscuros y encallejonados claustros, y deja en libertad á las novicias, pasó amortiguando los sermones cuaresmales, la penitencia, el ayuno, la vigilia y todas las mortificaciones, como los pasos de aquella austera religiosa que se ahogaban y extinguían de celda en celda, de pasillo en pasillo, é iban á perderse en el silencio del oratorio para dejar lugar al bullicio tímido de las educandas.

Con el repique á vuelo del Sábado de Gloria; las explosiones de los cohetes inflamados en los cuerpos de cartón de los *Judas;* los gritos entusiastas de los granujas que se disputan, en desorden, los fragmentos carbonizados de los *monigotes* que oscilan en las cuerdas; la alegría popular que van derramando por las calles los carros repartidores de pulque festoneados de flores, entoldados

con ramas y las mulas adornadas con espejitos redondos y banderolas tricolores, surgía la nueva vida terrena y con ella se levantaban vigorosas las ilusiones mistificadas. Porque, como ha dicho Campoamor:

«........................
Pecar, hacer penitencia,
Y luego.... vuelta á empezar.»

Se *abrían las velaciones*, es decir, Himeneo volvía á encender su inflamadora y deslumbrante tea, apagada en agua bendita; los vestidos blancos y los azahares frescos convidaban al amor.

Se despertaba la juventud femenina una mañana de domingo, cual si de fatigoso viaje llegara al término. Los ancianos se extasiaban aún, en éxtasis de *fakir*, pensando en el misterioso drama de la Redención, y los jóvenes se felicitaban de que hubiera pasado la temporada de abstinencia para los bailes, días de campo, tertulias y demás pasatiempos en que el amor juega el principal papel.

La niña de cerebro enfermizo, de imaginación ardiente y espíritu débil, entraba en ese período de desahogo, como una nerviosa ó como una colegiala, y, bullanguera de por sí, se sentía más animosa y alegre, positivamente *como unas pascuas*.

A caza de impresiones nuevas, pues que así lo exigía su temperamento, siempre en pos de una sensación que reemplazara la de la víspera, así como se suceden las olas caprichosas, hacía buen acopio de imágenes para sus sueños diáfanos.

¡Hermosa edad en la que se hace de la mente un variado calidoscopio, y del alma una aya que se rinde á nuestros antojos y satisface todos nuestros caprichos! Una promesa condicional, una vaga esperanza, un presentimiento leve, toman en el corazón juvenil las proporciones de una felicidad próxima.

El espíritu tiene también sus mirajes en los yermos de la vida. Las lejanías de la ilusión, forman los horizontes de un goce desconocido.

Por eso se llora.

II

Desde un asiento en gradas del lado Poniente, sin envidiar las ricas telas y las valiosas joyas que despertaban la codicia en los palcos y plateas y hacían resaltar más la belleza de la mujer aristocrática, sin desdeñar el roce de su falda de merino con la enagua humilde de percal, nuestra niña se preparaba á realizar los sueños que le proporcionó la lectura del argumento de UN BAUTIZO EN CARNAVAL.

Como su cerebro enfermizo, eran sus aspiraciones: pálidas y desganadas, macilentas é indiferentes. Buscaba las nuevas sensaciones, de la misma manera que el febricitante cambia de postura para refrescar el vaho calenturiento que se aloja entre las sábanas del lecho; porque su imaginación ardía con la fiebre del pensamiento exaltado; y en las debilidades de su espíritu, todas las ternezas absorbían el sentimiento. La sensitiva se conforma con sus timideces y no osa llegar hasta la altura de sus hermanas las gardenias y las dalias.

Para obtener el sitio que ocupaba, ¡por cuántas incomodidades no había pasado y visto pasar á un amigo que la acompañaba! ¡qué rubores sufrió al sentir que en el respaldo de los asientos se enredaba el vestido y dejaba al descubierto, aunque sin ser observada, la blanca pantorrilla aprisionada en finísima media de seda! Todo lo daba por bien empleado, con tal de ver materialmente lo que en sueños le había cautivado, como remedo de un espectáculo precioso.

Sumida en esa media luz que precede á los ejercicios

del Circo, vagando mentalmente, como mariposa deslumbrada, ya en torno de las bujías eléctricas que forman pequeño círculo en la ventila central del artesonado; ya al rededor de las luces incandescentes de los palcos, esperaba impaciente que la función comenzara y que cuanto antes terminara la primera parte del programa, que era la sensación de la víspera. Necesitaba una nueva impresión que reemplazara á aquella.

El rumor incoherente que producen los espectadores hasta quedar instalados, cesó súbitamente. Se iluminaron la pista y el foro, con las candilejas circulares la una y los focos de reflector el otro; y al mandato del timbre que anuncia la ejecución de las partes del programa, la orquesta, dirigida por el maestro Gabrielli, tocó una obertura.

La hora de la realización de un sueño se acercaba. El precioso espectáculo que anhelaba la niña, no tardaría en verificarse.

III

Acallóse el ruido estrepitoso de los aplausos tributados á la hermosa rubia Miss de Vere, la que, cual la mudable fortuna, tan atractiva como caprichosa, se mantiene impasible y juguetea en las «Esferas imantadas,» haciendo revolotear obedientemente en torno de su rostro encantador, á un enjambre de palomas domesticadas. El violín hábilmente ejecutado por Mr. Bark-Ben-Achmet en el difícil ejercicio «Pirámide de mesas,» había llevado las sentidas notas de una fantasía al ánimo de los circunstantes. El clown Chandell, ha hecho desternillar de risa al público, y especialmente á las niñas, con los «Volteos estrambóticos en un mulo.» Los «Japoneses infantiles,» han admirado con sus contorsiones. El trabajo «A la alta escuela,» desempeñado admirablemente por Mme. Maran-

tette, mereció los honores de la repetición, y por último, los Martinetis en sus actos sorprendentes de acrobatismo, hicieron estallar en gritos entusiastas á los concurrentes de las altas graderías.

Pasado el intermedio de quince minutos, tras de aquel ir y venir de mozos que hacian los preparativos de la pantomima nueva, la orquesta ejecutó una sinfonía bellísima, que fué como el preludio de lo que pudiera llamarse «Un cuento de abuelo en una noche de Invierno.»

IV

Figuráos la magnífica salida del sol en un campo industrial cerca de París, sobre un camino real que se halla entre dos aldeas, y á las puertas de un cuartel donde se encuentra el Régimiento 72.

El lejano terreno sembrado de trigo, comienza á difundir ese polen de oro que parece desprenderse de los surcos, como ideales suspiros, de las matas, y nos recuerda las apasionadas promesas del Tetrarca de Oriente á la Virgen Idhumea, según la expresión rítmica de la poetisa mejicana Doña Laura Méndez de Cuenca:

«Yo te daré por tus trigales rubios
Macizos carros de lucientes llantas,
Y mis esclavos nubios
Estarán á tus plantas.»

El molino de harina surge de las últimas sombras de la noche, con su inmensa rueda de madera dentada y sus techumbres desiguales, como espectro que se esfuma, como visión fantástica que desaparece. Y el ruido que la rueda produce en el agua, que es la fuerza motriz, cede al imperio de su algarabía á los primeros rumores de la mañana que empiezan en los nidos, siguen en los hoga-

res, salen á la calle muy abrigados todavía con el calor del sueño y van á invadir los galerones de las fábricas y los reducidos departamentos de los talleres.

La herrería del maestro Clemente abre sus ennegrecidas puertas al trabajo. La fragua sacude su pereza de cenizas tibias y de carbones húmedos. El fuelle bosteza. El yunque se despierta alegre preparándose para su canto cuotidiano y los lingotes de hierro dejan de mala gana el rincón lleno de hollín y de cisco en que durmieron.

En el cuartel, suena el toque de diana que nos hace sentir ese frío desagradable que experimentamos al dejar el lecho. El sueño huye amedrentado por las notas agudas y penetrantes de las trompetas y el centinela avanza hasta el rastrillo, majestuoso y solemne, como la consigna que ha recibido.

Se reanuda la lucha por la vida: el espíritu, después de una tregua, vuelve á su campamento; se traba el combate y caen heridas nuevas ilusiones, en tanto que los desengaños se yerguen y resisten el ataque, y no pueden ser vencidos.

Á esa lucha van los herreros Bruno y Baltazar, para dejar algo de sus energías resueltas en copioso sudor. Á ella va Auguste el aprendiz para agitarse cerca del fogón, voltear de cuando en cuando el martillo y servir de bestia de carga cuando haya de ir á entregar los artefactos; y Gaspar, el dueño del molino, aunque se muestre muy contento y satisfecho, al ver que sus trabajadores, guiados por su hijo Adulfe, embodegan la harina elaborada.

Entra por mucho la amistad en esa contienda diaria que libran nuestras facultades contra los elementos que se oponen á ellas. El amigo, es el compañero de fila á quien puede herir el proyectil que venga dirigido á nuestro cuerpo, ó el mensajero que lleve nuestro último recuerdo á los seres queridos, si tiene la fortuna de sobre-

vivir á nuestra caída. Nos habla de probabilidades para el triunfo, y nos alienta en la lucha con la esperanza de vencer.

¡Oh, sublime amistad, bendita seas!

Clemente y Gaspar son soldados de una misma fila en las luchas del trabajo; por eso se fortifican con el amor de la familia, por eso vinculizan sus afecciones haciéndose partícipes íntimamente de ellas. Gaspar apadrinará á un heredero de Clemente, y el bautizo del niño será un vínculo más para los amigos.

Mad. Louíse arrullando al bebé, es la esperanza que fulgura; el consuelo que reanima; la resignación que conforta.

Los segadores envidiosos de aquella dicha, quieren participar de ella; por eso regalan la cunita para el niño.

V

¿Por qué se agrupan en torno del Abad Ludovico, cura del lugar, los aldeanos?

¡Ah! es que llega el rústico carro trayendo la cruz que ha de colocarse en la troje. Es la fiesta de la *Ultima espiga.* Los trilladores se entregan entusiastas á sus danzas pastoriles. En el camino, el baile de *Las cintas*, parece un molinete encantado, pues á medida que los bailadores van describiendo círculos concéntricos, asidos de los listones multicolores, éstos se entretejen en un eje, hasta que las parejas se estrechan y abandonan las cintas con un alegre grito, que es la expresión de la felicidad pasajera.

Oid.—El redoble marcial de los tambores se acerca. Un piquete de fuerza al mando del capitán Gustave, se dirige á la aldea para practicar la *quinta*, esa que arranca lágrimas y sollozos á las madres y á las novias, y hace germinar, rústico é inflexible, el odio á los tiranos.

Auguste pretende huir del *quinteo*, entre los hombres sanos y fuertes; prefiere el rudo trabajo del herrero á la vida holgazana, pero cautiva, del soldado. Adulfe, que ama á la Adriana, no quiere separarse de ella, y sus compañeros de trabajo le salvan dando una suma de dinero por el rescate.

Ya se aleja la fuerza mandada por Gustave; ya renace la alegría y todos pueden entregarse al banquete campestre, que ha de preceder al viaje que harán rumbo á París, los padres y padrinos, para celebrar el bautizo y asistir al Carnaval.

Un viaje á la Capital francesa para un industrial, debe ser goce que le indemnice ventajosamente de las faenas rudas del campo.

¡Qué alegres van por el camino aquellas familias, con sus sencillos proyectos y sus limitadas aspiraciones!

¡Feliz aquel que aspira poco!

VI

Nos hallamos en los *dominios de las Ninfas*, y *es el despertar de las aguas*. A través del verde mar y el azul de laguna, pasan en fantástico enjambre las moradoras de las aguas luciendo sus atavíos de luz indeficiente; el vaivén de las olas las agita, y diríase que prisioneras de las perlas y los corales, están siempre de fiesta.

El *despertar de las aguas*, es un poético despertar. Basta fijarse en el colorido que van tomando esas soñadoras de las playas y de los campos, para comprender, cómo duermen y cómo despiertan. Primero, tienen la palidez del histerismo; después, el violado de una enferma del corazón; y más tarde, la lividez de un lirio muerto.

Hasta que el sol llega, las aguas se reaniman y entonces toman el colorido de las flores.

VII

Estamos ante una perspectiva, mitad sombra y mitad luz, en que la obscuridad domina sumergiéndonos en esa somnolencia que producen las tinieblas: llega á nuestros oidos el estrépito de un torrente que se despeña furiosamente, y luego en marcadísimo contraste, el rumor del agua que se desliza suavemente. Es una cascada que desciende llevando sus corceles de burbujas y sus espumarajos precipitados á un lago que se va presentando á nuestra vista con un deseo lentamente realizado.

Llega nuestra respiración impregnada de ese olor fresco que se aspira en un cuarto de baño y pasan por nuestro semblante hálitos de brisas y ráfagas de viento frío.

Rasgan la densidad de la sombra las mil combinaciones de luz que hieren el torrente, y las aguas, como volubles serpentinas, pasan ofreciendo sus cambiantes rojo y verde, azul, color de rosa, tornasolado y amarillo, guinda y lila pálido. Celajes que pudieran arrancar del cielo, ora durante el alba en el Oriente, ora á Mediodía en el zenit, ó ya á la caída de la tarde en Occidente: eso parecen aquellos efectos de luz sobre los cambiantes del agua.

Pronto el torrente desaparece. El lago refleja como encajes de plata las luces de las bujías; y como evocada por una encantadora visión de los sentidos, aparece una nave profusamente iluminada con foquitos blancos colocados en las pilastras que soportan el toldo y con sus surtidores electro-hidráulicos que desalojan lloviznitas como las de un *chambelan* de peluquería.

El Dios de las aguas se pasea por el lago de sus palacios tañendo inspiradamente el arpa. Su veste es blanca como lampo de nieve, y en su rostro bondadoso se quiebran los rayos luminosos, como empíreas irradiaciones.

No es este el Dios de las tempestades, ni de los naufra-

gios. Es el que guía felizmente á las embarcaciones; el que riega los campos y prepara el baño apacible de las Sirenas y las Linfas.

Cuando la nave huye por el río encantado, el lago queda triste.

VIII

Es de noche y los farolitos venecianos, rojos y azules que alumbran el «*Hotel Neptuno,*» así como las grandes farolas chinas y las lucecitas verdes que se reproducen en las aguas del Sena, recuerdan una noche de Carnaval en los jardines inmediatos á París á orillas del famoso río que guarda el sueño de las víctimas de la reina Margarita de Borgoña y ha revelado los secretos de la Torre de Nesle.

El esquife de nuestra fantasía nos transporta al suelo veneciano, á *la Ciudad de las cien islas* y de los esbeltos campanarios. Nos parece ver entre las sombras de la noche la góndola negra con su proa de espolón y oir los gritos de los gondoleros, ya para atraerse viajeros, ya para anunciar el peligro de que pueden chocar á otra góndola que viene en sentido opuesto, para pasar también bajo un puente. Las graderías y los regios alcázares, que, como dijo un escritor, parecen una inmensa flota de navíos de mármol encallada en las lagunas, han desaparecido entre las sombras; pero queda algo de aquel canal que nos habla de serenatas, de citas misteriosas, de amantes paseos, y de grandezas de arte.

IX

¡Cómo vienen á la memoria todas aquellas escenas que se han desarrollado ante nuestra imaginación, en esas noches serenas que caen sobre los lagos y los mares, con-

vidando á dejar la ribera ó la playa y deslizarse en frágil embarcación por la apacible corriente acompañado de una mujer amada!

El canto del barquero que distrae su impaciencia; el beso furtivo que se pierde con la ola que llega; la mirada que centellea; la sonrisa que bebe nuestro aliento y el suspiro que vuela, dicen con el poeta que cantó á Nápoles:

«Del golfo al eco armónico
Y al rayo de la luna,
Cantando su fortuna
Bogaba el pescador;
«Y de su amante pálida
Bebiendo los suspiros
Al aura en blandos giros
Mandaba su canción.
«De las floridas márgenes
Los ecos murmurando,
Iban así cantando
Placer, delicia, amor.
«Y cual gigante lámpara
De vida, eterno efluvio,
La lumbre del Vesubio
Mandaba su esplendor.»

La niña de cerebro enfermizo, de imaginación ardiente y de espíritu débil, no hacía caso de los detalles cómicos de la pantomima. Auguste el gracioso, no le hizo reír disfrazándose con el manteo y el sombrero acanalado del Abad Ludovico, para que no lo llevaran al servicio del Rey, ni con las *machingüepas* que tanto él, como sus perseguidores daban, entrando y saliendo de la «Casa misteriosa.» No gozó con las caídas del obeso Bonifacio, *Le maitre d'Hotel*, ni con las peripecias sufridas por Mad. Louise. Sus aspiraciones eran pálidas. Cambiaba de sensaciones, como se cambia de postura en una enfermedad, y amaba las ternezas.

Salió del Circo Orrin aquella noche, enamorada de las

Ninfas, de la cascada, del trigal y del lago; y aunque perdió mucho de la pantomima, le pareció que había visto lo bastante para realizar su sueño.

Cuando el *Cuarteto alegre* hacía de las suyas en las bromas de Carnaval y vertiginosamente descendía en una lancha hasta el lago; cuando el «*Hotel Neptuno*» se incendió por la explosión de una caldera, y por último, cuando los marineros, los militares y paisanos, los molineros, los máscaras, etc., etc., se hallaban nadando y el espectáculo terminaba como toda pantomima, en confusión y desorden, la niña pensaba en el galán que había surcado el lago con otros compañeros que pulsaban el bandolín, cantando con sentida voz de tenor, la siguiente barcarola:

«Á la luz de la luna
Yo te miré,
Y desde entonces, niña,
Me enamoré.

———

¡Ay corazón, ay corazón!
Díme corazón mío
Si estás enfermo
De tanto amor.»

Llegó á casa, y en el piano cantó repetidas veces la barcarola.

Después.... su espíritu se fué á los lagos de la antigua patria, para oír las endechas de amor desde la ojiva de un castillo encantado; se bañó en las olas de un mar misterioso y despertó con las aguas pálidas, al principio, violadas y color de cielo, después.



ORIENTAL.

El jardín está de gala. Un color amarillo topacio que viene afocadò desde Occidente, rasga las hojas y las ramas de las frondosas bóvedas que sombrean aquellos sitios deliciosos, hechos como el Paraíso bíblico, para el amor. Las flores de matices raros y de aromas que adormecen los sentidos, están inquietas y no quisieran dormir, como los niños juguetones que trasnochan en las fiestas del hogar. Los arroyuelos cantan en sus jaspeados lechos; los viveros se alegran; las aves dan al viento sus preludios fugaces; los surtidores de brillantes minerales, lanzan sus múltiples y variados juegos de agua cristalina refrescando los más apartados senderos de caprichosos escondites, y en las plazoletas tapizadas de musgo, los recuerdos roban el tul del firmamento y ondulan al compás de los trinos. El terebinto languidece y el rojo tinte de sus pétalos va recogiéndose con las primeras sombras de la tarde; la palmera inclina su voluptuosa cabellera de tropical belleza, y el ópio y la mandrágora, se aletargan con su propio narcótico.

Los cisnes se arrullan cantando sus penitas, blancas

como ellos, y en los lagos que semejan, por su obscurecida superficie, láminas de acero bruñido, se pierden como esbeltos velámenes de naves fantásticas.

Los remansos murmuran; y en el río que parece ancha cinta de plata oxidada, se mecen gallardamente los esquifes de cascos ambarinos y de ornato morisco.

A orillas del más extenso y pintoresco de los lagos que pudieran llamarse los sueños brillantes de las flores, se levanta un castillo, como mole de filigrana reflejando tristemente en el cristal límpido y terso de las aguas, durante el dia apacible, y como negros fragmentos de nubes iluminadas por las estrellas, cuando la noche llega.

Una alameda de ceibas y áloes perfuman los muros arabescos que se yerguen majestuosos sobre la plataforma de mármol negro.

Las ojivas y las claraboyas, tienen mucho de las profundas, pero lánguidas miradas de las hijas de Brahama, y diríase al verlas entornadas con sus celosías de concha nácar y sus cristales de colores opacos, que participan de la indolente embriaguez de los Señores al escaparse por ellas los humos de los pebeteros y los vapores del tóxico.

El almenado que corona aquella mole, de filigrana por su tallado, y de riqueza ideal por la profusión de jaspes y de mármoles, dan á aquellos dominios señoriales, más que el aspecto severo del feudalismo, el del arte árabe en todo su apogeo.

Verdadero joyel de la grandeza asiática, el interior de aquella morada del placer y del amor, convidaba al deleite de los sentidos con sus espaciosas galerías recamadas de oro y piedras preciosas, sus lienzos y sus estatuas que despertaban deseos mal dormidos; sus artesonados cabalísticos y sus grupos licenciosos.

En las noches de luna, cuando los argentados efluvios de la Diosa melancólica inundaban aquella mole de filigrana, venían á la memoria todos los caprichos de María.

de Magdala, de esa pecadora arrepentida que fascinaba con sus rubios rizos, como el sol poniente con sus dorados reflejos, su mirada de abismo voluptuoso, sus sonrisas de fuego, su seno de Venus Afrodita, sus brazos hechos como para aprisionar cuellos amantes, su talle tentador, como una visión enclaustrada y las curvas que contorneaban, un constante deseo. Y entre el torrente de plateada luz que iba á besar las junturas de los mármoles, entre los rayos dispersos que se posaban en los alféizares y con los jironcitos de sombras proyectadas por los árboles de la alameda, parecían gemir aquellas estrofas que en labios de Bonerges, no lograban ablandar el corazón orgiástico de la que fuera más tarde la escogida del Nazareno, *porque había amado mucho.*

El trovador armoniza la cítara, y su acento expresa toda la melancolía de su pasión.

¡Escuchad!

«¿Quieres que cante, bella Señora,
Por qué te llaman la pecadora?
Porque es tu rostro resplandeciente
Como la aurora de la mañana,
Que entre celajes de ópalo y grana
El sol envía por el Oriente;
En tus pupilas puras y hermosas
Brilla serena la luz del día,
Y tus miradas son tan sabrosas
Como el ambiente de la ambrosía.»
....

En las noches tediosas, cuando las sombras llevan en sus giros invisibles remordimientos de conciencias impuras, ayes de dolor acallados en un eco perdido, juramentos no cumplidos, deseos no realizados, hastíos profundos y pesares íntimos, las ojivas rasgaban la sombra con

su mirada luminosa, los torreones perfilaban sus esbelteces negras, y los áloes y las ceibas se disputaban la obscuridad.

A veces el festín luchaba con los misteriosos secretos de la luna y con las insondables profundidades de las tinieblas, el estallido de los cristales que se quiebran, los últimos aleteos de los besos que han ido y venido de boca en boca como saetas de fuego; las carcajadas extinguidas como los tumbos de un mar agitado después de la tormenta; las canciones ahogadas con el néctar embriagante, las imprecaciones, las blasfemias, las frases incoherentes, los suspiros y los bostezos que delatan el remordimiento y la fatiga, esperaban á los primeros trinos de las aves, á los murmurios despertados en el lago y á los ruidos matutinos de los jardines que son como las primeras algarabías de los niños que dejan sus camitas al sentir el débil calor de los rayos de un sol naciente.

El liquidambar y la mirra, como parejas de amantes que dejan con el alba un salón de baile, salían imprimiendo una estela ideal de ambrosía, él con su abrigo odorífero, y ella con su chal de color lapislázuli.

Entre los velos blancos de la aurora, dormían por fin los pebeteros cincelados sobre trípodes caprichosos. La luz de oro del sol, se perdía entre los pliegues purpúreos y los brillantes flecos de las regias colgaduras, en tanto que las estatuas y los lienzos, los tapices y las alfombras de Persia volvían á la vida de la belleza inerme, y *las flores de naturaleza muerta*, como dijo Rubén Darío, las que no se marchitan con la atmósfera de una bacanal, se presentaban en los jaspeados jarrones, como las que duermen en el pensil para despertar en una mañana de Primavera.

El día esplende magnífico y radiante sobre el castillo, en los jardines y en los campos del señorial dominio. Los amos duermen y los pecheros labran la tierra para pagar

el tributo. En el *harem*, como en una galería artística, hay delineaciones de formas mujeriles entre arrugas de edredones y colchas multicolores; negras y rubias cabelleras que se ensortijan, alborotan y caen sobre finísimos almohadones como cascadas de penumbra ó torrentes de polen de oro; brazos que salen al descuido de los lechos, cautivados por brazaletes de ágata y de ébano; turgentes senos que nivean entre el finísimo lino y jadeantes se elevan y se deprimen como oleajes blancos en bañadera de mármol; pupilas entornadas que incitan al beso para ser abiertas; mejillas ruborosas sorprendidas por sueños deleitosos, frentes veladas por el amor, labios de granado en botón y dentaduras apenas perceptibles como gotas de rocío entre los pliegues de una hoja de amapola. El luciente estuco y el celeste artesonado, envidian el pálido mate de aquellos rostros que duermen; la luz no se atreve á penetrar francamente á aquella estancia de la ilusión, por no despertar á la que irradia en aquellos ojos grandes como el deseo, negros como las penas, ó azules como el infinito y cintilantes como faros lejanos para la esperanza.

Son las amantes que sólo pueden huír de su Señor, cuando el sueño las hace presa en las redes del ópio; son las concubinas que no pueden amar, porque la hoguera del celo no se ha inflamado en sus almas. Quizá sueñan con el albergue humilde de donde fueron arrebatadas por el vicio que ellas no sentían, quizá lloren dormidas la ilusión perdida entre el humo del liquidambar y la mirra.

El letargo que sucede á las horas de caricias, de ósculos ardientes y de goces ficticios cede al fin. Los lechos crujen, los edredones y las colchas quedan como copos de nubes arrebolados aquí y allá; los almohadones vuelven á henchirse cuando las cabelleras los dejan, se esfuman los contornos delicados, los brazos salidos al descuido se elevan y descienden como celajes blanquísimos; los

senos se hinchan para que los labios de granado den salida á un último bostezo, y las pupilas se abren como las regiones de Levante para destellar nuevamente en aquel *Edén* del que son magas.

Rostros de azucenas envueltos en nimbos de plenilunio, rivalizan con la majestad del día; frentes amplias en que aletean como en tibio nido, las ilusiones ateridas de frío; ojos con resplandores de obsidiana; labios que se contraen con el histerismo del deleite fingido y muestran dos filas de menudo granizo; bustos bellísimos; nítidas manos que recorren las curvas orientales de aquellos cuerpos de diosas; miradas vagas; acentos, más dulces que las vibraciones de una lira; todo como un enjambre de pasiones revoloteando nuevamente en torno de los angustiosos sueños del Dueño de tanta hermosura.

Agitado y penoso es el dormir del Amo y Señor del Castillo. No resuenan como en pasadas noches, reproducidas por los espíritus del sueño, las tiernas cadencias de la Favorita; no giran en fantásticos espejismos, creados por el torbellino del placer, las ninfas del *harem* que infatigablemente le han divertido en la velada, ni el abundante narcótico de que repetidas veces llenó la pipa ambarina, ha podido matar por momentos siquiera, el ahinco insaciable de goces nuevos inventados para él exclusivamente. Ha pasado la noche velado por sus fieles servidores, pues un presentimiento le afligía; parecióle que la mujer predilecta en el Serrallo, la que le regocijaba con tiernas cadencias, había mezclado en la áurea copa de Chipre, un tóxico fatal para hacerle arrastrar una vida de idiota; creyó ver cómo el espumoso vino perdía su color y se cambiaba en verde opalino, después de haber apurado gran parte del contenido de la copa; y cuando intentó castigar el crimen de la Favorita, cuando quiso que todos los suyos le ayudaran en una venganza ejemplar, antes de morir, sus labios no pudieron articular pa-

labra, sus miembros no obedecieron los impulsos de la ira, el pensamiento se echó fatigado en un rincón de la memoria y todo el odio que pudiera hacer pagar con la vida, la vida del Señor, no pudo despertarle.

Allí está tirado, como riquísimo fardo en mullido asiento, el Dueño de vidas y haciendas de los esclavos. Nada interrumpe su sueño.

¡Ay del que ose llamarle!

La Favorita vela también aquella vez, como en otras muchas; piensa que la embriaguez pasará y que el gran beodo premiará con besos su vigilia y que seguirá siendo la predilecta del Serrallo. Ama y tiene necesidad de ser preferida; el día que su privanza cesara, optaría por la muerte. ¿Por qué amaba?—Porque era la escogida entre tanta belleza, y se creía con esto superior á sus compañeras de cautiverio; amaba porque creía ser amada, sin comprender que el hastío era el que la prefería para abandonarla pronto.

El despertar del león que sueña estar herido, fué el despertar del Señor del Castillo; descargó sus iras de déspota absoluto sobre la inocente servidumbre, á quien creía cómplice del crimen de la Favorita; repudió á ésta imputándole un horrible delito que nunca había halagado su imaginación amante, y mandó que fuera arrojada desde lo alto de una almena y que el cadáver se dejara insepulto para que sirviera de pasto á los buitres.

Resignada fué al sacrificio la mujer escogida, porque amaba y no era amada.

El hastío, uno de los fantasmas de la embriaguez de ópio y mandrágora, la repudiaba.

Desde entonces las ceibas y los áloes de la alameda, como los árboles que sombrean las tumbas, fueron un remordimiento. Los efluvios argentados de la luna, no bastaron á destruir las tinieblas, de la conciencia del Señor

del Castillo, y la mole de filigrana fué un sepulcro para el Dueño de vidas y haciendas.

Ni festines, ni orgías, volvieron á interrumpir la calma de la noche, ni el sueño fué tranquilo en aquella morada, en un tiempo, del placer.

Por las ojivas y altas ventanas, entraban y salían las pesadillas y no hubo narcótico suficiente para adormir al asesino.



UN VALIOSO OBSEQUIO.

INSTALÓSE la familia del poeta en la vivienda, que no por ser modesta, dada la corta cantidad mensual que rentaba, no tuviera las comodidades relativas para una vida que bien pudiera llamarse de *bohemio.*

El *soñador*, había frecuentado en la mañana las redacciones de los periódicos en donde tenía buenos amigos; con varios de éstos almorzó en la fonda predilecta; la tarde la pasó vagando por las calles y paseos, después de haber concurrido como siempre al antiguo café de «Manrique» y por la noche, asistió á la representación del drama «La Dolores.»

Era ingente necesidad para aquel cerebro en constante lucubrar, y para aquella imaginación enfermiza á fuerza de vagar sin descanso por las regiones del espíritu, nutrirse á diario con la lectura de esas hojas creadas al calor de las ideas, ateridas de frío en las calles y plazas durante las primeras horas de la noche, como los granujas que las vocean, albergadas algunas horas sobre el bufete y destruidas al día siguiente, cuando el escándalo ha dejado las cuotidianas sensaciones en el ánimo de los lectores. La prensa actual en Méjico, sólo vive de lo sensacio-

nal, so pena de incurrir en denuncias particulares que son el amago á la libertad del pensamiento.

Aquella alma sobre la cual habían pesado tantas amarguras y tantos desengaños, parásito verjel en que una á una se agostaban las flores del sentimiento, necesitaba una mentida primavera; se aturdía con el *sprit* bien explotado por los compañeros de mesa en un *restaurant* y entre sorbo y sorbo de alcohol y de café, se perdía en aquel negro abismo, que teniendo por bordes los de una pequeña taza, tomaba las inmensas proporciones de ese caos letárgico que se llama embriaguez.

Mientras en sus frecuentes soledades había hecho que el mozo se llevara casi intactos los platillos, cuando había bebido solo, en la mesa de un café, sin darse cuenta de la ajena alegría, la vida era para él monótona en aquellos momentos, tanto como era dichosa para los seres que en otras mesas, al chocar de las copas de cristal y entre el ruidito que forma el metal de los cubiertos con la loza de las fuentes y de los platos, reían y charlaban.

Decidió entonces rodearse de seres dichosos cuando frecuentaba la fonda favorita, y en el bullicio de una ó dos horas de permanencia en el obscuro gabinete del café, olvidaba sus penas.

Huía de su hogar, como se pretende huir de una esperanza irrealizable y solía vagar por las calles y paseos, porque el recuerdo lo dominaba.

La soledad es muchas veces el mejor lenitivo en la ausencia de los goces. Por eso los poetas aman la soledad.

***

Rasgaban las sombras de la media noche los escasos fulgores de lejanos astros que cintilaban en la obscuridad del cielo, como esas lamparitas que arden constantemente en las capillas de los cementerios, los fatigosos centelleos

de uno que otro mechero de gas próximo á extinguirse en los empolvados faroles que á poca altura penden de mal restirados alambres, y la reducida zona de luz amarillenta que en el empedrado proyecta la linterna del gendarme que duerme en la puerta de la tienda situada en la esquina de la calle donde está la nueva casa del poeta.

A lo lejos, se destaca un grupo de sombras, más densas, semejantes á la de un cerro visto en noche tempestuosa á la entrada de un camino; á la derecha, una hilera de largos objetos informes que parecían ruinosos muros de antigua fortaleza, y un claro al terminar dicho costado.

Al lado opuesto, masas compactas de edificios, perdidos en aquel grupo de sombras.

El poeta alcoholizado, llegó hasta el portón de la nueva vivienda, forjando en su cerebro loco, todas aquellas similitudes que asaltan á las imaginaciones febriles.

Lo desconocido tiene un encanto irresistible; lo nuevo, lo que ha de alejarnos más del pasado y ha de contribuir á hacernos pensar en las lamentaciones del cantor francés *tamps heureux qui ne reviendront jamais*, es como un paréntesis en el que encerramos los que creemos afectos no extinguidos aún.

Las casas nuevas tienen mucho del olvido de lo que apenas ayer hemos sentido ó pensado. Cuántas veces por hacernos la ilusión de que hemos cambiado de domicilio, mandamos mudar de sitio los muebles de nuestro aposento, para que en la noche encontremos el vasito con flores, ya no cerca de la ventana, sino junto al escritorio en que trabajamos; y el lecho nos proporciona otra dirección en que recibir la luz al despertarnos.

El poeta sintió un consolador desahogo al entrar al cuartito que se le destinó, y no experimentó aquella monotonía, aquel cansancio de ánimo, al pisar los umbrales de la casa que había dejado.

Su musa le habia preparado, como de costumbre, la inspiración y no temió salir desairada en aquella noche, como en otras muchas, porque tenia nuevas caricias y nuevos besos para el amante que se olvidaba de su belleza, huyendo al caos de la embriaguez.

En efecto; trabajó con ahinco hasta la madrugada, escribiendo sus impresiones sobre la grandiosa obra de Feliú y Codina y se durmió pensando en el éxito extraordinario con que fué aceptada en el Teatro de Novedades de Barcelona, la noche del 19 de Noviembre de 1892.—«La Dolores.»

Resonaba en sus oidos, durante el sueño, aquella copla que corría de boca en boca por los Aragones y hacia pender la honra de una mujer burlada, de los bordones de las guitarras.

«Si vas á Calatayud
Pregunta por la Dolores,
Que es una chica muy guapa
Y amiga de hacer favores.»

Melchor, el barbero que *descañonando sayones* y haciendo volar la copla, se hastiaba pronto de las ilusiones realizadas, se presentaba pérfido y audaz porque tiene:

«Un gancho con las mujeres
Que le coronan de flores,
Y donde él pisa, allí nace
Un chorro de perdiciones.»

Y Lázaro, el seminarista á quien subyuga la noble pasión del redentorismo y salva á Dolores de una nueva afrenta, pasa como ángel vengador y hunde el acerado puñal en el pecho del amante engañador.

La copla había surtido todo el efecto que puede produ-

cir un basilisco. La deshonra había llegado al colmo y hecho una nueva víctima.

¡Pobres mujeres las que se entregan por completo á un seductor! Este pregona los favores recibidos y se encargará de buscar nuevas lenguas que propalen la noticia infamante.

¡Pobre Dolores!

***

La mañana convidaba á dejarla entrar de lleno por la ventana. Así lo hizo el poeta y pudo observar un paisaje encantador. Tenía frente á frente un huerto rodeado de troenos y árboles frutales, y los lados de ángulo obtuso que afectaban el terreno, estaban formados por una zanja.

Una casita rústica que acusaba antigüedad, se hallaba aprisionada entre yerba silvestre, y aquí y allí veíanse surcos de terreno no cultivado.

Lo que en la noche anterior le pareció una mole de sombras, no era otra cosa que los árboles *llorones* de un antiguo cementerio «El Campo Florido,» que iba desapareciendo para dar paso á la locomotora y dejar que la ciudad se ensanchara por aquel rumbo.

La calle en que estaba la nueva casa del poeta y la otra con la que formaba ángulo, fueron unas de tantas calzadas que tenía el «Méjico viejo.» Dichas calles se comunican por un puente que separa las zanjas del huerto y un fragmento de acequia que contornea un lado del panteón.

También los bohemios tienen sus goces inesperados; aquellos á quienes el destino deshereda, suelen tener su rinconcito en el Alcázar de la creación.

El poeta tenía frente á su ventana, árboles, trinos, brisas y nidos para divagar sus melancolías, y al lado de su

aposento, muchas tumbas entre las cuales podía pasar los crepúsculos vespertinos.

En las noches de luna, podía también cambiar súbitamente del bullicio á la soledad, cambios que ambicionaba su espíritu.

La casa nueva, era, pues, una pequeña felicidad para aquel soñador.

***

Aquel huerto encerraba una historia conmovedora cuya narración, que casualmente llegó á oídos del poeta, casi la había presentido éste, por el aspecto lúgubre que ofrecía, ruinoso y desmantelado.

Los sitios que encierran algún secreto trágico, se manifiestan tristes; son como los criminales cómplices que tienen en su fisonomía un no sé qué de terrorífico creado por ellos mismos.

He aquí la narración sucintamente relatada.

En la época á que la historieta se refiere, las acequias que aún separa el puente, se unían con el «Canal de la Viga» vulgarmente «Embarcadero,» y un extranjero poseedor del huerto, traficaba con canoas de su propiedad y hacía el comercio de hortaliza, ya con la cosechada en sus tierras de labor, ya con la adquirida en las canoas *trajineras* que surcaban el canal.

Las entonces riquezas fabulosas de aquel extranjero, despertaron la codicia de una muchacha mejicana que logró cautivar con sus encantos al rico traficante, en quien el amor verdadero hizo progresos.

Se unieron en matrimonio aquellos seres tan de opuestos sentimientos y tendencias, y aquella desigualdad pareció amalgamarse en los primeros meses de vida conyugal.

Pero ¡ay!, cuando domina el interés y á tan vil precio se compra el amor y el capital de un hombre, se inicia una tragedia al pie de los altares, el embrollo se hace en el hogar y el desenlace es funesto.

Tal pasó en aquel *edén* donde el oro abundaba merced á un trabajo rudo y constante, y el extranjero creía hacer más llevadera la ausencia de su bello país con el amor puro de una compañera en su existencia.

Quizá no volvería á ver el cielo bajo el cual había nacido. Tal vez no tornaría al lado de su familia. No importaba. Su cielo, su hogar primero, su pasado, todo estaba concentrado en aquella mujer con quien se había unido para siempre.

Amaba mucho y vivía sin recuerdos.

De pronto, la felicidad fingida huyó de aquel matrimonio desigual. Los disgustos se sucedieron día á día y noche con noche, y hubo un momento en que la tempestad de los celos se desencadenara, amenazando de muerte á la mujer ambiciosa que codiciando el oro del esposo, le hizo víctima de sus hechizos.

El traficante parecía impasible en aquel infierno. Mostrábase, al parecer, satisfecho de su vida y nadie pudo descubrir el profundo sufrimiento que le atormentaba.

Llegó el día del cumpleaños de la señora y se dispuso un banquete al que concurrieron la familia de la esposa y los amigos del esposo.

En el centro de la mesa, entre botellas de vinos exquisitos, flores, pasteles, dulces y frutas, veíase una preciosa cajita de plata cincelada con molduras caprichosas en profusión, y en la tapa, las iniciales de oro de la festejada. Era EL OBSEQUIO del marido.

Habíanse recibido muchas *cuelgas* á cual más valiosas; porque á los ricos, hay que obsequiarlos bien; pero ninguna tan vistosa, tan elegante y de tanto gusto como aquella cajita que despertaba la curiosidad de los invita-

dos, quienes trataron de inquirir el contenido de la caja.
—Aguardad á los postres,— decía el anfitrión. Es una sorpresa que le he preparado á mi querida esposa.

¿Serán alhajas?—se preguntaban unos. ¿Algún juego de costura?—se decían otros, y la esposa pensaba en lo que contendría aquella caja.

Terminada la comida en la que nuestro hombre hizo el gasto de entusiasmo y alegría, cuando los brindis por la felicidad, no inmutaron en lo más mínimo al desgraciado esposo, éste se levantó de su asiento, correspondió á los brindis, tomó la cajita y se la entregó á su esposa, colocando una llavecita de oro en la cerradura.

Todos los presentes rodearon á la señora. El extranjero volvió á su asiento cruzándose de brazos. La caja fuè abierta y un grito de asombro general apagó el ruidito que produjo la llave al girar.

Contenía aquella preciosa cajita, los siguientes objetos: una soga de seda azul finísima; un puñalito con mango de concha nácar y remates de oro y platino, y un frasquito de purísimo cristal con activo veneno.

La señora sufrió un síncope. Todas las miradas se dirigieron al rico traficante que impasible fumaba su larga pipa que había encendido. Sonrió desdeñosamente y exclamó:—¡Ya que no me ama, que no engañe á otro!......

....

Pocos meses después, la esposa del propietario del huerto moría en el hospital de mujeres dementes, sito en la calle de la Canoa.



LOS CEMENTERIOS.

Quando cadran le foglie é tu verrai
A cercar la mia croce in campo santo,
In un cantuccio la ritroverai
E molti fior le serán nati acanto.

Cogli tu allor pe tuoi biondi capelli
I fiori nati del mio cuor. Son quelli
I cante che pensai, ma che non scrissi,
Le parole d'amor che non ti dissi.

L. STECHETTI.

Cuando caigan las hojas, y tú vengas
A ver mi cruz en cementerio humilde,
Hallarás, en retiro solitario,
Flores fragantes que mi huesa visten.

Para tus blondos rizos, toma entonces
Las que en mi corazón nacieron tristes:
Son los versos no escritos que he pensado,
Las palabras de amor que no te dije.

JACINTO GUTIERREZ COLL.

I

PASARON aquellos tiempos en que la cruz musgosa abría su travesaño de piedra sobre la losa de un sepulcro. Las tumbas humildes han desaparecido en Méjico con los antiguos panteones como el de Santa Paula, en cuyos terrenos se han fabricado productivas casas de vecindad; el «Campo Florido,» que va cediendo su puesto á las nuevas calles y á las habitaciones que se levantarán muy en breve al S.O. de la ciudad, y el de «San Fernando,» aristocrático desde su fundación, elegido para guardar los despojos de los hombres ilustres y que pronto desaparecerá también, cuando se haya realizado la venta del terreno.

El arte ha llevado su influencia avasalladora hasta el lecho de la muerte. Los mármoles han reemplazado á las grutas artificiales de piedra pómez y tezontle. Las ermi-

tas han sido sustituidas por suntuosas capillas, y los retablos manuscritos por lápidas valiosísimas.

El mausoleo gigante de columnas jónicas y frisos caprichosos; la cripta de orden dórico; la pirámide truncada; el ángel del silencio que entorna la puerta de lámina brillante; la efigie del que duerme; la cruz latina de tecali; el cercado de hierro; los tibores y los macetones y todo cuanto el lujo pospone á la materia inerte, se yergue en aquel terreno abonado con los restos de los que fueron.

La cruz musgosa sólo existe á orillas del camino donde el viajero puede descubrirse y rezar con la sencillez que inspira lo rústico, lo desaliñado, lo que no obedece más que al puro sentimiento.

Quien dejó una señal sobre una tumba, cumplió con los deberes de la gratitud; quien esculpió en mármoles y bronces su vanidad, hizo pública la ostentación de la riqueza.

El recuerdo sincero y la vanidad humana, luchan en los cementerios.

Aun hay montones de tierra seca entre las tumbas ricas; aun crecen las flores silvestres junto á las huesas humildes, y tiene el Ayuntamiento la obligación de destinar en su panteón de «Dolores» una *fosa común.*

Los hospitales, como los palacios, dan un contingente diario de cadáveres. De nuestros alardeantes palacios, como de las más humildes pocilgas, salen féretros que se llevan en su partida un jirón del alma, y lo mismo en costosas carrozas fúnebres como en el vagón mortuorio en que se encajonan á los muertos infelices, el trayecto de la casa á la fosa es recorrido por el dolor de los que se quedan.

El contraste que se observa en los cementerios, no es más que una prolongación de lo que influye en la vida el destino humano.

II

Han caído las hojas amarillentas y entristecen el blanco mate de los mármoles; algunas de ellas se quedan prendidas en las cornisas; otras se internan atrevidas por las rejas que guardan las capillas y hay muchas que descienden por las escalinatas de las criptas.

En los pedestales y en los antepechos de las portadas, se posan como buscando abrigo en el hielo del «no ser.» Es que el invierno de la muerte consuela muchas veces el invierno de la vida.

Entre la yerba enmarañada que se arrima á las fosas pobres, las hojas caídas son las compañeras de soledad; ellas cuentan sus amores á las plantas parásitas y oyen en su agonía las relaciones que les hacen las amigas de los sepulcros.

Los sueños de los muertos los saben esas huérfanas de los árboles. Son las confidentes de los secretos de las tumbas.

También esas hojas tienen su *fosa común;* cuando sean hojarasca, serán holladas por las ruedas del carro fúnebre ó barridas por el *camposantero.* Sin hogar, sin familia y sin amores, la muerte de esas hojas es una muerte en abandono.

III

A la caída de esas hojas de los sauces, llegará la dama enlutada buscando la solitaria cruz para llorar sus perdidos amores; llevará las flores nuevas de su cariño y tendrá abundantes lágrimas para regar aquel pedazo de tierra que guarda su esperanza.

No la hallará entre la suntuosidad y el boato que vela el sueño eterno de los idos, porque es humilde la mansión

de sus recuerdos, como fué inmensa la pasión que los produjo. Allá en un rincón del cementerio, donde sólo ella sabe que existe el dueño de su existencia, allí está la pequeña cruz amparando con su travesaño de piedra el sepulcro pobre: Allí depositará la ofrenda de su amor infinito, entre aquellas flores espontáneas que tienen por savia los componentes de aquel sér orgánico que tuvo para ella un beso, una caricia, un pensamiento, una lágrima.

IV

Trazo estas líneas teniendo en mi mesa dos vasos con flores: en uno hay una rosa-durazno que ayer era un botón y que ha abierto durante la noche. Es un recién nacido que no esperó la luz del día para lucir sus hojitas color crema, arrugadas como nudo de corbata, y sus pétalos amarillos como granitos de oro esparcidos en un recipiente de cristal baccarat.

En el otro, luce un pequeño ramillete recién formado con las primeras galanuras de Abril: son flores de granado que remedan cofias de niños, rosas de Castilla que parecen haber salido del taller de una modista y rosas-durazno también que no pueden extender sus hojas, porque se hallan aprisionadas entre varitas de pino diminutas.

Pienso en las flores de los Cementerios, quizá llevadas por un sér querido ó nacidas al acaso. Veo cómo empiezan á marchitarse y mi espíritu se entristece, cual si con aquellas flores que se agostan llegara el término de su jornada.

Es que en las flores hay una expresión de supremo misticismo; es que los tallos y los pétalos son muchas veces el lenguaje del corazón.

V

¿Quién no ha acallado esos cantos del alma que han pugnado por salir á los labios, y no ha sentido que la pluma se resiste á escribir lo que dicta el sentimiento?

¡Pobre del corazón condenado al silencio!

¡Pobres labios los que habrán de sellarse eternamente!

Por eso exclamó Becquer:

«Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mutuo amor,
Yo digo aún: ¿por qué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿por qué no lloré yo?»

VI

Para las blondas cabelleras, hay siempre nidadas de versos que ansian rizos con sol. Los bucles de oro que caen en cascada encantadora sobre la blanca frente de una virgen, inspiran siempre *endechas no cantadas* y *frases de amor no dichas.*

Por algo pintan rubios á los ángeles. Blondos son los matices de la aurora, es blonda la espiga del trigal, blonda la lluvia de luz que el sol derrama y blondas son las ilusiones.

Para esas cabelleras de oro, la musa tiene las flores que ha recogido por la mañana; las coloca de noche en el tocado de la mujer amada y las renueva al día siguiente.

No hay que desdeñar esas flores del corazón que anhelan morir en un rizo, porque son pensamientos, son ideas.

Como después de una noche de baile, hermosas niñas, os quitáis cuidadosamente del peinado esas flores que pasaron del ojal de la levita á vuestra perfumada cabellera, y las guardáis en el sitio de los recuerdos, conservad *esos*

versos pensados y no escritos, en el fondo de vuestras almas.

VII

Aspirar como Stechetti á que haya una mujer que busque nuestro último albergue; querer, siquiera sea una cruz humilde que indique el montón de tierra que cubre los despojos, es haber amado mucho, y los que aman, bien merecen ser buscados.

¡Ay de aquellos que descansan en las tumbas, de las que dijo el poeta José A. Calcaño:

> «Los que descansan en las tumbas secas,
> Señor, ¡no tienen madre!»

¡Triste memoria la de esos muertos que no dejaron un cariño que los amortajara y lamentara su ausencia hasta reunirse con ellos!

Las tumbas sin lágrimas y sin flores, son casas vacías para el espíritu.



INVIERNOS.

El cielo semeja una ancha bóveda de acero. La luz cae como compacto polvillo de zinc, y las lontananzas se pierden en el beso de una aurora somnolienta.

Las arboledas se conmueven; los tallos desprovistos de hojas, como niños desnudos, abandonados á la intemperie, tiritan ateridos de frío; el césped llora á las mañanas rosadas de Abril, con sus lágrimas de lluvia matutina, y hay en los fangos y en los arroyuelos cristalizaciones de hielo y estancamiento de vapores.

Alfombran las praderas las hojas secas, quebradizas y amarillentas, que se amontonan al pie de los árboles, como buscando entre las raíces un sitio seguro para no ser holladas; los pétalos se encuentran inclinados en la misma actitud en que murieron, y el árbol del camino, escueto en las ramas, horadado en el tronco, parece un centinela herido, próximo á caer para siempre.

En la población, el aspecto es más sombrío; la luz, color de ceniza, hace resaltar más la humedad de los cristales en todos los balcones y ventanas; las calles apenas si son frecuentadas á prima hora por los infelices barrenderos mal abrigados con pequeños cotones ó jirones de

sábanas, y por granujas que han dormido en el claro de una puerta, aprovechando la obscuridad y el sueño del gendarme, ó despedidos del dormitorio público, cuando los primeros rayos del alba fueron á herir de muerte las luces vacilantes de las lámparas, que durante la noche iluminaron con alarde de filantropía, aquel cuadro de miseria en el que los harapos, cubiertos por toscos zarapes, los lechos de alambre y las almohadas de burda correa, no dejaba resolver al observador, si era el aspecto de un hospital ó el de una cárcel.

El desheredado, no de la opulencia, sino de los elementos más necesarios para la vida, ha pasado una noche más, vagando por la ciudad sin tener un albergue; ha tomado asiento, ya fatigado y con frío, en el banco de un paseo; ha pensado en el suicidio, como se piensa en una novia durante las horas de insomnio, y por la mañana se ha confundido en el templo semi-obscuro con los fieles que van á la misa del Alba, después de haber dormido tranquilamente en lechos confortables, ó de haber pasado la noche en una orgía.

El desheredado ha ido á la iglesia á pedir á los Santos, como se pide á la Esperanza, y rendido por el sueño de muchas noches de vigilia, ha tenido que lanzarse de nuevo á las calles en busca de amparo.

El contraste se manifiesta en los hogares ricos donde no escasean las batistas y los edredones; el anciano millonario mira el rayito de luz que penetra por el balcón entreabierto y espera que llegue el sol, arrebujándose en las colchas y los cobertores; la niña mimada de la casa, oye el alegre repique de la aurora, como el presagio de un día más de felicidad; y el joven calavera que ha dejado sus favoritos centros de reunión después de media noche, duerme dominado por la influencia del alcohol y sueña con las aventuras del día.

En los hogares pobres hay niños agobiados por el ham-

bre y el frío, y padres que, hundidos en la más cruel desesperación, no son acreedores al goce que proporciona una familia, si no con riquezas, al menos, sin privaciones é infortunios.

***

Las mañanas grises que traen la fama del cielo de Alemania, van poco á poco sacudiendo su pereza de brumas; el sol, como envuelto en las últimas nieblas del día, asoma por un claro del espacio, y el frío huye lentamente de las calles más céntricas á los barrios; de allí, á los arrabales, y por último, á los campos de donde vino.

En nuestras principales *avenidas* lucen los transeuntes desde la capa española y los regios *paletos*, hasta el capotín antiguo, que de negro se ha transformado en un verde aceituna pálido.

Cruzan en distintas direcciones carruajes con las vidrieras echadas, tirados por troncos de caballos ingleses que representan un capital, y guiados por aurigas con sombreros de seda y *makfirlands* de colores subidos.

Los coches de sitio tienen en esta época más demanda, porque es muy cómodo confundirse con los ricachones, siquiera sea arrellanado en los destripados cojines de un *simón*.

Y así, el médico que acude á sus visitas; el banquero que saborea un magnífico puro *habano;* el licenciado que tiene una cita urgente en el Palacio de Justicia; el *lagartijo* que espera la hora en que el sol caliente para apoyarse de espaldas en la fachada de los suntuosos almacenes de las calles de Plateros y San Francisco; el *coyote* ó Agente minero que va en busca de un prójimo á quien *desollar* con acciones gastadas; los toreros de invierno y las mujeres *busconas* que van saturando el ambiente con perfumes fuertes, recorren en vehículos, propios ó alqui-

lados, hasta poco más de medio día, muchas de las calles adoquinadas.

En las aceras de asfalto, van pie á tierra los que no fuman *habanos* y tienen negocios, por más que el frío les acaricie el rostro, les entumezca los pies y les flagele las manos por la ausencia de guantes.

Los suburbios con sus amplias plazuelas, sus templos parroquiales humildes y sus casuchas de miserable apariencia, también hacen contraste con el lujo y el boato de las calles aristocráticas. Si en éstas transita la dama elegante, cubierto graciosamente el rostro con un velito de gasa blanca con pringas caprichosas, el tocado oculto por sombrero de plumas y flores artificiales y el cuerpo cautivo en lanas y franelas, propias de la estación, y no regresa á casa sin llevar la impresión de muchos galanteos hechos por los ociosos *pollos* de *avenida*, la mujer de barrio, con sus enaguas de manta estampada, rebozo color coyote, peinado levantado y botín de género y charol corriente, regresa de la compra con su canasto de verdura, obligándole el peso á inclinar el cuerpo de anchas y redondas caderas, y el balanceo de la mano que le queda libre, imprime á aquella cintura de escultura tosca y mal acabada, un movimiento giratorio que es para los desocupados barrianos, el mayor atractivo que puede tener.

En los paseos, los niños cuidados por sus ayas que visten merino negro y albo delantal, se recrean con valiosos juguetes. Los muchachos de plazuela, lucen sus desnudeces asquerosas, y hacen de las piedras, la tierra y el lodo, su pasatiempo y sus diversiones.

El invierno opaca el brillo de las joyas, hace más pálidos los rostros de las mujeres hermosas de nuestra sociedad distinguida, amortigua el alarde del lujo y cubre con su atmósfera de brumas la ostentación de la riqueza; pero allí en donde la desgracia existe y la miseria del

pueblo hacina á los seres desvalidos, las mañanas de hielo y las tardes lluviosas hacen resaltar más los tintes sombríos de aquel cuadro de infortunio.

***

Es de noche. Lluvia pesada enfanga los asfaltos y los adoquines y forma grandes charcos en las calles desprovistas de empedrados y aceras. La luz de los grandes salones asoma por el balcón y hace brillar las gruesas gotas que descienden rápidamente. Los carbones del alumbrado eléctrico se apagan por momentos y muestran á lo lejos pequeñas ascuas que se inflaman, y las mil refulgencias de los focos incandescentes que hacen brillar en los escaparates diversos artículos de lujo embellecidos por la fantasía, proyectan en el suelo húmedo, rectángulos de luz argentada que parecen refractaciones de lunas venecianas.

El timbre de un tranvía; el rodar acelerado de un carruaje y el grito chillón y destemplado de los *papeleros*, interrumpen el silencio de las horas de lluvia.

Los teatros y los casinos, como las cantinas y cafés, se hallan muy concurridos, y las visitas son más frecuentes en las salas donde los acordes de un piano, las risas de una joven, y la animada conversación de los viejos, hacen gratas las veladas de Invierno.

También los desheredados gozan mientras llueve. Los *figones* y los cafés *cantantes*, sirven de refugio al artesano que se reune con sus amigos para libar y pasar algunas horas jugando al *dominó*.

En las vinatas, los parroquianos beben de pie y afrontan el chubasco, seguros de que el alcohol les preservará de una pulmonía, y en tanto que las calles van quedando desiertas y que la lluvia aumenta, el silbato del gendar-

me cuyo sonido se propala como un eco, hace despertar al granuja que duerme en el claro de una puerta.

En los lechos confortables, cubiertos de batistas y edredones, hay sueños tranquilos y apacibles, en los dormitorios públicos y en los bancos de los paseos, hay individuos que duermen fatigosamente.

La embriaguez del amor, alienta en los hogares ricos; la del alcohol hace menos frías las noches de Invierno en las casuchas de los pobres hijos del pueblo.



Después, la mañana tan brumosa como la anterior. Un sol que tarda en aparecer, las estrellas que se resisten á ocultarse, como niñas anémicas que no quieren dejar el lecho, y ese airecito húmedo que dejan las noches de lluvia.

El alma se entristece, porque sabe que ha de llegar su Invierno, y éste, será largo y penoso.



UN REVENDEDOR.

Siempre lamentando *mejores épocas teatrales*, sin conocer en más achaques de escena, que las iras de los empresarios y los amoríos de las coristas y bailarinas con la *gente de trueno;* siempre se le verá las noches de función en los pórticos de los coliseos, como silueta recortada, á la luz roja de los focos eléctricos, importunando á todo hijo de vecino, para que le dé ó venda la *vueltecita,* fingiendo citas y recaditos amorosos que á veces le valen una propina, y en muchas, un feo epíteto ó un bastonazo, y yendo y viniendo para recorrer la línea de los muchachos *revendedores* (sus empleados), y por denunciar á la policía, á los enemigos que osan internarse en los vestíbulos y pasillos exteriores.

Conoce perfectamente á la *crême* masculina de la sociedad; saluda por su nombre á los ricos calaverones, sabe descubrirse é inclinarse ante las *niñas*, como llama á las damas aristócratas, y finge humilllación y respeto á las autoridades y á los altos funcionarios.

En las representaciones de ópera, viste *levita pasada* y calza botín de charol, y en las funciones por tandas,

en las cuales ha llegado á dominar la zarzuela, se presenta de *mala manera,* como indicando que sabe de espectáculos y que distingue las concurrencias.

La popularidad adquirida por nuestro hombre, le permite opinar sobre tal ó cual carambola en los billares de Iturbide, acércase confiadamente á las mesas de una cantina para pedir *su copa* ó el importe de ella, y hasta encender un cigarrillo en el de un parroquiano de café á quien ni de vista conoce.

Todos los individuos, desde la *clase alta* de la sociedad hasta los expendedores de *tortas compuestas,* los gelatineros, los voceadores de periódicos y los cocheros *de velada,* le llaman por su apodo, y él se muestra muy satisfecho de su popularildad, sobre todo cuando se retira con el bolsillo surtido de pesetas, si ha sido buena la *reventa* y abundante la *pesca* de incautos.

Hoy es un cadáver ambulante, debido á una complicación de enfermedades incurables en las que domina la *hepatitis,* como consecuencia inmediata de una vida disipada, comenzada casi en la niñez, seguida en la juventud y proseguida aún en la vejez; porque el *revendedor* de que se trata, peina canas, muestra arrugas en la faz, que son las huellas del libertinaje, y vacila al andar como un decrépito: es un viejo prematuro que se rinde á discreción, tras cuarenta años de existencia de los que veintiocho ó treinta ha pasado vagando por las calles, frecuentando las tabernas y otros centros de corrupción, durante el día con el pretexto de vender periódicos y hojas sueltas, y por la noche, después del comercio de *vueltas* y libretos en los teatros y negocios de *galeotismo* á los que se dedicó con furor en edad temprana, trasnochando en los *cuchitriles* donde se liba el cocimiento de *hojas de naranjo* y vuelto á vagar en unión de cuatro ó cinco muchachos de su edad con quienes dormía en repugnante hacinamiento en el quicio de una puerta, en el

atrio de la Catedral, en el callejón de Bilbao, ó en las alacenas de los portales de Mercaderes y la Fruta.

Las noticias sensacionales explotadas ó forjadas por tipógrafos de último orden, las décimas de Sixto Casillas, los cuadernos de modernas canciones, las misivas amorosas, el juego de la *rayuela* y los *volados*, cuando no el producto de la ajena propiedad realizada en el famoso *Boratillo*, le proporcionaron recursos suficientes para vivir, desde aquel día que una justa reprensión de la anciana madre, viuda y enferma, le resolvió á abandonar la *tortillería* en que había nacido.

Haraposo y sucio, vivió hasta la edad de veinte años sin el estímulo de mejorar, sin el remordimiento de un pasado vergonzoso, y sin la esperanza de un porvenir halagador.

Pasó algunas temporadas en el Tecpan de Santiago Tlaltelolco, entró y salió de la cárcel á la que cínicamente llamaba *su casa*, fué alta varias veces en el *Hospital de Sangre* por haber resultado herido en riña, y estuvo á punto de ser deportado á Yucatán por incorregible.

Su escuela, pues, fué la de la miseria y el crimen. Aclimatado, por decirlo así, con la prostitución, el temperamento adquirió la enfermedad de la ignorancia; la inteligencia sólo era ejercitada para el mal, y esa resignación engañosa que decantan todos los que giran en la órbita del vicio y no aspiran ni ambicionan, lo hundió en el abismo de la indolencia.

Niñez ajena á las ternezas del hogar, porque las malas amistades eran preferidas á toda afección familiar; juventud que trocó la escuela por el expendio de pulques, las cantinas y la plazuela del Jardín; vejez anticipada que le aquejaba con el mal estado de salud; vida, en fin, angustiosa y precaria.

A la presente, ha formado un hogar á su manera, llevado por el instinto, más que por el sentimiento. Se unió

á una mujer de sus mismas ó semejantes condiciones sociales, una muchacha *billetera* que, como él, trasnochaba, era *papelera* y vendía cerillos por la noche.

¿Quién ignora lo que en sí son esas muchachuelas que interrumpen el paso á los transeuntes, ofreciendo fósforos, periódicos ó billetes y mendigando en los cafés el mendrugo de *brioche*, la rebanada de pan con mantequilla ó el sobrante terroncito de azúcar? Unas veces las intermediarias, y otras, las víctimas tiernas de los amores callejeros.

Merced á la ayuda de la mujer en el trabajo, el *revendedor* logró abandonar los harapos, vestir fluxes de casimir del país, y cambiar el sombrero de palma por *fieltros* y sombreros *boleados*. El aseo fué para él, algo así como *luna de miel*, y aunque no dormía hacinado con otros individuos, á la intemperie, ni frecuentaba con notable reincidencia la cárcel y el hospital, no sacudió el yugo de la embriaguez, ni prescindió del *galeotismo*, ni mucho menos se dedicó á otra ocupación que no fuera aquella á que se aficionó desde niño: á *revender vueltas*.

Ayudado por la mujer que no era la compañera sino la esclava, se hizo jefe de *revendedores*, gracias á los elementos pecuniarios de la *billetera*, que le daba superioridad de comercio sobre los granujas que se le subordinaban; monopolizó el giro y se hizo el más popular de esos ociosos que vagan por la ciudad, teniendo satisfechas las necesidades de la vida, con poco trabajo y menos esfuerzos.

Ya no era el voraz incendio, el homicidio con detalles espeluznantes, ni la ejecución de un infeliz sentenciado á la última pena, los recursos que le daban alimentación y fomentaban sus vicios; las endechas amorosas cantadas por un *poeta* de accesoria; las moralejas en renglones iguales, y el *libro de veinticuatro horas* como se ha llamado al periódico, no volvieron á producirle un solo

centavo, y no obstante, cultivó las malas amistades que germinaron en la niñez, y no se ausentó de las tabernas, ni dejó de concurrir á los expendios de *cocimiento de hojas de naranjo.*

El hogar doméstico regenera los corazones, si hay en ellos algún resto de nobles sentimientos; cuando se abandona el hogar paterno y anticipadamente un niño se lanza á las luchas de la existencia, se desarrollan las malas pasiones y no cabe la regeneración.

Esto pasó con el *revendedor*, sin el recuerdo de la humilde *tortillería* donde ausente murió la anciana enferma. Hizo del albergue conyugal un sitio de tiranía y de tormento; llegaba ebrio y reñía con la mujer; buscaba pretexto para disgustarla, y más que un esposo, era un verdugo.

Una preciosa niña morena de cabellera negra ensortijada y ojos en los que irradiaba la expresión del dolor, único fruto de aquel matrimonio, creció como esas plantas débiles nacidas entre breñales, como esas flores silvestres pálidas y enfermizas á las que roban los arbustos los rayos del sol, y la yerba enmarañada, el agua del arroyo. Aterida por el frío de la indiferencia paternal y sedienta de caricias maternales que escaseaban, ahuyentadas por el tormento, aquella niña llegó á la juventud nutrida con el mal ejemplo. La belleza física, andrajosa y desaliñada, atraía con la fuerza de la miseria hermosa; el alma impura se ocultaba bajo aquel rostro moreno de facciones perfectas, alumbrado por miradas dolientes y sombreado por su cabellera negra ensortijada.

Pernoctaban con frecuencia en casa del *revendedor* varios jóvenes calaveras arruinados con quienes orgiaba después de la *reventa*, y no faltó entre ellos quien pagara el hospedaje con intenciones de un amor siniestro.

El amor, esa metamórfosis de las almas, ese goce que á veces es martirio y muchas ocasiones sufrimiento, pero

goce al fin, era fruta vedada para la morena. La llevó el instinto como á su padre y como éste abandonó el hogar para ser más tarde *billetera.*

El *revendedor* se resignó con lo que en otro individuo hubiera sido una deshonra y una herida mortal en el alma; no así la infeliz madre, que murió de pena en poco tiempo.

El *papelero* que no tuvo un remordimiento por la anciana madre á quien abandonó, ni recordaba la humilde *tortillería* en que había nacido; el que vivió desde su niñez á merced de los vicios, no conocía las afrentas.

¡Pobre *Rigoletto* que divertía á ese Gran Duque personificado en la juventud prostituida de la sociedad! ¡Cuántos hogares desolados quedaron por su influencia galeótica! No busca á ningún Sparafuschilli que le vengue. Bebe y olvida. Pasa como una silueta recortada bajo el foco rojo del pórtico de un teatro, y el mismo que hizo *billetera* á su hija, le llama por su apodo y le ofrece *una copa.*

El *revendedor*, está siempre sonriente.



LOS CANTADORES.

Es medio día; hora en que los ricos desocupados se dan á la holganza por nuestras lujosas calles, en corrillos de amigos que se detienen junto á las fachadas de los almacenes suntuosos, hacen abrir y cerrar los alambrados visillos de las cantinas, van y vienen en relucientes carruajes, y forman prolongadas filas en que alardean las confecciones de las más afamadas sastrerías, brilla el delicado botín de charol y las más costosas pedrerías deslumbran en las sortijas y alfileres. Es la hora del perfume, que como hilo etérico se difunde en las aceras é impregna el ambiente cálido; la hora del bullicio femenino que mata las lamentaciones de los indigentes; de las risas juveniles que apagan los sonidos del toque de *las doce;* del roce de la seda, del piafar de caballos de raza pura, y ruido de vehículos amortiguado en el adoquín; hora en que los harapos de la ciudad flotan en aquel piélago de telas finísimas y joyas radiantes.

Junto al escaparate de una dulcería, un grupo de hijos del pueblo rodea á dos niños rubios que cantan aires italianos, acompañados con un pequeño acordeón que pulsa la mujercita, de diez años de edad. El varón, que es un hombrezuelo de doce años, hace la colecta de la retribu-

ción en su boina azul marino. A poco andar, se detienen los cantadores, y un nuevo auditorio invade la acera para escuchar aquellos cantos que parecen dolientes gorjeos de aves perdidas. Y así, de calle en calle, dando al viento sus canciones napolitanas, llegan al humilde *hotel*, donde la madre enferma los espera para pagarles con un beso el trabajo del día.

¡Oh, si la pobre enferma pudiera como antes acompañarles en la faena con su gran acordeón que entusiasmó á bordo del vapor durante la travesía y en los paraderos de los ferrocarriles, descansaría aquella niña delicada que se rinde de fatiga, siempre con la sonrisa de la resignación en sus pálidos labios!

Pero no le es dado ya participar de la amargura que dejan los recuerdos de la tierra natal; parálisis aguda entorpece sus miembros y no tiene más consuelo que los exiguos productos del miserable patrimonio que heredaron sus hijos: el canto en la vía pública.



Conmovedor era el cuadro que formaban la mujer y los niños en el humilde cuarto de la hostería, á la escasa luz de un velón; ella, encaramada en el revuelto lecho, hundida la cabeza que cubría un *payacate*, en sucias almohadas, y ellos, junto á la cama masticando el frugal alimento de la noche en ese silencio respetable, que es como el abatimiento de las almas que sufren.

En las languideces de la madre adivinábase la pereza de la vieja Partenope, y en las indolencias de la hija, la belleza oriental de la moderna Nápoles, que se reclina como desdeñosa soberana á las orillas del golfo.

Las miradas del jovencito cantador, tienen mucho del

fuego del Vesubio, de ese *adusto monje de cóleras rojas envuelto en su capuchón de cenizas*, como le ha llamado Díaz Rodríguez.

La sonrisa de la niña es más dulce que los viñedos de su pueblo, y la palidez de los labios incita al beso, como la uva blanca á saborearla; cuando canta, su acento remeda el perfume de los naranjos de Sorrento, y el perfil correcto del rostro moreno, tiene una vaga sombra de las tardes de invierno en la hermosa costa de Tirreno. Estos encantos, unidos á la sencillez de la falda corta que deja ver el nacimiento de una pantorrilla tierna, dan á la niña cantadora el aspecto de una bella verdulera de la vía de Toledo, donde se agita el comercio napolitano.

El mocito nos dice con el ceño rugoso y la seriedad de un hombre de experiencia, que circula en sus venas sangre caldeada por un sol meridional y que su temperamento extremoso, lo mismo lo lleva al entusiasmo por el arte, que al abatimiento por la realidad de la vida.

***

Quizá la niña piense en los tiestos que amorosamente regaba á diario en el balconcito colgante, en los secretos misteriosos del emparrado que sombreaba el patio en su casita de la calle de la Marinella, en las noches azules, á despecho del humo del volcán que se disipaba en leve franja negra, en las estrellitas de su cielo tranquilo, en las pasajeras irradiaciones plateadas del golfo, y en el penacho rojo del cráter que alumbraba como gigante lámpara, sus sueños inocentes.

El cantador recordará tal vez los toscos caserones, vetustos y ennegrecidos, que van disminuyendo en pendiente como las antiguas construcciones españolas; en los vie-

jos muelles en que tanto se solazó; en las tiendas ambulantes de los mercachifles; en los puestos de pescado; en los acuarios del mercado en que nadan peces escamados de oro; en los corales que cuelgan tras los vidrios de los escaparates y parecen lágrimas de sangre; en los limones amarillentos y dulces que hurtaba de la plaza; en las callejuelas tan estrechas como obscuras, en cuyos muros, como los de una chimenea, impregnados de hollín, los pescadores han puesto á secar sus redes, y por último, en la perspectiva del mar, con su horizonte nublado, sus olas verdes y el fantástico tinte que toman en las noches los aparejos de las embarcaciones.

Las callejuelas, los caseríos y el populoso mercado, los ve muy de cerca, como si estuviese aún en aquellos sitios jugando con sus compañeros de infancia ó vagando con sus amigos de escuela; pero el mar se presentaba á su imaginación con las lejanías de un sueño interrumpido.

Era que el golfo parecía un sepulcro. En las noches tempestuosas la madre hacía que los niños oraran por los infelices navegantes, recordando que el padre de ellos, pescador viejo en los contornos, se había despedido una mañana besando á los hijos y á la esposa, para no volver más. El pescador naufragó y las olas verdes fueron su mortaja.

En el cerebro de la niña la lumbre del Vesubio era un efluvio de amor. En la mente de su hermano, la llama de lámpara mortuoria. La una no conoció al infortunado pescador y soñaba con un porvenir risueño; el otro, que conservaba el recuerdo de las caricias paternales, temía al destino y sufría anticipadamente.

La madre no alimentaba ya esperanza alguna; pero ansiaba vivir para sus hijos.

***

Las canciones de los napolitanos son la expresión genuina de su modo de ser, que según afirma Díaz Rodríguez, «tienen un temperamento siempre vibrante, dispuesto á exagerar todas las sensaciones, y sujeto, por consiguiente, á entusiasmos y abatimientos dolorosos.»

¡Qué tierna suena la delicada voz de la niña!, parece los sonoros tumbos del oleaje verde en el golfo italiano, ó el rumor de las fuentes en que nadan los dorados peces. El acordeón con su tempestad de notas, no consigue superar al acento de la cantadora.

El canto del varoncito es sentido como el de una barcarola que gime las ausencias; mas tiene inflexiones de canturreos marinos, cuando la tripulación desespera en las maniobras para salvar la vida.

Y allá van, siempre seguidos de una multitud curiosa de hijos del pueblo que gustan de sus cantos bohemios y que no desdeñan arrojar la pequeña moneda en la boina azul del emigrado.

En tanto, el gran acordeón de la anciana enferma yace empolvado en un rincón del humilde cuarto de la hostería.

¡Oh! si la pobre paralítica pudiera, como antes, acompañar á los niños, cantaría con ellos y provocaría el entusiasmo en los paraderos de los ferrocarriles y quizá en miserable camarote, trabajando con la voz y los acordeones durante la travesía, podrían tornar á la costa de Tirreno, á la casita de la calle de Marinella cerca del líquido sepulcro en que descansa el pescador esposo.

¡Cuánto diera por dormir eternamente á los arrullos del golfo, á los rugidos del Vesubio y bajo la calma de aquel cielo siempre azul!

¡Deseos irrealizables! La infeliz paralítica sucumbe au-

sente de su país natal, del que le hizo emigrar la miseria. Los niños cantadores quedan hundidos en la orfandad, y el mismo día que inhuman miserablemente el cadáver de la madre, dan al viento sus canciones, como gorjeos de aves perdidas.

El gran acordeón será una reliquia para los cantadores. Con él morirán ó volverán á Nápoles.



ANGELA LA CIGARRERA.

EL *figón* más concurrido del barrio, el que ostenta en una farola colgante el siguiente letrero: «La hija de la Isla Encantada» y tiene gabinete reservado, *está que arde*, como suele decirse, porque es noche de sábado, noche en que la *raya* de muchos artesanos se queda en la taberna, noche en que el vicio convida con la esperanza del descanso al día siguiente, y en que el *neutle*, bebida nacional de más consumo, circula rebosante en vasos de diversos tamaños y volúmenes.

La ciudad se halla envuelta en las sombras de una noche de Junio, húmeda con las primeras lluvias estivales, fragante con el efluvio primaveral, melancólica con la luz anémica de astros que fulguran escasamente; parece indolente y perezosa maga arrebujada en su abrigo de pieles negras ó una ave entumecida que no puede abrir el ala para buscar su nido. La débil luz de los mecheros de gas refleja en los fangosos charcos, como las llamas de cirios funerarios, y las linternillas de los gendarmes brillan á lo lejos sobre los guardacantones, como gigantescas luciérnagas. Pasan los tranvías revolviendo el agua que ha anegado la calle; los carruajes de *sitio* caminan haciendo

sig-sags con los farolillos del pescante, y se aproxima y se extingue el andar de los caballos de la ronda.

Dentro de la taberna, todo es algazara y báquico entusiasmo; chocar de vasos que golpean sobre el mostrador para ser llenados nuevamente, ó en brindis calurosos que ponen la amistad á una altura de embriaguez, carcajadas orgiásticas, estruendosas blasfemias, sátiras que empiezan por la frase picante y terminan en la riña sangrienta, cantos obscenos á *sotto-voce,* discusiones de ebrios intolerantes, chilliditos de mujerzuelas desenvueltas, toses cascadas de viejos prostituidos, la voz ronca y nasal del tabernero que grita el *¡alzo* y *pagado!* y el retintín de las monedas que caen al cajón del despacho.

En el gabinete reservado, que lo constituye una segunda pieza de techo poco elevado y de paredes húmedas, mezquinamente alumbrado por un quinqué de petróleo que pende del travesaño de las vigas, hay un grupo de estudiantes en torno de una mesa de fresno sin pintar, que el uso y el tiempo se han encargado de barnizar.

Son parroquianos, que no pudiendo reunirse en el gabinete de un *restaurant* ó en el saloncito particular de un *Bar-Room*, optaban por el *figón* y cambiaban el *cognac* y el ajenjo, por el *cuautengo* que al fin es alcohol como cualquiera otro, que llega al estómago en condensaciones espumosas, y una vez fermentado, sube al cerebro en vapores diabólicos, suelta la lengua á la indiscreción para hablar de hazañas amorosas, en las que las novias no salen siempre avantes de su belleza y virtudes, inspira versos y hasta exalta los ánimos para que en lo más álgido de la ebriedad, vuelen los bancos por encima de las cabezas y surja la intervención de la policía para restablecer el orden.

Cada uno dejaba el libro y se entregaba á diferentes asuntos: ya era la estrofa alada que bullía en el cerebro y tomaba forma real en la expresión escrita de *bolazo,* ya

el cuento rojo que arrancaba risas y aplausos, las murmuraciones contra el superior, refrenadas á la hora de clase y á rienda suelta en las intimidades, la *chuela* mutua ó las bromas pesadas, los enamoramientos á la morena escanciadora, y siempre los chistes oportunos y áticos que menudeaban entre vaso y vaso y sólo eran interrumpidos para libar, acción en que se ponían de acuerdo todos los compañeros para escandalizar con el éxito de un brindis chusco y ahuyentar la seriedad, que como sombra fatídica, solía cruzar por momentos el gabinete reservado.

¡Dichosa vida *bohemia* en que el pasado es menos envidiado, porque no está muy lejos, y el porvenir es palabra vaga!

***

De aquella atmósfera impregnada de humo de tabaco y hálito de alcohol, de aquel oleaje de frases obscenas y de chistes, de vociferaciones y blasfemias, surgió pura la memoria de Angela la cigarrera, evocada por su joven admirador, cursante de tercer año preparatorio. Fué un bosquejo que logró salir ileso de aquella *turba-multa* de muchachos calaveras para quienes el amor era pasatiempo, la virtud, moneda falsa, y la belleza, deseo pasajero.

Coqueta sin afectación hasta donde lo exigían sus quince años y lo permitía su modestia de huérfana pobre, sale de la casucha de vecindad dando los buenos días á la *casera* que barre la calle, sonriente, como si fuera á misa para ver al novio, luciendo su pelo negro que ha abrillantado con pomada de toronjil; el cutis ligeramente sonrosado con polvo de arroz, y la mirada retozona sin malicia y sin intención de que nadie se fije en ella, no obstante que el espejo le ha dicho que es bella y graciosa.

Cruza de prisa las callejuelas del barrio, porque la cargan los galanteos de los madrugadores que andan á caza de muchachas bonitas que van á los talleres; atraviesa con la misma rapidez las calles céntricas, siempre con la vista al frente, sin codiciar el lujo y la elegancia en que abundan las principales *avenidas,* y con la falda de percal graciosamente recogida y el semblante radioso de alegría llega á la fábrica á la hora señalada.

Es una hija del trabajo que no aspira más que al sustento diario de ella y sus hermanitos, que ha dejado al cuidado de una vecina compasiva, á tener que vestir pobremente y á que no falte la renta del cuarto que ocupa, y que no lo dejaría, porque allí, en el rincón en que ella duerme, murió la madre, cigarrera también.

Quien viera el esbelto y airoso porte de aquella joven, el refulgente brillo de sus ojos, demostrando á torrentes de luz, la vida y la esperanza, el rojo de sus mejillas y el de los labios como alborada de cielo matutino, y en conjunto, aquel rostro y aquel cuerpo derrochando animación, no diría que Angela era candidato á la muerte prematura, pues la enfermedad orgánica había dejado el germen en su naturaleza hereditaria de la tisis. Su madre había fallecido tuberculosa.

En el mismo obrador, donde las amplias ventanas laterales no dan suficiente ventilación á la galera en que trabajan más de doscientas torcedoras, entre el polvillo del tabaco que hace difícil la respiración, el calor bochornoso que desarrollan aquellos cuerpos hacinados y la pesada atmósfera del humo del cigarro del que siempre se abusa en los talleres de tabaco labrado, se veía á Angela riendo incesantemente, oíasele cantar desde la mañana hasta la tarde, y podía decirse que endulzaba su faena ruda y poco productiva, con una abnegación digna de una mártir.

Otras desesperaban de su situación precaria y alega-

ban en favor de la poca conformidad, su juventud y su hermosura; anhelaban ser ricas; soñaban en telas costosísimas que dan al talle el encanto del lujo; pensaban en la dicha que deben disfrutar las mujeres opulentas en sus confortables salones, donde la luz que escasamente penetra por las persianas de los balcones augura la quietud, las notas arrancadas al piano, hablan de la felicidad, y los tapices y los muebles, de las comodidades indolentes; se inquietaban deseosas del sol que besa amorosamente las flores que lucen sus colores entre la porcelana de los tiestos, del céfiro que furtivamente se introduce por los pliegues del transparente y juguetea engañado con los ramilletes de la alfombra, con la sombra apacible de la pantalla, la luz prendida en las chucherías del velador, con los chinescos deslumbrantes del *biombo*, las cambiantes de los prismas de las arañas, y en una palabra, con el refinamiento del gran mundo; se representaban la vertiginosa fantasmagoría, los comedores suculentos, las salas encantadoras en las noches de baile, las alcobas azules ó color de rosa, el carruaje que llega del Paseo ó espera en el patio la hora de ir al teatro, y todos los festejos que revelan el boato y la grandeza.

En suma, aspiran al amor; pero al amor opulento, el que trafica con los sentimientos y tiene un precio para cada caricia.

Esas burguesas pretendían un marido que comprara su hermosura, como se compra un objeto de lujo para que sea la codicia y la envidia de los que no pueden poseerlo. Y así pensando, daban expansión á sus locas ilusiones, y olvidándose de lo que eran, sentíanse arrebatadas á un mundo que tanto distaba de ellas.

La tentación acechaba á esas víctimas. Angela no había sentido en su alma el aguijón de un deseo que no fuera hijo de su pureza; desde el rincón de sus miserias, veía el rayo de luz que es el mismo que alumbra los pa-

lacios y conforta á las flores secas; no concebía la quietud más allá del cuartito en que dormía, sirviendo de madre á los hermanitos, como ella huérfanos, y como ella, desgraciados; su imaginación no contaminada con el mal, nunca había osado volar lejos del obrador, para posarse en los grandes salones y vagar por los sitios aristocráticos; se asfixiaba con el polvillo del tabaco, en aquella atmósfera impregnada de humo del cigarro y bochornosa con el calor que despedían las doscientas operarias reunidas en la galera de trabajos. La felicidad, era, pues, limitada para la pobre cigarrera, que fácilmente la alcanzaba. Y pasaba las horas de faena, sin inquietudes y sin desencantos.

Terminada su labor, Angela dejaba la fábrica contenta y satisfecha, cruzaba rápidamente las principales calles á la hora en que el lujo brillaba al fulgor incandescente del alumbrado eléctrico, sin perderse en ese atavismo de riqueza que seduce y embriaga, y desaparecía en las desiertas y obscuras callejuelas del barrio, siempre alegre, hasta llegar al cuartucho miserable para reunirse con los huérfanos, cenar frugalmente con ellos á la luz amarillenta del velón, y entregarse al tranquilo sueño de una conciencia sin mancilla.

La pobreza era un tesoro de dicha para Angela.

***

Cuando el enamorado estudiante terminó el bosquejo de la muchacha que adoraba en silencio, sin atreverse á llegar á ella por la timidez de su amor puro, alguien propuso un brindis por la mujer obrera, la que lleva su dignidad hasta el sacrificio, la que agosta su belleza asfixián-

dose en el taller y propala con su virtud, las enfermedades hereditarias.

Así surgió inmaculada, entre aquella *turba-multa* de jóvenes calaveras, entre blasfemias, chistes y embriagueces, la memoria de la infortunada cigarrera.



CARTULINAS.

I

ALLÍ está, aprisionada en un marco de varilla negra y peluche verde musgo, en el escaparate estrecho de la Fotografía. Es un busto de mujer hermosa hecho al tamaño natural y que se destaca del fondo blanco y sombreado de la cartulina, con la expresión animada de la vida perfecta del arte.

La dama del retrato viste de negro. Su abultado seno que le da un aspecto de matrona romana, se halla envuelto en una chaqueta de *satín* sin más adornos que una reducida golilla de la misma tela que rodea la garganta. El tocado llama la atención por los profusos ricitos que caen sobre la frente; pero en el conjunto es tan modesto como el de una colegiala ó el de una huérfana que se encuentra, por merced, en un asilo de beneficencia. Los hombros, que muestran gran elevación por las mangas aglobadas, acusan el nacimiento de un brazo mórbido y contorneado, y á juzgar por las proporciones del busto y de la cara, se adivina esbeltez y arrogancia que pugnan con los treinta y cinco ó cuarenta años que representa.

El rostro tiene la frescura mate de azucena recién nacida; los labios no se contraen con señal alguna de fatiga en la prolongada jornada de la vida; ninguna arruga surca como celaje vespertino aquella frente majestuosa de reina, ni las mejillas de vestal amante, que aun conservan el fuego del rubor, como los últimos tintes del día en las tardes de Mayo. Las ojeras, no son profundas como en rostros juveniles que revelan la decrepitud del alma; ni pliegues en el rasgo del ojo, ni hundimiento alguno en el óvalo griego, ni languidez de ave cansada en el semblante.

Pero la mirada, esa irradiación de los abismos en que se asoma el alma, sí dice algo de penas ocultas y de pesares internos; se detiene en la pupila melancólica, pasa el arco rizado de la pestaña, besa el color de violetas frescas de la ojera voluptuosa y da al rostro una expresión de mártir resignada. Aquellos ojos velados por la línea gruesa de las cejas, entornados por pupilas grandes, rasgados como los de una Madona, ven hacia el suelo con la humildad de las novicias.

En su frente de reina augusta, parecen aletear atormentadores recuerdos, aves fugitivas que huyen de los primeros hielos del invierno.

En sus mejillas tersas que provocan el ósculo nupcial, se trasluce la ausencia de la caricia que enrojece el cutis y recorre el organismo como chispazo eléctrico.

La negra cabellera simula las sombras de la noche, luchando con los espasmos de la tarde.

En sus labios mal cerrados por la sonrisa pasajera, parece morir un suspiro agitado y perseguido por un gemido para volverlo á la prisión del alma.

Y aquella mirada fija, como de epiléptica, aquellos sombríos tintes del rostro, que son los delatores del sufrimiento, siempre los mismos en la alba cartulina, toman diferentes tonos, según que se vean en el escaparate de

la fotografía, por la mañana, por la tarde, ó en las primeras horas de la noche. Cuando el portero abre completamente el zaguán después del aseo en la parte de acera que le corresponde, y de quitado el polvo de las vidrieras y la madera de los escaparates, el busto de la dama vestida de negro, surge del nimbo blanco de la aurora, que es humo del incienso quemado en loor del Rey-Astro; aquel rostro parece tener los rubores matinales al dejar el espejo del *boudoir*, y el cuello se antoja el de gacela que lleva pringadas en el plumaje, gotitas de agua del mar. A las horas del *boulevardiere* matinal, la cabeza cuyo modesto tocado remeda el de una colegiala, destácase como tras una celosía esquivando las miradas ardientes de los jóvenes desocupados á quienes cautiva la belleza de la línea, el perfume y el airecillo sutil que produce la falda al ser recogida por la graciosa mano de la dama. En las horas fatigosas de la siesta, los hombros que acusan brazos contorneados, tienen el encanto de los que negligentemente lucen sus morbideces en confidentes voluptuosos. A la hora del paseo, entre el desfile de carruajes y cabalgaduras, es beldad reclinada en los cojines de su landó, y por la noche, la novia que espera al rendido enamorado, contrariada porque se pasa la hora de la cita, á ese enamorado que se recrea en su rostro de azucena, sus labios y mejillas de fuego, sus ojeras virginales y su frente majestuosa de reina augusta.

II

Como los albores de la primer mañana de Primavera, pugnando con las frías sombras del Invierno, las cabecitas rubias de los niños, como las de los querubines que se agrupan á los pies de las Inmaculadas de Murillo, lan-

zan sus aureolas de oro confundidas con los plateados reflejos de los vidrios que los cubren.

Allí están encaramados en incómodo asiento, luciendo la blancura de lino de las piernas desnudas entre el atornasolado terciopelo. Las cartulinas que recuerdan la infancia, son como las nuevas felices que nos envían nuestras pasadas dichas; los mensajes que la *mujer de hielo* nos transmite para que pensemos en ella hasta dormir en su regazo.

La quietud de aquellas manos rollizas en posturas forzadas; los piesecitos desnudos como cereza madura; los labios con el júbilo de sonrisa intempestiva, y los ojos con la mirada fija cual la del astro matutino, detalles son que nos hablan de letargos angelicales, de sueños en los que, como dijo el ilustre suicida, se recuerdan

« ..... esos mil juegos soberanos
Que ocupan en la edad en que uno es niño,
L'alma al dormir, y al despertar las manos.»

Contemplando á esos *bebés* que la cámara obscura ha sorprendido, sonrientes unos, disgustados otros; los más con el gesto de la impaciencia; pero todos cautivadores como las primeras ilusiones, pensamos en la cunita vacía donde duermen los besos y las lágrimas de las madres; en el florón de la alfombra, que es el relicario de los recuerdos infantiles, y en todos los sitios que moran las imágenes de los niños muertos.

El culto del corazón es el único que tiene justificada su idolatría y su fanatismo.

Un retrato llevado siempre en la cartera ó puesto sobre el escritorio, es una constante esperanza.

III

Un reproche de la ajena felicidad parecen los lampos de la seda y los núcleos de la gasa, prendidos en los espirituales cuerpos de las desposadas; los azahares que recuerdan los naranjos en flor perfumando los palacios de la Primavera; los guantes ocultando las perfecciones de la mano que se ha enlazado con fervientes nerviosidades á la del amado del alma; las frentes inclinadas con el peso de una impresión mística, irresistible, nos sugiere la idea de un ensueño que hemos acariciado, el despertar á una realidad halagadora, la realización de las más bellas de nuestras esperanzas, que, enfermizas y moribundas, han vuelto á la vida del amor.

De las parejas que han vinculado sus corazones ante el ara de los altares, surgen los hogares nuevos, como tras el polvo espeso que el *simoun* levanta en el desierto, aparecen los oasis bienhechores. Ella reclinada en el hombro del esposo, es una promesa de futura dicha; él, envolviéndola en la luz apasionada de sus miradas, es una ilusión más en la mente virginal de la novia.

Estas cartulinas, son negras como el fondo de un claustro, para que resalten con mejores tintes el traje nupcial y la pechera del esposo; el frac es ceremonioso como lo exige la etiqueta, y los semblantes, irradiando de alegría, alborean en las sombras del retrato.

Las novias que tienen el capricho de retratarse solas, son las divorciadas el mismo día de la boda por el temor pueril de no exhibir sus triunfos amorosos. Las novias que se hallan en pie, lejos del novio, como esquivando que las miradas se crucen, son seres engañados por la felicidad, candidatos al hastío y futuras víctimas del desengaño.

El amor debe ser libre como la inocencia; no ha de recatarse de nada, porque es inconsciente, con la inconsciencia de la locura que llega al frenesí. Amor que reflexiona, no es amor.

—¿A dónde van esas parejas de aves que libremente se han unido para cruzar el cielo de la dicha?—Al nido que han formado allá en las regiones del ideal. ¡Quién sabe qué inviernos les sorprendan ó qué tempestad tronche la rama del árbol en que vivan!

IV

En tanto que las tímidas novias han plegado modestamente su gran falda de raso abrillantado y no lucen las sortijas que son de las arras el mejor recuerdo matrimonial, los Prelados hacen ostentación de las caudas de sus mantos, y han procurado que los pectorales y las piedras preciosas del pastoral deslumbren por su lujo. El Crucifijo y el Breviario son la austeridad al lado de aquella pompa que recuerda el *vanitas vanitatis*, y aquel redil alfombrado bajo suntuosas arcadas y de ricos tapices, pregona la opulencia episcopal.

Los hombres de Estado se muestran graves con el despotismo del poder y en sus testas calvas ó cubiertas de canas, quieren revelar las tareas diarias en la política del Gobierno.

Las primeras dignidades del Ejército, enseñan sus vistosos uniformes, y con el aspecto marcial que prestan los arreos militares, se yerguen como estatuas impasibles ó como antepasados gloriosos de una dinastía de guerreros ilustres.

La cartulina es, en estos casos, el testimonio de dos fanatismos; el de la religión y el del patriotismo. En los plie-

gues de las *capas magnas,* hay impregnaciones de incienso y perfumes de santuario; entre los galones y los entorchados, ha pasado el humo de la pólvora; y en el paño de los uniformes se han albergado las notas épicas de las batallas: la redención por el cristianismo y la redención por la guerra.

Los grupos de familias amantes, las niñas que han concurrido al templo, los imberbes marineros que tripulan una embarcación de cartón y una mar imaginaria, las frondas en perspectiva, los jardines en lienzos y los horizontes de fotografía, miran á través de las vidrieras, con esa mirada de la inercia que absorbe el espíritu para hacerle hondas revelaciones.

Se abisma el alma ante los escaparates de una fotografía. Los conjuntos aislados que se destacan en las cartulinas, se reproducen en la imaginación con todos los enigmas de la vida.

Un retrato llevado en la cartera ó puesto sobre el escritorio, es siempre una esperanza.



EL CAMBIA-VÍA.

ANTES de aclarar, cuando las últimas sombras de la madrugada se desprenden de las azoteas y huyen como nocturnas aves medrosas por los claros del campanario parroquial, taburete y gancho en mano, espera el *cambia-vía* en el umbral de un zaguán la llegada de la primera *corrida*.

Es amigo íntimo de los gelatineros que trasnochan husmeando las *parrandas* y fortaleciendo á los *parrandistas* con el incoloro y transparente refrigerio; los perros callejeros que duermen en la plazuela le reciben con zalamerías; el gendarme del punto más inmediato, le ofrece un cigarrillo de la «Mascota,» para tener oportunidad de hablar con alguno, lo cual no había podido hacer durante la velada, y las criadas que van muy de mañana por el *mandado* reciben con agrado sus *chicoleos*.

Al toque del alba, que despierta al vecindario y es el preludio del bullicio que súbitamente se alza en las calles, entra y sale por los establecimientos comerciales, se detiene en los mercados y se agita como torbellino en las casas de vecindad, el *cambia-vía*, en unión del *mulero* de la *remuda*, se dirige á la tienda de la esquina, da los buenos días á los dependientes y á los primeros parro-

quianos, sus conocidos, y *hace la mañana* con una *copa de díctamo*, el cual apura violentamente de un sorbo.

Abierto el zaguán, instala en el portal su taburete, deja en la portería su cobertor rojo y bufanda gris, y apenas si tiene tiempo para acudir á la faena de desviar rieles.

El tranvía se acerca sin llevar un solo pasajero; el conductor, arrebujado en un *plaid* color de ala de mosca, viene aún somnoliento en uno de los ángulos; el cochero, con la capucha del capote, calada, y las manos que empuñan las riendas, metidas bajo la esclavina, sólo hace uso de la trompetilla cuando algún transeunte aterido de frío pasa perezosamente por la vía. Las mulas trotan de mal grado extrañando la influencia del azote, y se prolongan los estrepitosos tumbos del vehículo al cascabeleo de las colleras y el sonido hueco de las herraduras que chocan con el empedrado.

No bien transcurre un corto lapso de tiempo, cuando otros vagones ó los mismos que regresan, reclaman la atención del infeliz *cambia-vía*, quien, puede decirse, tiene por una ilusión el bajo asiento de madera, pues la utilidad del mueble es momentánea.

Así, yendo y viniendo del zaguán á la vía, del sitio donde esperan piafando las mulas de la *remuda* á la tienda de la esquina y de ésta al portal de la casa en que se resguarda de los rayos del sol, nuestro paciente hombre pasa la vida, desde el alba hasta las nueve de la noche, haciendo oficios de aparato mecánico, sin más aliciente que la *copa de díctamo* que en la mañana toma, algunas más durante el día y la de *retirada* cuando los tranvías cesan en su servicio.

¡Dura condición del hombre aquella que le independiza de la inteligencia y lo convierte en una máquina, cuya acción absorbe todas las facultades materiales y atrofia las inmateriales! Esos eunucos de la Sultana civilización, la sirven sin tener nociones siquiera del contingente que

ponen al servicio de los demás hombres, sus iguales, ante la madre Naturaleza. Así, aquellos rostros apopléticos, los obesos cuerpos llevados por un andar torpe y perezoso, las miradas languidecentes que revelan el decaimiento del espíritu, la palidez de una enfermedad que hace rápidos estragos, el hastío que enerva, la voluntad que desfallece y el cansancio que rinde, síntomas son de un pronunciado desequilibrio moral y material en los organismos de aquellos seres.

Y el rostro de aquel hombre es desmesuradamente hinchado, con la hinchazón del ebrio consuetudinario; el busto de viciado desarrollo, huelga bajo ancha blusa de dril que cubre los muslos y parte de las rodillas. Su mirar es tedioso como el de los enajenados cuyo pensamiento se abisma en una sola idea que corroe las celdillas del cerebro; es pálido, con la palidez del sedentarismo; lleva como pesada carga el hastío de ambiciones no conocidas y le rinde el cansancio material de una tarea monótona.

En aquellla máquina humana, los elementos de acción se han gastado, sin que la inteligencia haya puesto algo de su parte para vigorizar el movimiento.

Por eso va y viene á la vía como autómata, sin dejar un momento el gancho, siendo á menudo víctima de los improperios del cochero, de las altaneras reclamaciones del conductor, si á tiempo no arregla los rieles, de los malos humores del déspota inspector, y acaso de la bilis de algunos pasajeros que desesperan por los retardos del tranvía.

¡Pobre *cambia-vía!* ¿Qué sabe él de amor propio y de dignidad ultrajada para oponer la resistencia moral á todos los ataques que se le dirigen como á un esclavo? Ha abjurado de la libertad; el hogar y la familia son para él goces desconocidos y se conforma con la sociedad de la taberna, las pláticas insulsas del *mulero* de la *remuda* y con *chicolear* á su manera á las criaditas del barrio.

A la hora del almuerzo, se le ve engullir el alimento, ora mal sentado en el taburete, ora de pie cuando los vagones se aproximan, y las más veces con la tortilla ó el trusco de carne en la mano, camino al cambio en donde se unen las curvas y la *vía de escape.*

Semejantes á esas comidas que los caminantes hacen durante penosa travesía, son las que el infeliz *cambia-vía* hace sin interrumpir su faena.

Abrase el sol el terroso suelo de la plazuela en las mañanas calurosas del verano, caigan las lluvias á torrentes por la tarde ó el viento helado pase por las noches con sus ráfagas cortantes, el gancho funciona, los tranvías salen siempre á la hora señalada y el *cambia-vía* no puede tener tregua.

El farolillo con su mezquino velón, rivaliza con el no menos raquítico que cuelga en el portal de la casa en que se tolera la permanencia del taburete, y aquellas luces que rasgan las sombras en reducido perímetro, parecen las que escasamente alumbran en los pasillos de una cárcel ó en los tenebrosos patios de un hospital.

Y allí, entre los parpadeos de la llama y las alternativas de la sombra, asoma el rostro apoplético, por el embozo del cobertor rojo, y el cuerpo obeso, siempre de pie, parece una mole de granito, impasible á las inclemencias del tiempo.

El descanso se hace esperar demasiado para aquel desheredado de todo privilegio intelectual; la hora del último viaje es un punto lejano visto por la fatiga y el hastío entre las sombras de la noche.

¡Cuántos prolongan los placeres del día con las misteriosas horas de orgiásticas veladas, y cuántos descansan ya del trabajo cuotidiano en los hogares en que les esperaban las expansiones de la familia!

Terminada la faena, el *cambia-vía*, taburete y gancho en mano, acude á la tienda de la esquina, toma la *copa de*

retirada que se multiplica en libaciones frecuentes y va á dormir al patío de un *mesón*, al albergue común donde las miserias y los vicios duermen á la intemperie mediante un corto pago por el hospedaje; salen unos con la luz de la aurora, rumbo á las garitas, y permanecen otros esparcidos en las calles de la ciudad.

El *cambia-vía* torna á su faena, cuando las últimas sombras de la noche se desprenden de las azoteas y huyen como medrosas aves nocturnas por los claros del campanario parroquial, á la hora en que el sol entibia el frío de la mañana y las esquilas de los templos preludian el bullicio que entra y sale de las casas de comercio y se detiene en los mercados.

Allá va, gancho y taburete en mano, pálido como un sedentario y hastiado con el hastío de los espíritus decaídos, para seguir hacia un nuevo paradero la jornada de la vida, hasta que el alcohol y el sedentarismo le hagan dormir para siempre. Entonces la policía recogerá del patio del *mesón* aquel cuerpo obeso que ha descansado por fin, aquel aparato mecánico cuyos funcionamientos fueron entorpeciéndose sin que la inteligencia pusiera algo de su parte para equilibrar las individualidades moral y material.

Un nuevo *cambiador* arrimará el riel para que pase la *gaveta fúnebre* de los pobres en la que irán confundidos con los de otros infelices, los despojos de aquella máquina humana.

¡Oh! el último sueño del alcohol, el que envuelve en la mortaja del olvido á los parroquianos de la *vinatería*, el que lleva en su vehículo negro á las almas de los desheredados, ese, es el mensajero del reposo para el desgraciado jornalero, que á *falta de emociones*, busca *sensaciones*, entoxicándose para indemnizarse de la diaria fatiga; porque no concibe otro consuelo, ni tiene otro aliciente.

La familia, el hogar, son para esos seres, nombres vagos que rara vez suenan en sus oidos, mirajes que se borran pronto con la niebla de la ignorancia, puertos á los que no pueden arribar en el revuelto mar de la existencia, porque no hay faro que á ellos los guíe.

Hay seres que vienen á la vida, como por acaso. Cumplen su misión material y mueren, casi como nacieron.

La muerte, es el perfeccionamiento moral.



"EL CIELO."

EN grandes y gruesas letras negras destacábase sobre un fondo *azul de prusia,* color abigarrado que cubría la fachada, este amplio letrero que indicaba una hospedería de último orden ó sea un *dormitorio,* donde el vicio y la miseria hacinaban durante la noche, cuerpos nauseabundos por el desaseo y el abuso de bebidas embriagantes, harapos infecciosos, desnudeces impúdicas, ¡ayes! de desesperación, jirones de honras mancilladas, recuerdos moribundos y creencias perdidas.

Frente á frente de la fachada, que más bien parecía tapia de corral que muro de *posada* ó almacén de carne humana en descomposición, se extendía la plazuela con su fuente de vetusto brocal, en el que descansaban los *aguadores,* sus pies de gallo inclinados, haciendo oscilar los sucios y desvencijados farolillos; sus montículos de basuras entre los que no faltaban las negras cenizas de luminaria extinguida la víspera y alambres telefónicos cual prolongados pentagramas, en los que flotaban á merced del viento hilachos atados á un cáñamo, que fueron la *cola* de algún *papalote* ganado en buena lid de ganzúas.

Un tendejoncito llamado «El Cariño,» surtía de *tripas*

de aguardiente á los huéspedes que entraban por la noche y tenía gran consumo en *cocimiento de hojas de naranjo* y en infusiones alcohólicas entre los que salían por la mañana, deseosos de reanudar la embriaguez del día anterior, vagar sin rumbo fijo, ora mendigando por las calles, ora solazándose en los bancos de los paseos públicos; ya dedicándose al raterismo, ó bien aumentando el número considerable de parroquianos ociosos en las pulquerías.

Por encima de la barda se elevaban en invisibles columnas, como las del vapor que se condensa en la atmósfera, las emanaciones mefíticas desprendidas de las llagas ulcerosas, los intestinos dañados y los estómagos en desarreglo constante; á la luz microscópica hubiéranse descubierto los enjambres de microbios que se esparcían arremolinando aquí y allá en pos de nuevos organismos que invadir.

La fatal ley de herencia arsenaba sus legados y propalaba las enfermedades físicas y morales en generaciones *ad hoc;* los delitos y aun los crímenes más nefandos se albergaban entorpecidos por la ebriedad; los remordimientos dormitaban echados en el viejo *petate,* y la virtud, como ángel tutelar, guardaba las puertas de aquel antro para que no entrara nada que no fuera vicio y corrupción.

El buitre de la degeneración social cerníase hambriento sobre aquellos montones de cadáveres vivientes, sin que la curiosa mirada de un Diablo Cojuelo, se fijara en los departamentos *descaperuzados,* para llevar la noticia á los honrados hogares.

....

....

Es la hora del hospedaje; varias parejas de gendarmes se han puesto, como de costumbre, á la disposición del propietario, para cuidar el orden; sobre los muros enne-

grecidos de los desmantelados aposentos, flamean los mecheros de gas, la luz lame la sombra, el aire frío de la noche silba entre las piedras del patio y el toque de las oraciones resuena lúgubre y penetrante, como ecos de gemidos y sollozos, en el fondo sombrío de aquellos sitios miserables.

Precipítanse en la puerta de la calle los harapientos, estallan los improperios, laméntanse los ancianos, lloran los niños de teta, los pilluelos gritan desaforadamente y los gendarmes agitan los bastones de mando imponiendo silencio.

Poco á poco cesa aquel oleaje en que flotan las cabelleras tan abundosas como descuidadas, semejando dragones infernales; brazos macilentos, como los que en actitud suplicante se describen en los lienzos inspirados por la angustia y la desolación; jirones de zarapes, sombreros desgarrados puestos en alto sobre báculos sucios y algunos diarios de la prensa que los *papeleros* tratan de salvar para realizarlos al siguiente día.

Las monedas de cobre, en pago del hospedaje, han caído con su mezquino *retintín* en la bandeja de metal amarillo; ninguno ha pasado sin pagar, merced á la vigilancia de la policía, y el propietario de «El Cielo,» se aleja satisfecho del lucro, á sus habitaciones confortables, aseadas y bien ventiladas.

Muy de prisa han sido tomados los petates y los trozos de vigas que han de servir de almohadas, tanto en el departamento de hombres, como en el de mujeres. Los parroquianos se pacifican después de disputarse en riña los mejores lugares, y los gendarmes se detienen á las entradas de los aposentos, como gozándose en su obra de pacificación.

Suenan cantos destemplados que se ahogan cuando la embriaguez triunfa; crece la algarabía entre los chicuelos de buen humor, que es interrumpida por la presencia

de la policía, á quien temen y odian los *granujas*, y la huecosa tos de los ancianos enfermos va siendo menos repetida.

El sueño ha caido por fin con su pesada influencia, sobre aquellas víctimas de la miseria ó del vicio, y la agitada respiración de los alcohólicos, el murmullo de los que se esperezan, el roce de los cuerpos al cambiar de postura sobre los petates, el llanto de los niños al despertar, el arrullo de la madre que procura dormirlos y los pasos acompasados del guardián del orden público que vigila, forman ese misterioso conjunto de ruidos en calma que se observa en las prisiones durante la noche, cuando los confinados sueñan con su pasado, quizá con sus familias ó con sus víctimas, y el espíritu deja la mazmorra y vaga libre para tornar bien pronto al calabozo.

El sueño del infortunado es siempre inquieto. La zozobra es el patrimonio de los indigentes ó de los criminales que, impunes sus faltas, logran escapar de la justicia y no pueden huir de la conciencia; y unos y otros condenados á cadena perpetua de desgracia, van por los mares de la vida cambiando de galera hasta llegar al puerto de la muerte, quizá para mudar tan sólo de grillete.

¡Ay del joven calavera que disipa tiempo y dinero jugándose la tranquilidad aun en plena juventud! ¡Infeliz de la mujer que abandona el hogar paterno, ó falta á los deberes de esposa para intrincarse en los placeres! ¡Ay del que roba ó del que mata! ¡Desgraciado del que huye del trabajo y vaga á merced de sus pasiones! Candidatos á la miseria pública y al remordimiento, son esos seres para quienes la expiación, es la única esperanza.

Cuando las puertas de la prisión ó el hospital aun no se abren para recibir á esos infortunados, los sitios que frecuentan tienen mucho parecido al de aquellos antros de la desesperación y del dolor.

Esa generación *ad hoc* que va camino al sepulcro dejando la fatal ley de herencia, ve morir rápidamente los consuelos y las esperanzas, y á medida que se alejan, presidiarios de galera por los mares de la vida, suspiran por sus hogares perdidos para siempre.

La regeneración es más tardía cuanto más encenegada se halla la víctima en el vicio. Querer en alas de la embriaguez huir de esa sombra que forma los pasados desvíos, es estrechar más el eslabón de la cadena perpetua, es hacer más pesado el grillete de la expiación.

A tales reflexiones se prestaba el aspecto de la hostería «El Cielo,» que no existe ya en México, y como de intento, el propietario la denominó con tan impropio título, pues mejor le hubiera estado «El Infierno» á juzgar por los huéspedes.

Hoy la plazuela se halla iluminada por focos eléctricos La fuente del vetusto brocal, está encerrada en un ameno jardincito. Han desaparecido las basuras que tanto la afeaban. La tapia churriguerescamente pintada de *azul de prusia*, es hoy la de una bonita finca. Solo el tendejón llamado «El Cariño» recuerda aquellas mañanas, en que, invisibles columnas de emanaciones mefíticas, subian por encima de la tapia, los vapores de las llagas, de los intestinos dañados y de los estómagos en descomposición constante.

En la actualidad, el buitre de la degeneración social, sacia su hambre en los claros de las puertas y en los paseos públicos, donde suelen dormir á la intemperie algunos de esos infortunados que carecen de hogar; tiene que ir á los hospitales y á las prisiones si quiere alimentarse, y la virtud, ese ángel tutelar del desvalido, guarda la entrada del «Asilo de Mendigos» y de «La Casa Amiga de la Obrera,» para que el vicio no penetre.

El lucro con el infortunio, tiene poderosos enemigos con la caridad bien ejercida, y el contingente de las

cárceles y de los hospitales, disminuirá notablemente.

Como en acantilado puerto llegan á refugiarse las naves abatidas, á las puertas de aquellos asilos de beneficencia, llegan para descansar en ellos, los náufragos del destino.

¡Oh caridad sublime, tú regeneras y consuelas!

¡Bendita seas!



LOS BAJELES DEL AMOR.

I

EDUARDO conoció á Eufrasina en el teatro, una noche de beneficio en que las barandillas de las plateas y los palcos lucían colgaduras de seda y lentejuelas; los antepechos de la galería, festones de pino, y las esbeltas columnas, bandillas de papel de China, coronas de cartón dorado y laureles de papel de jaspe.

Una banda militar ejecutaba en el pórtico, el cual estaba de gala, adornado con rojos y blancos cortinajes y banderolas de colores vistosos; los revendedores se esforzaban en gritar con toda la fuerza de sus pulmones, anunciando que tenían *vueltas* de patio y palcos más baratos que en Contaduría, y los granujas y voceadores de periódicos burlaban la vigilancia de los gendarmes para llegar al vestíbulo y escuchar muy de cerca los acordes de la *música*.

Es una propensión inveterada en nuestro pueblo la de estar casi en las narices de los filarmónicos para gozar del divino arte; no parece sino que estando á conveniente distancia pierden mucho del sonido y no gozan de las bellezas de la harmonía.

El pueblo es así, materialista hasta el defecto.

Numerosa concurrencia iba en oleadas de lujo desde las escalinatas al patio y palcos, y por las escaleras de la galería afluían los grupos de artesanos, las cuidadoras de niños llevando en brazos á los *bebés*, los soldados francos y las familias pobres.

La orquesta confundía sus notas cromáticas, desde la más aguda del piano y la vibrante del violín, hasta las graves y profundas del contrabajo, con el animado murmullo que es la confusión de conversaciones diversas, de saludos afectuosos y de comentarios vehementes.

Había sonado el penúltimo campanilleo que indicaba al Director que podía comenzar su faena, la batuta golpeó suavemente el barnizado atril, y las primeras harmonías de la «Carmen» de Bizett brotaron arrobadoras y sublimes, y fueron á posarse en las almas tiernas de las damas.

Entonces fué más continuado el ruido seco que producen al abrirse los asientos de las butacas, y más pronunciado el que forman las pisadas de los que buscan sus lugares.

Los gemelos no cesaron de afocarse; las telas y las pedrerías iban en aumento, á medida que las principales localidades eran literalmente ocupadas, y los focos eléctricos inundaban de aperlada luz aquel salón en que brillaban el arte y la hermosura: el uno poco admirado, la otra extasiando á los concurrentes.

Los mecheritos de gas parecían florecillas de luz ó astros prendidos entre las cornisas blancas recamadas de oro, y en la alta araña, que semejaba una agrupación de luciérnagas, se quebraban pálidas las irradiaciones de los focos.

Eduardo observó que era ya el único concurrente que permanecía de pie, apoyada la cintura en el anguloso respaldo de una butaca, y tomó asiento violentamente como si se avergonzara de haber sido el blanco de una inco-

rrección involuntaria Se había distraido teniendo afocados los gemelos á un palco que quedaba á su espalda, en el que había entrado, ya comenzada la sinfonía, una familia y con ella una joven esbelta, vestida de azul y ataviada de brillantes joyas. Casi todas las miradas de las damas se dirigieron á dicho palco, y más de cuatro anteojos acortaron la distancia para admirar el lujo y la hermosura de aquella joven que llegaba tarde, como de propio intento para llamar la atención de los galanes y excitar la curiosidad de sus competidoras en belleza.

Alzóse el telón y dió principio la obra. Eduardo, con la impaciencia de una impresión profunda, dejó pasar desapercibidas las importantes escenas en las que el infeliz Sargento José va dejando en zarzales de amor y desencanto jirones de su honra militar, fragmentos de su alma de hijo ausente, los hermosos días de libertad, el recuerdo de su pueblo querido, la esperanza de reunirse con la angustiada madre, y por último, la tranquilidad de una conciencia buena que llega á agitarse con las zozobras del delito, y más tarde se conmueve con los remordimientos del crimen.

Más se cuidaba Eduardo de su bella desconocida que de los episodios patéticos que se desarrollaban en el escenario.

Era que en su pecho germinaba un amor tan intenso ó más, quizá, que aquel que obligó á José á desertar para seguir á su cigarrera á la taberna del *Chato*, merodear con ella y con la partida de contrabandistas, y darla muerte á la entrada de la plaza de toros, ciego por los celos, loco por la desesperación.

Cuando la artista beneficiada pisó la escena, con su enagüilla roja lentejueleada y bordada de negro, con el mantón blanco y floreado á la cabeza, las manos empuñadas sobre las caderas y taconeando coquetamente con las zapatillas de raso que dejaban ver el empeine abulta-

do y la media de seda tentadora, la banda militar la saludó con la *diana* y un torrente de aplausos estalló en el público.

Eduardo no aplaudió. Se conformó con dirigir una mirada vaga al palco escénico en cuyo suelo iban á caer los ramilletes obsequiados por los admiradores de la artista, y tornó á divagarse atraido por la hermosura de la joven del palco.

El corazón de Eduardo bogaba en el *Río Sagrado del amor;* junto á su barquilla iban, la de Cármen, guiada por caprichoso velámen, rumbo al puerto del deseo, y la de aquella joven esbelta, vestida de azul y ataviada de joyas brillantes, tirada por cisnes purísimos. Lohengrin triunfaba. La ruta de la verdadera felicidad abrió paso á la barquilla inmaculada y el bajel de Carmen zozobraba en los mares de la muerte.

II

Eufrasina, la hermosa desconocida que cautivó á Eduardo, era bella, no con la belleza de la perfección que inmortaliza un pincel y saca de quicio á un escultor. Sus ojos, de miradas extraviadas, hacían cintilar sus pupilas negras cual si fueran dos astros gemelos en constante centelleo, y tenían el irresistible atractivo de corrientes magnéticas que se unen para desarrollar doble fuerza. Miraban tan rápidamente, que varios corazones se hubieran perdido en el torbellino de aquellas órbitas de luz, en las que giraban ilusiones nuevas como exhalaciones etéreas ó aereolitos desprendidos del mundo de los sueños.

El cabello negro, profundamente negro, que estaba siempre desordenado, como esas cabelleras antiguas de las damas de Corte, caía en bucles caprichosos cubriendo parte de la rosada oreja, y en ricitos juguetones, sobre la nívea frente á la que besaban arqueadas cejas rizadas y revueltas como la cabellera.

La boca era imperfecta hasta la voluptuosidad. El rubí del labio inferior casi desaparecía entre el granate del superior, y ambos dejaban ver una dentadura, si no muy bien alineada, sí tan blanca como el armiño, y graciosa como aristas de concha-nácar incrustadas en rojo estuche. Aquella boca parecía sonreir todavía con la risa inocente que no profana el beso, y daba al semblante de Eufrasina un aspecto de afabilidad y dulzura que inspiraba confianza y respeto.

El marfil del abanico resultaba opaco, aprisionado por las aristocráticas manos de Eufrasina, desprovistas de guantes para poder lucir las sortijas y los brazaletes.

No había en aquel cuerpo corrección de líneas, morbidez ni ondulaciones; pero en la irregularidad de los contornos y en la delicadeza de los miembros se adivinaba un espíritu hecho para inspirar el sentimiento de lo bello que no se extingue, de lo sublime que palpita en las manifestaciones del alma.

Y esa belleza cruzaba el *Río Sagrado del amor* en bajel tirado por purísimos cisnes, en tanto que la barquilla de Carmen, en la que bogaba el deseo, iba rumbo á los mares de la muerte.

III

Las ovaciones tributadas á la *beneficiada*, pasaron sin conmover á Eduardo, quien, al terminar la obra se levantó precipitadamente de la butaca y salió del salón, no sin dirigir sus últimas miradas al palco de Eufrasina, en el que, como en las demás localidades, se dejaba oir el *fru-fru* de la seda al roce de los abrigos, las tosecitas melífluas de las concurrentes, el ruidito que producen al abrirse y cerrarse las puertas de los palcos, en tanto que en el patio, el golpe seco de las butacas al girar se extinguía, y el arrastrar de los pasos apagábase, hasta que el teatro se quedó desierto.

La noche había sido lluviosa y era por lo mismo más desordenado el trajín de los coches de alquiler; los aurigas se disputaban el lugar que dejaban los carruajes particulares; el fango brillaba herido por la luz de los faroles; la concurrencia se agrupaba en el pórtico y salía á ocupar los carruajes ó á *mojarse decentemente* bajo el paraguas.

Eduardo esperaba impaciente al pie de la escalera de los palcos. Entre los últimos concurrentes venía Eufrasina, seguida del padre que representaba cuarenta años aproximadamente, y de una anciana que parecía ser la tía de la muchacha.

La joven le dirigió una tierna mirada al soslayo, como queriéndole decir: *no te olvido,* y subió con su familia al *landó* que esperaba.

Eduardo ocupó un coche de sitio y ordenó al cochero que siguiera al *landó.*

IV

Diez minutos despuès, el elegante carruaje de Eufrasina se detenía en el término de una acera prolongada de edificios antiguos, cuyas fachadas de cantería y tezontle se confundían con la sombra. El *simón* que conducía á Eduardo se detuvo en la esquina, al voltear de la calle, para no infundir sospechas.

La luz de las estrellas era tan opaca, que apenas su escaso fulgor servía para proyectar las alturas de los campanarios sobre las azoteas de las casas, contorneando sus perfiles como los ángulos de una fortaleza elevada, ó las aristas de un castillo feudal.

Los relojes públicos gimieron las dos de la mañana (porque en altas horas, cuando las calles están solitarias y silenciosas, los sonidos son tristes como la soledad), las tinieblas escalaban los muros y los hierros, y las puertas

alineadas y encaramadas unas sobre otras, ofrecían claros en que la obscuridad era más densa.

Eduardo avanzó rápidamenie en dirección del lugar en que el *landó* se paró, tan luego como dejó el coche de sitio, y merced á la misma obscuridad pudo, desde una puerta que se hallaba frente al zaguán de la casa de Eufrasina, ver cómo el carruaje entró al patio de la casa, cuando el zaguán fué abierto y el alumbrado del patio hirió á las sombras de la calle.

La luz profusa de la farola del portal huyó. Se replegó nuevamente la sombra entre los tallados de cedro, en los frisos del umbral y en las *defensas* del quicio. El piafar de los caballos, el ruido de las guarniciones y las rodadas del *landó* se extinguieron, y bien pronto se restableció el silencio de la calle.

Eduardo permanecía inmóvil en el claro de la puerta que le ocultaba, obstinado con la esperanza, que sólo tenía de realizable el anhelo de que la dama se dejara ver en el balcón.

Eufrasina en tanto, pensaba también en aquel joven que con insistencia la miraba en el teatro.

Por un impulso irresistible, Eufrasina abrió la puerta de madera del balcón de su recámara antes de acostarse, descorrió la cortinilla de punto que velaba la vidriera y Eduardo pudo admirar entre ráfagas de luz color de rosa el rostro de su bella desconocida. A través de la vidriera aparecía como en un sueño el busto de Eufrasina vaporoso y sutil.

La esperanza de Eduardo se realizaba. Su anhelo estaba cumplido. Salió de su escondite como si su espíritu quisiera volar hasta la estancia de la niña, y guardarla el sueño con aquellas ráfagas tibias de luz color de rosa, y Eufrasina pudo ver que tenía frente á su balcón al caballero del teatro.

El amor instantáneo había estallado en las almas de

aquellos jóvenes con la rapidez de una mirada, con la impresión profunda de un sentimiento que halla eco.

Un corazón más se había perdido en el torbellino de aquellos ojos de mirar indeciso; pero ese corazón no era desairado.

Eduardo dejó la calle cuando la cortinilla de punto corrióse tras de la vidriera y la puerta de madera mató la luz color de rosa, y se alejó triste, sombrío, como el galán que se aparta de su adorada para no verla por mucho tiempo.

Estaba vehementemente apasionado.

V

Un año había transcurrido después de aquella noche lluviosa en que un coche de sitio siguió al *landó* de Eufrasina. Eduardo era novio oficial y frecuentaba noche á noche y á veces durante los días festivos la casa de la novia, en la que desde su presentación fué amablemente recibido.

Aquel amor crecía tanto, que no bastaban las horas de las veladas, las reuniones vespertinas, los paseos, las tertulias y la concurrencia á los teatros, motivos todos que fomentaban más y más el fuego de una pasión voraz.

La felicidad parecía residir en el hogar de Eufrasina para quien Eduardo deseaba la completa dicha. El padre y la anciana que pasaba por tía de la muchacha, se mostraban satisfechos de las relaciones amorosas y sólo procuraban retardar el día de la boda, á menudo propuesto por el joven, quien, á más de poseer cuantiosos bienes de fortuna, tenía título de Abogado y no se le conocía tacha alguna. El retardo lo fundaba la familia de Eufrasina en que aun era muy joven y que debía esperarse siquiera fuese un año; y Eduardo, consecuente hasta lo último, aplazó el día del matrimonio hasta que la familia lo decidiera.

Un acontecimiento tan inesperado como consigui
al estado de ánimo de Eufrasina, vino á violentar los
cesos de aquel amor que ya tocaba al delirio en am
enamorados. Eufrasina enfermó y enfermó de grave
Los facultativos desesperaban por salvarla de una m
te próxima, y convencidos de que una pasión volcá
rebosaba en el alma de la joven, y que contenerla por
tiempo era abrir la tumba á aquella pobre niña ena
rada, resolvieron irremisiblemente aplicar el remedio
vador, el único que mitiga los males del amor: la u
de los seres que han amalgamado sus aspiraciones y
ficado sus destinos.

Urgía, pues, aproximar el momento en que aquell
ma enferma dejara su alcoba obscura y triste y fuer
jardín de sus ilusiones proyectadas para cortar las fl
que más le encantan, perseguir á las mariposillas d
deseos y, cuando ya rendida de sus largos paseos p
floresta, busque asiento en el banco rústico, á la orill
rio, tenga al esposo con quien departir amorosamen

Eduardo recibió gran sorpresa, y no poco cons
cuando la anciana le informó un día del mejor es
que guardaba la enferma. Eduardo pensaba ya en la
sencia de su amada, veía cómo la muerte trataba de
batarle aquel tesoro de su alma y proyectaba el vi
lo desconocido, hasta llegar á donde fuera el espírit
Eufrasina.

Una noche, cuando la salud de la joven estaba en
parte recuperada, Eduardo observó que el padre de
frasina estaba preocupado, taciturno y sombrío, y
laba hondo pesar en todas las manifestaciones d
alma.

Aunque no dejó de inquietarle aquella melancolía
meroso de que el alivio de Eufrasina fuera transito
quizá para impedir que el mal hiciera por complet
víctima, no quiso inquirir la causa de aquellas triste

se reservó para ver la marcha que seguía en su desaparición la enfermedad de su amada.

Muchas noches vió poco en el salón al padre de Eufrasina, quien se encerraba en su pieza de estudio y trabajaba hasta media noche en asuntos de ingeniería, según aseguraba la anciana tía.

Pocos días después de aquel en que Eduardo se alarmó con el estado de abatimiento en que estaba el padre de su novia, recibió una tarjeta en que se le citaba misteriosamente para una casa que él no recordaba haber visitado y de parte de una señora cuyo nombre le era desconocido.

Al principio pensó no acudir á la cita; pero después, cambió de opinión instado por la cusiosidad y se presentó en casa de la persona que subscribía la tarjeta.

El lujo y la ostentación no se albergaban en la mansión donde fué citado Eduardo. Era una viviendita humilde con aspecto de pobreza y manifestaciones de virtud. Una mujer hermosa á pesar de los cuarenta y dos años que tendría, con las huellas de un prolongado sufrimiento en el semblante algo rugoso y en las guedejas de cabellera cana, con la bondad de mártir en la mirada y la sonrisa del infortunio en los labios pálidos, habitaba aquel albergue que, sin ser del todo, miserable, infundía el respeto que inspira la miseria.

Eduardo, sin salir del asombro en que le hundió el contenido de la tarjeta, sintió por esa mujer una simpatía profunda.

El misterio no tardaría en resolverse.

VI

Después de las excusas que la señora pidió á Eduardo por haberle molestado, y de darle las gracias por haber ocurrido á la cita, apeló á la franqueza y dió principio á una narración tan triste como novelesca.

Eduardo, esperaba impaciente la solución de aquel enigma, é iba por grados saliendo de su asombro como si despertase de un sueño.

—Ha llegado el momento de que la difícil situación en que me hallo há trece años, tenga fin, y que usted, que es quien debe resolver de ella, juzgue y falle. Se trata de Eufrasina con quien sé que usted tiene relaciones. Se trata de su felicidad.

Como si una corriente eléctrica cruzara por el organismo de Eduardo, éste se conmovió temiendo que alguna desgracia podía ocurrirle á su novia y casi interrumpiendo á la señora, le dijo:

—¡Qué! ¿algún peligro amenaza á Eufrasina? diga usted ¿qué debo hacer para salvarla?

—Ninguno, si usted es justo y prudente. Quizá la muerte, si usted no obra en justicia. Escúcheme y dígame su modo de pensar sobre un asunto que es bastante delicado. Enrique, el padre de Eufrasina, dejándose llevar de sus pasiones allá en su juventud, abandonó á su esposa que es la madre legítima de esa niña á quien usted ama hoy, dejando á aquella mujer que tanto le quería, sin más consuelo que el del recuerdo de aquella hija, y el de una insignificante mensualidad que apenas le basta á esa mujer desgraciada para vivir honradamente, con la esperanza de volver á tener á su lado á su hija querida á quien sólo se le ha permitido ver sin darse á conocer.

Suspendió su amarga relación para contener los sollozos, y Eduardo no se atrevía á interrumpir la triste narración en que no se manifestaba un odio para el padre de Eufrasina, ni amenguaba el amor de aquella mujer.

Y la dama continuó:

—Hoy que Enrique trata de hacer la felicidad de su hija; hoy que no puede ocultar por más tiempo un secreto que lo agobiaría más en la vejez, ha visto á la madre y le ha propuesto unirse á ella devolviéndole á la hija,

siempre que el novio ofrezca, como la madre, olvidar todo en nombre de la hija inocente.

Eduardo sintió como un gran desahogo cuando el relato terminó, y sólo se apresuró á preguntar con impaciencia:

—¡Y la madre! ¿quién es la madre?

—Soy yo, la mujer que mandó llamar á usted para que acceda á sus súplicas; perdone á Enrique como yo le perdono, ya que está arrepentido.

Y ocultó el rostro entre las manos y se puso á llorar amargamente.

Eduardo se levantó del asiento, y consolando á aquella mártir, exclamó:

—Señora, amo demasiado á Eufrasina para culpar á su padre. Por mi parte estoy dispuesto. Mi mano es de la hija de usted. Mi mayor dicha será que el nuevo hogar de los padres de Eufrasina sea el mio. La expiación es el mayor castigo de la culpa.

Eduardo salió de la viviendita humilde hallando justificada la profunda simpatia que aquella dama le inspiró, y explicándose lo triste y taciturno del padre de Eufrasina durante la enfermedad de ésta.

VII

Un mes después, Eduardo y Eufrasina eran esposos y salían para Europa en compañía de los padres de la novia, llevándose á la anciana que pasaba por tia de la desposada y que había sido su nodriza.

El amor de los muchachos unió á los padres; la felicidad imperó en el hogar de un matrimonio reconciliado y de otro que nacía á la vida de la eterna luna de miel.



UN LANCE DE HONOR.

I

HA sonado en la fortaleza de Ulúa y en el Palacio Municipal de Veracruz el toque de campana que anuncia la llegada del *paquete*. El vapor mercante entra en bahía por el canal del Sur, dejando en las aguas, ancha estela de plata, y en el espacio nebuloso de una mañana de invierno, gruesa columna de humo que al proyectarse en el horizonte, semejan un gigantesco airón sobre bruñido yelmo de acero.

Poco á poco el rojo subido del casco del buque, ha ido perdiéndose entre las olas que reflejan un cielo gris; la hélice produciendo un ruido semejante al de una polea que impulsa un cable de hierro, riza el oleaje á proa; cae el ancla pesadamente; flota la boya como resistiéndose á la tirantez de la cadena, y los últimos balanceos, los postreros jadeos de la chimenea y el silencio súbito de la hélice, anuncian á los tripulantes el arribo á las playas mejicanas.

En uno de los camarotes de primera clase viene un pasajero que frisa en los treinta años, echado de codos en la repisa, y la mirada alegremente clavada en el cristal circular de la ventanilla, absorto en la contemplación del

caserío del puerto que se presentaba á su vista como una esperanza realizada. Tenía frente á frente, en la repisa, su libro de anotaciones, que era, como él le llamaba, *su íntimo secretario*, desde que había dado en la manía de escribir sus impresiones, ya en artículos, ya en novelas, que tenía la aspiración de publicar, y la no menos halagadora cuanto engañosa pretensión de enriquecer con los productos de las obras.

Arturo, pues este era el nombre del pasajero, venía de España, hecho un cortesano, con sus humos de literato y su no menos dosis de orgullo por haber permanecido cinco años en el extranjero.

Tan extasiado se hallaba viendo al fin tierra patria, que no se dió cuenta del bullicioso trajín que se alza en el interior de un barco, como un *hosanna* de felicidad cuando se toca en puerto; fué necesario que la inmovilidad de la embarcación lo sacara de aquel éxtasis sublime, para que subiera á cubierta, haciendo llevar su equipaje, que se hallaba perfectamente arreglado para el desembarque.

Arturo había dejado el puerto en una mañana calurosa del mes de Junio, cuando caldeaba el sol tropical la arena de la playa y descendían por los médanos las ardientes columnas de aire bochornoso, que dan á la respiración una densidad sofocante, y lo encontraba envuelto en su abrigo de neblina, como friolento anciano que espera impaciente los rayos del sol.

Distinguíanse con las vaguedades de un sueño, las islas Verde, Anegadas, Lavandera y Sacrificios, que frente á las costas se presentan como manchones de óxido sobre tersa superficie de plata, si la mar está en calma, ó bien como negras bocazas abiertas en el abismo verde-obscuro de las olas. El castillo de San Juan de Ulúa surgía de aquellas nebulosidades, como el trasunto de una leyenda oriental, y el panteoncito del presidio veíase allá á lo lejos con sus palmeras y sus raquíticos arbolitos, como un gru-

po de olas que se levantan y desaparecen momentánea-mente. Las torres de los faros se antojaban blancas gaviotas; la muralla ruinosa presentaba sus claros más opacos; la fortaleza de Santiago tenía el aspecto de un nubarrón, y los muelles se elevaban con sus grúas, cual descarnadas arboledas de troncos carcomidos.

El ir y venir de botes y lanchones, el gemir de los cables, la batahola de la marinería y el murmullo de la faena, alegraban aquella mañana de invierno, de cielo nebuloso y mar color de plombagina.

II

Arturo quiso, á su llegada, reanudar las impresiones que dejara en esta Capital la noche víspera de su viaje, y tratando de recordar sus buenos tiempos de alegre estudiante calavera, fué al cafetín de la calle de San Pedro y San Pablo, donde se reunían á jugar *dominó* y á tomar *fosforitos* los compañeros de estudio.

Gran placer experimentó cuando vió delante de sí á su amigo Ricardo que le abría los brazos, emocionado, con las lágrimas en los ojos y llamándole *poeta*, apodo cariñoso con que lo bautizaron los amigos de Colegio.

¡Pobre Ricardo! había cambiado notablemente desde aquella noche en que Arturo dió un *the* de despedida en el mismo cafetín, que halló á su regreso en poder de otro dueño.

El joven bullicioso que rivalizaba en la clase con los mejores alteradores del orden, el infatigable sarcástico, *ahuizote* constante de los compañeros tímidos, el que amenizaba las horas de ocio con sus cuentos áticos, el eterno bromista, el *filósofo*, como se le llamaba por mote, había envejecido, física y moralmente. En la obscuridad de aquel gabinete del café en que Arturo evocaba los pasados recuerdos, Ricardo era un espectro.

Pasadas las primeras impresiones que produce el casual encuentro de dos antiguos amigos, Ricardo hizo llevar á la mesa que ocupaba Arturo su taza de café y la copa de catalán que se hallaba á medio vaciar, y se trabó prolongada conversación sobre el viaje de Arturo y los progresos alcanzados por éste en la literatura; de la actual situación, crítica ó próspera, que ocupaban muchos de los camaradas de otros días, á quienes veía á menudo Ricardo, desde que Arturo dejó la escuela para ir á Europa.

Pasaron como en deliciosa fantasmagoría por aquella obscuridad de linterna mágica que imperaba en el gabinete del café, las figuras severas de los catedráticos, los rostros agrios de los Prefectos y el semblante apacible del viejo portero, en quien la bilis no se alteraba á pesar de las travesuras de los colegiales. A través de la experiencia, veíase esfumado un porvenir lejano, y los panoramas de una vida holgazana y mal empleada, íbanse envueltos en el humo del cigarro y los vapores del alcohol, como evocaciones de un pasado feliz.

Inútiles fueron al principio de la entrevista los esfuerzos cariñosos que hizo Arturo para que Ricardo le confiara las penas que revelaba la decrepitud anticipada que acusaba su físico, se hacía cada vez más indiferente á su propia desgracia para ocuparse de la de otros *destripados*, á quienes el vicio hundió en la miseria. La embriaguez es la llave de oro que abre los corazones, y Arturo optó por esa llave para descubrir los íntimos sufrimientos de su amigo Ricardo.

III

Las libaciones se hicieron frecuentes á medida que la tarde avanzaba y la sombra del gabinete era más densa; las mesas iban siendo desocupadas por los parroquianos,

y cuando Arturo y Ricardo quedaron solos en la penumbra de un rincón, aquel dijo á éste:

—Es por demás que trates de ocultarme la causa de esa tristeza que te embarga; pues ya que el destino ha querido reunirnos otra vez, seré tu confidente como tantas veces lo fuiste mio en el colegio y en la escuela. Es gran consuelo tener un amigo; no me prives de la íntima satisfacción de proporcionarte ese consuelo.

Las últimas frases que Arturo pronunció con toda la lealtad de buen amigo, cayeron como poderoso lenitivo en el alma de Ricardo. La llave de oro de la embriaguez franqueaba la entrada de aquel corazón egoísta que se moría sin consuelo, sin un rayo de esperanza, en la cárcel del remordimiento.

—Sea—dijo resueltamente Ricardo, después de un breve silencio—ya que lo quieres, condéname también; quería ocultarte mi desgracia para que no me despreciaras como muchos de los que se llamaban mis amigos, que me creen delincuente.

—¿Delincuente?—interrogó por lo bajo Arturo—imposible, te conozco demasiado para no creerte responsable de un delito. Habla, que estoy ahora más impaciente que antes por saberlo todo; habla, te lo pido en nombre de nuestra amistad.

—Es una historia amarga que agobia mi ánimo con la pesantez de un recuerdo fatal. Escucha.

Y ambos amigos chocaron las copas, las apuraron por completo, tomaron algunos sorbos de café y se dispusieron, el uno arrebujándose en el viejo asiento de felpa, para no perder nada del relato, y el otro, de codos sobre la mesa para desahogar sus recuerdos.

IV

He aquí la historia.

Era un domingo, y Ricardo, como de costumbre, fué al teatro por la tarde para regresar por la noche al *cajón* de ropa en que estaba empleado, y no salir hasta el domingo siguiente, para tomar baño en la «Alberca Pane,» dar un ligero paseo en la Alameda, comer con los Jefes y dependientes, y volver á su cuarto de hombre solo, situado en las habitaciones altas de los almacenes: vida que no podía ser más monótona ni más triste. Sin embargo, Ricardo se conformaba con su presente y no se preocupaba por el porvenir; era el *filósofo*, como le llamaban en la Escuela. Nunca hubiera pensado que el amor reclamaría su parte de existencia que le correspondía y que aquel egoísmo, felicidad, según Ricardo, tendría su hasta aquí.

La tarde á que nos referimos, la concurrencia al teatro era selecta y animada más que otras veces. Los palcos estaban literalmente ocupados por bellas y lujosas damas, que mareaban mágicamente con sus brillantes abanicos, cautivaban con sus encantos seductores y embriagaban con los múltiples perfumes que impregnaban las faldas vaporosas. De los escotes, surgían bustos perfectos, blancos como el mármol de Paros; las miradas fulguraban rivalizando con la pedrería de las joyas, en cada labio había una sonrisa, y en cada semblante una promesa.

Ricardo recorría el salón con los gemelos, admirando la belleza plástica, el lujo y la riqueza de los trajes, y detuvo la vista en el fondo luminoso de uno de los palcos. Una joven rubia y esbelta estaba de pie con un anciano tomando el fresco á la puerta del pasillo. A la luz del gas, la palidez del rostro semejaba la de estatua sepulcral; estaba de perfil y la corrección de las líneas del rostro recordaba la de una visión soñada por Ricardo.

Durante la representación, las miradas de la joven rubia y las de Ricardo, se encontraron involuntariamente y éste pudo observar de lleno aquel rostro bellísimo.

El amor tendría ya su parte en la existencia del *filósofo*.

Más de una vez encontráronse frente á frente los anteojos de la pálida rubia y los del dependiente de *cajón* de ropa, y tal coincidencia engendró una esperanza.

A la salida, Ricardo siguió á la dama, muy satisfecho de que ésta volviera el rostro de cuando en cuando, á hurtadillas del anciano, y al saber dónde vivía, se retiró al *cajón* de ropa, forjándose mil ensueños con su bella desconocida.

Aquella noche se efectuó en Ricardo un cambio radical. Su espíritu vagó por las regiones del idealismo, y desde aquel momento de enajenamiento moral, sólo pensó en el amor.

Al domingo siguiente se presentó frente á los balcones de la casa de la rubia, y vió que tras la vidriera se asomaba aquella cabecita delicada y aquel rostro de palidez ideal. Por la tarde la halló en el teatro, la siguió nuevamente, terminada la función, y logró que le admitiera una carta.

Radiante de alegría se presentaba los domingos al pie de los balcones, hasta que una noche, al regresar del teatro, la rubia asomó en uno de ellos y fué aquella la primera cita de amor.

Julia se llamaba la predilecta de Ricardo, y era romántica por afición.

Nunca quiso escribir á Ricardo; pero sí le concedió entrevistas, y en ellas juraba amarle ciegamente.

La locura de una pasión que se ha hecho esperar mucho tiempo, embargó las facultades morales del dependiente, quien sólo pensaba en Julia.

¡Pobre Ricardo, era engañado! La mujer en quien se había fijado amaba á otro, de quien era prometida hacía

tiempo y con quien pronto debía casarse, pues estaba al llegar de la frontera del Norte, en donde residía su familia.

Ricardo ignoraba esto, víctima de uno de esos caprichos que llaman las mujeres *coquetería,* asi, simplemente, como si se tratara de nombrar un honesto pasatiempo y que en sí, constituye un crimen fatal.

Ricardo y el prometido de Julia hubieron de tener una conferencia aclaratoria, merced á la hipócrita denuncia que le hizo ésta de las que, aseguraba, eran pretensiones de Ricardo, negando que le hubiera dado esperanza alguna; y como los adoradores de la pálida rubia no pudieron avenirse, pues Ricardo no quiso desistir, fué el insulto el mejor recurso y se optó por un lance de honor á pistola, sin testigos, en las afueras de la ciudad.

V

La noche era lluviosa. Ricardo esperaba en el llano extenso y sombrío, la llegada de su rival; éste llegó á las once en punto, hora de la cita, y sin decir una sola palabra, sin que mediara el más frío saludo entre ambos contendientes, se colocaron de espaldas, tocándose con las cabezas; midieron la distancia, dieron frente y perdidos en la sombra, avanzaron paso á paso, disparando sus pistolas. Oyéronse dos detonaciones seguidas y una después...... El prometido de Julia fué muerto por el primer disparo de Ricardo. Este, ignorando el fatal resultado, había hecho un nuevo disparo avanzando. Cuando escuchó el disparo único de su arma, buscó á su contrario y lo halló exánime.

Entonces se alejó tembloroso y acobardado; huyó, huyó por un camino que dejó atrás al día siguiente, y no volvió á la Capital sino después de cuatro años, viejo por el remordimiento, agobiado por el recuerdo fatal de aquella noche terrible.

VI

Al terminar el relato, Ricardo sintió que se ahogaba. Apuró instintivamente un sorbo de café y dijo á su amigo Arturo:

—¿Verdad que soy un delincuente?

—No; replicó Arturo. Eres un valiente y un mártir.

Y tomando del brazo á Ricardo que lloraba como chiquillo, y tambaleaba ebrio por el alcohol y la emoción, salieron del cafetín y subieron á un carruaje de *sitio*.

¡Pobre Ricardo! había cumplido como digno, y no obstante, el remordimiento le acosaba. El amor había, por fin, adquirido su parte de existencia en una alma descreída, á precio de la tranquilidad.



EL NÚMERO 5.

El practicante de guardia acaba de separarse de la salita de distinción y la vieja enfermera acude á la cama amparada con el número 5, llevando un tarro con tintura de yodo del que sobresalía el sucio mango de un pincel, una toalla enmugrecida y un puñado de hilas.

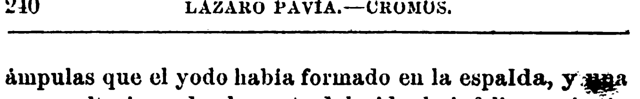
El futuro médico había dicho al pasar frente á la mesa de la enfermera:

—Yodo, al número 5.

Y la buena mujer, con la paciencia de la caridad cristiana á los cuarenta años, subió la desvencijada escalinata de madera que conducía al departamento referido y llegó al lecho indicado con la cifra, dispuesta á calmar las dolencias de la paciente, mujer de unos treinta ó treinta y cinco años, afectada de *tisis galopante*.

—Hijita, la dijo cariñosamente la enfermera poniendo sobre la mesa de noche el tarro, la toalla y las hilas, daremos una *untada* y pondremos nuevo vendaje, quizá hoy pase mejor noche. Y ayudó á la enferma á volverse boca abajo, operación que arrancóla muchos ¡ayes! y muchas imprecaciones.

Concluida la operación dolorosísima de reanudar las



ámpulas que el yodo había formado en la espalda, y una vez vuelta á vendar la parte dolorida, la infeliz paciente tomó postura más cómoda y preguntó si nadie había ido á buscarla en todo el día.

—Nadie—contestó con tristeza la enfermera.

—Es raro, há seis días que ninguno se acuerda de visitarme, ni mi primo, ese joven estudiante á quien habrá usted visto entrar muchas tardes y permanecer sentado á la orilla de mi cama hasta que le despide el toque de salida para las visitas; es muy bueno, me quiere mucho, nada pudo hacer por mí para impedir que yo viniera al hospital, porque es pobre; pero ha ofrecido verme con frecuencia y conseguir que yo muera más tranquila al lado de mis hijos. ¿Por qué no habrá venido?

—Quizá haya enfermado y venga cuando se restablezca; no se apene usted, porque ha dicho el médico que cualquiera excitación complica el mal que ya se ha combatido y que pronto desaparecerá. Procure reposar mientras llega la hora del alimento; ya va á ser de noche.

Y se alejó saludando á las demás enfermas.

En efecto: la noche no tardaría en llegar con su melancolía de sombras, sus fastidiosos ritmos de organillos, sus pálidos rayos de luz de aceite aprisionados en sucios farolillos, sus cantidos de ebrios callejeros, sus monótonas horas de relojes públicos anunciadas por el silbato del *sereno,* y los campanillazos que llaman con urgencia al practicante ó anuncian la muerte de un infeliz asilado

El crepúsculo se asomaba por las ventanas alambradas dejando una esperanza; la tarde se ausentaba llevándose los últimos recuerdos del día.



El cuarto del Comisario está de tertulia, como todas las noches. Circula el café, so pretexto de ahuyentar el



sueño en la velada, se juega ajedrez, naipes ó dominó, para matar el tiempo, y se charla de lo lindo hasta que la reunión se disuelve, de mal grado, cuando la campana, con su voz de vieja tuberculosa, da el toque de silencio, hora en que los empleados francos que acuden á la tertulia por no perder la costumbre, dejan el hospital; el Comisario pone al corriente los documentos del día; el despensero da su última vuelta por las cocinas, el boticario confecciona menjurjes y el practicante de guardia prepara su clase para la mañana siguiente.

—Esta noche *no ha dado chispa el libro de las cuarenta hojas*,—dijo el Comisario levantando y dejando caer horizontalmente las cartas sobre la mesita de pino sin pintar, en tanto que Espinoza, practicante saliente, hacía grecas con las fichas del dominó, González y Luna se *batían* sobre el tablero de ajedrez y Vázquez el de guardia, encaramado en elevado banquillo y con los codos sobre la carpeta del alto bufete, divaga su imaginación con las gruesas espirales de humo que arrojaba un aromoso «Victorias» de Colón» y saboreaba grandes sorbos de café. El farmacéutico leía la última novela de Zolá, echado en el catre del Comisario y el despensero seguía con ávidas miradas las jugadas de los ajedrecistas.

—En verdad--dijo Espinoza deshaciendo lo hecho con las fichas y guardándolas en la cajita de madera blanca. Briján está de duelo, ¿dónde diablos se habrán metido esta noche los famosos jugadores de *tute?*

—De seguro estarán en los billares de Iturbide *haciendo la roña* en las guerras de billas, para desquitarse de lo perdido aquí antes de anoche—objetó Vázquez botando la ceniza del puro—también el dominó habría estado de ocioso si Espinoza no se hubiera propuesto distraer su aburrimiento haciendo figuritas como los niños de escuela.

—Hombre, en algo se ha de pasar el rato—dijo el alu-

dido—ya que nadie ha querido recoger el guante, sin duda reconociendo mi superioridad en el jueguito.

A lo que repuso el boticario:

—Prefiero la lectura que es más provechosa á perder unos cuantos centavos, que al fin y al cabo buena falta me hacen.

—Pues yo—dijo el Comisario—si se tratara de alburitos, materia dispuesta: lo más pronto es lo más decente.

—Y lo más productivo para *el monte*—agregó Espinoza poniéndose de pie, esperezándose y bostezando. ¿Y qué tal va ese partido? preguntó acercándose á la mesa de ajedrez.

—Mal,—exclamó Luna—las negras son de fatal agüero; ¡si yo llevara las blancas!......

—Cuestión de suerte—repuso González,—también se pierde con las blancas.

¡Que tiene usted una bonita jugada, señor Luna! dijo en voz baja el despensero.

—Cuidado, amigo, que *los mirones deben ser de palo,* clamó González.

—¡A sus Majestades,—gritó el de las negras—atacando con un caballo al rey y á la reina.

Y González, después de buscar y rebuscar salvación, movió bruscamente su rey y dió al despensero las gracias por haberse entremetido; éste juró que no era aquella la jugada indicada, y Luna, con la esperanza de ganar aún, secuestró á la reina blanca.

—Se nivelaron las pérdidas—dijo retirándose Espinoza.

Poco tiempo después, se oía exclamar entusiasmado á Luna:

—¡Jaque mate!

Y todos los presentes, incluso el boticario, se acercaron al tablero para ver la muerte del rey blanco.

—También las blancas pierden, amigo mío, volvió á decir González á Luna

Se guardaron las piezas, doblóse el tablero que afectaba la forma de un libro, para mayor comodidad, y apuraron los últimos tragos de café.

***

La campana llamó al practicante de guardia á la sala de distinción, y Vázquez, malhumorado, salía renegando de la enferma del número 5 que era quien probablemente solicitaba sus auxilios.

—¡Pobre Elisa, fué la exclamación que brotó de los labios de González, el joven practicante que era entre todos el más afable, el más tolerante y el más asiduo visitador de la tísica, durante el mes y medio que había transcurrido desde aquella tarde lluviosa en que fué llevada en la tosca camilla abovedada, de ovalados ventiladores y de mugrosa parihuela con lona.

Ningún otro de los tertulianos tuvo en aquellos momentos un recuerdo de compasión para aquella mujer qué se moría joven aún, y bella, á pesar de los estragos que hacía la traidora enfermedad, enjutando las delicadas formas de su cuerpo blanco como el onix, rojo como el pórfido y yeteado como el mármol de Paros; cubriendo de palidez amarillenta la tersura mate del ovalado rostro; velando con sus sombras de dolor el azul cielo de los ojos, pronunciando la ojera amoratada y contrayendo los violáceos labios como para dar mayor dificultad á los suspiros.

De todos los practicantes, González era el único que se interesaba por la enferma; cuando hacía su turno, subía frecuentemente sin que nadie lo llamara; acercaba una silla á la cama de Elisa y platicaba con ella en voz tan baja, que ni las mismas enfermas de la sala pudieron enterarse, y no escatimaba nada que la sirviera de consue-

lo. Inmediatamente después de la visita del médico, él mismo llevaba el recetario á la botica, procuraba que se le prefiriera en la preparación de la medicina, y á las horas del alimento y de las curaciones estaba siempre presente para que la enferma fuera bien atendida.

Tan noble conducta le valió ser víctima de la hilaridad y bromas de sus compañeros, y de la murmuración de la servidumbre y de las demás enfermas de la sala de distinción.

Sólo la anciana enfermera no murmuraba, porque, como González, sentía profunda simpatía por la desgraciada Elisa.

Temeroso como todo aquel que por ejercer una acción buena es objeto de burlas y sarcasmos, González se cuidaba bien de no ocuparse de la enferma cuando otro compañero hacía la guardia; pero sí encargaba á la anciana enfermera que la cuidara con esmero.

Cuando Vázquez hubo salido de la Comisaría, y González profirió la exclamación en favor de Elisa, Espinoza fué el primero que estalló en risa burlesca, diciendo:

—Decididamente González es tan *primo* como ese que suele venir á visitar á la del 5; no le falta más que llorar con ella como hace el estudiante, para convencernos de que está plenamente enamorado de la tísica. Miren ustedes que es mucho enamorarse de una mujer que ya pisa los umbrales del sepulcro; como no sea para suicidarse en el instante en que fallezca é irse con ella en espíritu al Paraíso Celestial, sin probabilidades de entrada, porque de seguro San Pedro no abrirá el portón á un matrimonio que no ha legalizado ni el Cura ni el Juez Civil.

—Ya he dicho á ustedes que no es un sentimiento egoísta el que me ha inspirado esa desgraciada mujer, es una compasión nacida por las profundas impresiones que en mi ánimo ha dejado el relato de su pasado y alimentada con sus sufrimientos físicos y morales del pre-

sente; yo hago abstracción de lo material para seguir en sus vuelos al sér inmaterial.

—Siempre soñando—repuso Luna.

—Soy de la opinión de González—dijo el boticario.

Y el Comisario con aire compungido terció diciendo:

—Por mí, sé decir, que desde que penetró encamillada por esa puerta, quejosa y llorando esa mujer, he sentido profundo pesar; al descubrir la camilla, al ver aquel semblante de persona distinguida tan demacrado y amarilloso y aquellos harapos que parecían montón de nubes ó copos de nieve, me entraron ganas de llorar, como si persona de mi familia fuera la que llegaba con boleta de la Inspección de policía para ponerse en cura. Al apuntar su nombre en el registro y saber la enfermedad que padece, me acordé de mi madre que, como Elisa, era joven y que también murió tísica. Cuando ese estudiante, quien no sé si será ó no primo de la enferma, viene en días que no son de visita, y trata de entrar, me da pena decirle que no puede pasar; si yo fuera el Director, entraría todos los días.

—Pues yo le negaría siempre el paso, porque su presencia es un amago para la salud de la enferma; hay que evitarla las emociones violentas, y ese muchacho no llega más que á impresionarla.

—Ese muchacho es el último amigo fiel que la acompaña hasta el borde de la tumba, dijo González.

—O el postrer amante, objetó Espinoza. Amante que se habrá convertido en amigo, bien puede ser; el amor no es un delito.

—Hay blancuras que engañan, y paréceme que la de Elisa es una de ellas.

—Si estuvieras al tanto de su historia, no te expresarías así; es una mártir, una víctima del fatalismo.

—O un candidato al vicio, que cumplió su misión y muere desechada por él.

—Es una mujer toda sentimento y toda ternura, no obstante haber sido impelida al abismo del vicio y hasta del crimen. Hija de una familia de alto rango en nuestra sociedad, fué sacrificada al interés de un capital ficticio; se la obligó á prescindir del amor humilde pero honrado, poniendo su hermosura en pública subasta de los salones, donde la aristocracia del dinero adquiere á trueque de títulos y relumbrones, la belleza física, engañándose con haber comprado la belleza moral.

—Buen principio para una novela romántica; pero es gastado el embuste; no hay una mujer degenerada que no haya comenzado así su vida social.

—No es una argucia; las revelaciones de Elisa son hechas con la ingenuidad que inspira la miseria, el convencimiento de la propia desgracia, la realidad de un fin cercano. A un amante se le engaña para mantener viva su ilusión; á un amigo que el cielo nos depara como bienhechor y consuelo poco antes de morir, se le dice la verdad, toda la verdad, porque domina el ansia de la confesión y no se mitiga el deseo de las manifestaciones íntimas.

—El esposo de Elisa, para quien la virtud de la mujer había sido una mercancía fácilmente adquirida con las apariencias de un millonario, se hastió pronto de la niña sacrificada y no tardó en cambiar las veladas augustas del hogar por las reuniones libertinas; el juego absorbió el pequeño capital que poseía; la embriaguez y otros vicios dieron al traste con su salud y la de la esposa, y la fatal ley de herencia cayó sobre los hijos inocentes que vinieron al mundo con el germen de enfermedades contagiosas y el mal del alma que la buena madre no pudo extirpar.

—Quizá ella fué á su vez heredera.

—Sacude un poco el pesimismo que te domina y déjame proseguir para que sepas quién es esa mujer á quien

tú no concedes regeneración. Del hastio siguió el menosprecio á la familia; los disgustos conyugales se sucedieron sin interrupción, debido al constante estado de ebriedad en que se hallaba el marido infame, y en más de una ocasión éste puso la mano en el cuerpo de la señora de la casa, como podría hacerlo el hijo del pueblo en las contiendas domésticas. La mártir sufría resignada, por sus hijos; quería evitar el escándalo social; ese que lleva el estigma hasta la frente de los que no tienen más culpa que la de haber nacido de padres indignos; quería la reivindicación del esposo prostituido, quería que su honra no padeciera en lo más mínimo. Nada de común había entre aquellos dos seres; el uno, era el día con todas sus claridades; el otro, la noche con sus sombras y sus tempestades: eran espacio y abismo frente á frente; no podian amarse.

Una noche Elisa regresaba de la casa de sus padres en la que había comido dejando á sus hijitos al cuidado del ama de llaves, y cuando llamó á la puerta del zaguán, el portero la notificó que el amo habia dado orden de que no se le abriera; quiso subir para convencerse de que era cierta tan villana disposición, y no bien hubo penetrado al patio, cuando el esposo miserable, tambaleando en el corredor, la mostraba el revólver amenazándola si subía, y llamaba á la servidumbre para que la arrojaran de la casa.

El acento de González era más doloroso á medida que el relato se hacía más importante: la ira, la angustia y todas las impresiones que experimentaba, reproduciendo la vida de Elisa, se manifestaban en las húmedas pupilas del buen practicante y se revelaban en los sollozos ahogados que á veces interrumpían la narración.

Agrupáronse los circunstantes en torno de González, ávidos de escuchar el final del relato, y Espinoza no se atrevió á objetar al joven narrador. Era que comenzaba

á conmoverse y que un destello de compasión hacia la mujer del número 5, se encendía en su alma.

González prosiguió:

Elisa acudió á la casa de sus padres quejándose de lo ocurrido y se la obligó á volver al hogar doméstico, á pesar de lo mal que lo pasaba en él y de la injusta humillación de que había sido víctima; halló el zaguán cerrado, llamó en vano hasta fatigarse, y presa de un síncope, cayó en el umbral donde permaneció aletargada algunas horas. Cuando volvió en sí, se vió agobiada por una deshonra que ella no había buscado; entonces corrió en pos de ella por completo. Se la había colocado al borde del abismo y se precipitaba en él, con la voluptuosidad que atrae desde la altura al vacío, á la catarata, al mar. No cruzó por su mente la idea del suicidio, porque pensaba en sus hijos....

¿En dónde pasó el resto de la noche? ¿A dónde va la mujer despechada si no hay quien la contenga? Al último asilo de la hermosura ajada, como engañoso puerto salvador que se descubre en esa lucha de espíritu y materia....

Al día siguiente no hubo poder humano que la detuviera en el descenso del abismo; corría tras la deshonra y hubiera querido abarcarla en un momento, embriagarse con ella, y olvidar, olvidar su infortunio.

El ángel sin alas cayó desde la altura de la dignidad de madre; la virgen del hogar descendió del solio manchado por el esposo infiel....La esposa estaba despechada!....

Espinoza rompió su mutismo.

—Pero y sus hijos, aquellos pedazos de su alma, los seres que como misteriosos ángeles buenos la reclamaron una existencia que les correspondía, los que la evitaron el suicidio, ¿no pudieron contener tal despecho, ó Elisa se olvidó que era madre?

—En el torbellino de la desesperación, el alma gira ofuscada; el vértigo del dolor arrebata al espíritu y lo hace perder en un momento sus más ricos tesoros: la ilusión y la esperanza. Cuando el torbellino cesa, cuando el vértigo pasa, viene el recuerdo de un olvido involuntario; pero se está muy lejos del ayer. El arrepentimiento no es más que el hecho de desandar lo andado; pero el camino es escabroso y difícil cuando se retrocede.

Las adulaciones y las codicias tomaron formas tangibles; la reina de los salones pasó á ser la esclava del capricho, y en el padrón de las mujeres perdidas tuvo un puesto el nombre de Elisa. Había alcanzado la deshonra y ésta la hacía descansar en su regazo de todas sus fatigas.... El torbellino la dejaba embriagada en brazos del destino.... El vértigo la hacía dormir el sueño del placer, para despertarla á la realidad de una muerte horrible.

—Merecido baldón de ignominia tuvo el marido en la conducta de la esposa ultrajada—se anticipó á decir el boticario.

—Infelices hijos—exclamó el despensero.

—Bien pensaba yo que debía ser muy triste la historia de esa mujer—agregó el Comisario.

Espinoza reanudó la discusión:

—Pero el marido debió impedir que su nombre pasara de boca en boca vilipendiado y escarnecido, quizá trató de reducir á su mujer siquiera por su propia honra y ella se resistió, encenegada ya en el vicio.

—No es la naturaleza de Elisa de las que fácilmente se aclimatan con el mal, es dada á lo bueno, y debido á esa lucha que ha sostenido con sus propios sentimientos, muere pronto, demasiado pronto. Su lenitivo ha sido el alcohol, á él se debe en gran parte el rápido desarrollo de su enfermedad.

En los paseos, en los teatros, por donde quiera que se

veía á Elisa, era comentada la historia; se explotó el escándalo, hasta donde fué posible explotarlo, como sucede siempre que algún hecho sensacional conmueve á la sociedad; después, Elisa fué una mujer vulgar que se perdía de vista en el tumulto del vicio.

....

....

Ya la vemos: hermosura, virtudes, despecho, vicio, hastío, todo reducido á una cifra negra como la tumba, gruesa y visible como su estigma; un lecho que alardea de caridad; un jergón, último abrigo de la miseria, y no muy lejos, la bocaza del sepulcro, el fondo del abismo..... Ni el padre, ni los hijos recogerán su último suspiro, y sin embargo, ella morirá pensando en ellos.

Espinoza ahogó un gemido mal comprimido, y repuesto de la profunda impresión que en su alma dejó el relato, se volvió á su amigo González, y tocándole ligeramente el hombro, le dijo:

—Chico, tú eres idealista y yo materialista; nunca llegaríamos á ponernos de acuerdo. El paralelismo de las ideas tiene puntos tan distintos y opuestos, que tratarlos de juntar es tocar el imposible.

Tú has estudiado el corazón de esa mujer en las intimidades de una conferencia consoladora para ella; yo espero que la muerte hiele ese cuerpo enjuto, cierre para siempre esos ojos color de cielo y esos labios violáceos por los que ha de escaparse el último aliento, y allí, sobre la plancha, cuando el escalpelo abra las cavidades, cuando el onix, el pórfido y la blancura marmórea de ese cuerpo desaparezcan como un sueño, sabré lo que me diga el corazón de Elisa.

—¡Oh! profirió aterrado González; ese cuerpo no debe ser autopsiado, los hijos lo impedirán á tiempo, estoy seguro.

—¡Ojalá que así sea! exclamó el boticario.

—Bien lo merece por lo que ha sufrido, añadió Luna.

—Que no se profane el cadáver, dijo el despensero.

—Es madre y debe ser respetada.

Los tertulianos no pudieron terminar más á tiempo su conversación respecto á la enferma del número 5, pues la campana daba el toque de silencio.

Cuando Vázquez regresó de la sala de distinción, la tertulia había concluido.

—¿Y qué tal, cómo sigue la del número 5? preguntó el Comisario.

—¡Ay, amigo mío, yo no sé para cuándo se ha hecho la muerte, ya es tiempo de que Elisa deje la cama para otra enferma que dé menos quehacer. Esta noche no las tengo todas conmigo; me va á dar *la gran desvelada del siglo.*

***

Es la hora de la siesta.

En la salita en que sufre Elisa, el sol esplende con esa luz vivísima que ya toca al Ocaso y que tiene por lo mismo la melancolía de la que huye.

El joven estudiante estaba de visita junto al lecho de la enferma y hablaba con ésta en voz baja.

Las demás enfermas, instigadas por la curiosidad y para tener pasto á sus murmuraciones, se incorporaban tratando de sorprender algo de lo que hablaban en la cama número 5, y algunas *afanadoras* entraban y salían con algún pretexto, con igual intención que los enfermos, aunque sin poder satisfacer su curiosidad.

El rostro de Elisa estaba notablemente reanimado, su mirada brillaba como un destello de esperanza y alegre sonrisa dejaba ver, blancas como el armiño, dos hileras de pequeños dientes.

El estudiante había provocado aquella reacción en la enferma, cuando después de disculparse por su ausencia le aseguró que había estado con uno de sus hijos y que éste le aseguró que el padre y los hermanos estaban dispuestos á quitarla del hospital y llevarla á la Quinta de Salud donde mejoraría con el temperamento; que aquella enfermedad había sido sin duda el primer peldaño para ascender á la regeneración y que nueva vida, la vida del arrepentimiento, comenzaría para ella al recobrar la salud.

Era tan halagador el cercano porvenir que auguraba el estudiante, que Elisa experimentó gran alivio.

La esperanza es la niñera buena del alma, cuando la enfermedad del cuerpo ataca también al espíritu, lo lleva por amenos verjeles durante el día, lo divaga, lo entretiene, porque no insiste en lo que piensa, y por la noche, al fulgor tenue de la calentura, la adormece con fantasías é inverosimilitudes que engendran gratos sueños.

Morir tísica, es morir llena de esperanza, con proyectos siempre en la mente, con sed de vida y ansia de sentimientos, es trasponer los linderos del no ser en una orgía de afecciones, en un ilusionismo encantador.

Las entrevistas con el estudiante eran una esperanza para la infortunada Elisa.

Cuando el crepúsculo se asomaba á la ventana alambrada y el día huía llevando los recuerdos, el joven estudiante cruzaba las espaciosas galerías siendo objeto de las cuchufletas de la servidumbre.

—Es el *primo* de una de distinción—decían unos.

—Es el *amorcito* de la enferma del 5—decían otros.

Y al dejar tras sí la pesada verja de hierro, al recibir el aire libre de la calle que lo libraba del olfato impregnado de olor á medicinas, pensó:—Elisa está muy mejorada, quizá se salve.



Ocho días después de la citada entrevista, se verificaba, al comenzar la tarde, la siguiente escena en la Comisaría del hospital:

Un joven con el libro de texto bajo el brazo apoyaba la cabeza en ambas manos y lloraba en silencio, echado de codos sobre el alto bufete, y un anciano, el Comisario, lo consolaba con estas palabras:

—Vaya, no se aflija; la señora Elisa su prima de usted era muy buena y estará en la gloria; aquí también hemos llorado su muerte y hasta hubo quien, (el practicante González) acompañára el cadáver al cementerio. Después de todo, ha muerto muy arrepentida, según afirma el padre capellán. Dios la tenga en la gloria y perdone al marido verdugo que ha sido la causa de tan trágica muerte.

El estudiante procuró serenarse, y después de dar las gracias al Comisario, salió á la calle, vagó al acaso, y cuando estuvo solo en su cuarto, tiró el libro sobre la mesa y lloró amargamente.



EN POS DE UNA FORTUNA.

ADOLFO era uno de esos jóvenes desocupados que sin bienes de fortuna para vivir holgadamente, pero con buena dosis de audacia, se había echado atrás la dignidad y contribuía con su personalidad ociosa á aumentar la plaga social, bien aclimatada en México y, que se conoce con la denominación general de *lagartijería.*

Desheredado por el destino caprichoso que reparte al antojo sus dotes y sus privilegios, sentía la necesidad de ser rico; odiaba el trabajo como lo odian los que no se resignan con su suerte; sed insaciable de oro le consumía, y la fiebre de grandeza le abrasaba. El pensamiento fijo constantemente en un cambio de posición social inesperado, la memoria ofuscada con un presente falso y engañoso, y el alma obcecada en las ajenas comodidades que el capital proporciona, sólo trataba de llegar á la meta de sus ambiciones, sin poner de su parte nada por buscarla legalmente, y sí por el contrario, sumergido cada día más y más en la indolencia que desde niño le hizo víctima.

Como una compensación á los favores que la fortuna le negara, vió Adolfo en su arrogante presencia, su porte distinguido y su *empaque* de rico calavera, el filón de sus pretensiones,

Sin cuidarse poco ni mucho de sus antecedentes de familia, pues Adolfo pertenecía á una cuna humilde, *los mimados de la riqueza* no se desdeñaron en codearse con él, ya que vestía tan elegante como ellos y solía llevar en la cartera un buen puñado de billetes de Banco, cuya procedencia, aunque dudosa, nadie trataba de inquirir.

Se le veía en los corrillos más aristocráticos que invaden las aceras de nuestras calles principales, á mañana, tarde y noche, todos los días de la semana, siempre con los guantes calzados, lustroso el botín de charol, el correcto corte del pantalón delineado en el doblez, que acababa de dejar la plancha; albeante la pechera de la camisa cuya tersura brillaba en el ángulo del chaleco, el *jaquet* sin una arruga y el sombrero de copa echado atrás, el bigote engomado en las guías y el pelo enrizado.

En los casinos alternaba á sus anchas con los más afamados jugadores de billar, juego que practicó siendo estudiante cuando empeñaba los libros que la infeliz madre, costurera, adquiría con miles de afanes, y se olvidaba de las clases en el truquito del tío Julián. En las mesas de naipes llegaba á poner considerables apuestas que pagaba en el acto ó al día siguiente, y era hombre de crédito entre los derrochadores del patrimonio, *los mimados de la fortuna* y los jóvenes calaveras que disipan dinero, tiempo y honra.

En las cantinas, era el parroquiano más alegre y no había bebedor que no procurara tenerle á su lado, para que entre sorbo y sorbo le deleitara con anécdotas y cuentecitos subidos de color, y era por eso que, en el presupuesto de gastos indispensables, la embriaguez tuviera una partida insignificante comparada con otras que tarde ó temprano habían de originar un *déficit*, ya que las entradas no correspondieran á las salidas.

En los teatros era el eterno discutidor sobre achaques

artísticos, de los que nada entendía; en las tabaquerías y en los arcos del portal de Mercaderes pasaba por consumado político, sin conocer el artículo 1º de los Derechos del hombre tratados en la Constitución de 1857, y á las puertas de los ateneos hablaba de ciencias y de historia como el ciudadano más ilustrado.

Con todo lo anterior queda dicho, que Adolfo era un pedante, un petimetre á quien la moda lo elevó al rango de *dandy*.

Era uno de esos individuos misteriosos que se confunden con las multitudes en las Metrópolis y logran pasar por lo que no son, seguros de que nadie se ocupará de buscar su árbol genealógico, ni mucho menos de investigar *su vida y milagros*.

Tan pronto se le ve en un *simón* imposible á solas con sus ambiciones de riquezas y sus humos de poderío, como en el elevado asiento del *cabriolé*, junto á un mozalbete ricachón que quizá diestramente maneja el caballo frisón, que vale un capital.

Si va á pie por las aceras del Paseo de la Reforma, nadie diria que carece de carruaje propio; si con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y el paraguas bajo el brazo recorre en lentos paseos los vestíbulos de los teatros, no habrá quien se imagine que no tiene billete de entrada; y parado en la puerta de la «Concordia,» triturando y masticando un palillo para dientes, diríase que hacía la digestión de un suculento almuerzo.

En realidad, Adolfo sólo contaba con su figura simpática y su audacia, para salir avante en sus empresas; cuidaba de su persona, como se cuida de un objeto que ha de rendir productos pecuniarios, y contrayendo deudas y más deudas, ora en las zapaterías, ora en las sastrerías; ya en los almacenes de ropa, ya en las sombrererías, y aguzando su ingenio para que en la cartera no faltaran los billetes de Banco y en los dedos una que otra sortija fal-

sa, pero de magnífica apariencia; pasaba por acaudalado, no siendo más que el hijo ignorante y pobre de una virtuosa y honrada costurera.

No obstante, Adolfo, desde lo ficticio de su situación, veía con desprecio al paralítico, que llevado á cuestas por un cargador, imploraba con la elocuencia de su enfermedad el óbolo de la caridad; al lisiado que se arrastraba por la acera siendo á menudo atropellado por los transeuntes; al muchacho que con el pretexto de vender cerillas demandaba un centavito para su pan; al holgazán mal vestido, á la mujer caída, más que en el fango del vicio, en el de la miseria; al anciano vacilante, al niño desvalido, y en conjunto á toda esa procesión de seres infelices que desfilan á diario entre el lujo y la opulencia, como los fantasmas mismos de esa opulencia y de ese lujo.

Si los poderosos no tenían derecho para despreciar á aquellos desgraciados, porque la miseria no es un delito, menos lo tenía Adolfo que se improvisaba rico engañando á la sociedad y engañándose á sí mismo, perjudicando al sastre, al zapatero y á cuantos le hacían crédito, porque demandaba lo que su individuo no producía y existía por lo tanto un desequilibrio económico del cual eran víctimas inmediatas los acreedores.

En tanto el desvalido exigía de sus semejantes más felices que él, una parte insignificante de esa felicidad; la ingentemente indispensable para vivir.

El mendigo imploraba el pan para su familia; Adolfo acumulaba cuentas que nunca pagaría, y adquiría sin trabajo fuertes cantidades de dinero para derrocharlo y comprar el dictado de rico *calavera*.

Así pasaba Adolfo entre la multitud de la Metrópoli, sin que se investigaran sus antecedentes de familia, engañando á la sociedad y engañándose á sí mismo.

***

Eulália, morena encantadora que hasta la edad de diez y ocho años había vivido en un rancho, propiedad de su padre, candorosa, como lo son las muchachas y las mujeres del campo; tímida como todas las aldeanas y modesta con la modestia de la virtud inculta, llegó á la Capital de la República prometiéndose hacer todo lo que su juventud le permitiese para rayar en sus aspiraciones femeniles.

Conocía la hermosa *Ciudad de los palacios* por las narraciones de su padre y amigos de la casa que frecuentaban la tiendita del rancho, por lo que leía en uno que otro periódico que llegaba á sus manos, y sabía por lo mismo de esta nuestra populosa Capital, lo que le permitían ver sus impresiones ante los cuadros espeluznantes de una diligencia asaltada por los ladrones, un tren descarrilado, un incendio voraz que arruinaba á un comerciante, ó las noticias sensacionales que propala la prensa como queriendo decir á los forasteros: ¡no vengáis! ¡no vengáis!

Los paseos y los edificios públicos los había admirado en la camarita obscura, comprada en casa de Pellandini; tenía conocimiento del Museo Nacional por el Catálogo que halló en la petaquilla de viaje de su padre, y se imaginaba que México era todavía el de las épocas de "Periquillo Sarmiento» y «La Quijotita,» obras nacionales que devoraba con ansia desde su niñez.

México era, pues, para Eulalia, un encantado sueño del que despertaba cuando la juventud estaba pronta á huir.

Allá quedaban en la rústica casita blanca sombreada por viejos fresnos, los recuerdos de la infancia y sus primeras impresiones vírgenes del amor, junto á las tapias

ondeadas del cementerio parroquial, las puñadas de matas que la surtían de *campánulas* para hacer gargantillas y coronas; en el ruinoso puente las matatenas que solía arrojar á la corriente del río cuando una impaciencia inconsciente la inquietaba; el camino con sus coposas arboledas, los llanos extensos, los jardines floridos y las chozas de la ranchería donde la mimaban y la querían tanto.

Cuando llegó por la noche en un vagón de segunda clase del Ferrocarril Central, quedó deslumbrada con la luz vivísima de los focos eléctricos, y poco después, ya en el andén, sorprendida con el gentío que se agrupaba en torno de los carros del tren, veía en el ir y venir de los carruajes de alquiler un desfile fantástico, y hasta en las sombras en que brillaban las constelaciones de nuestro hermoso cielo, y se presentaban á lo lejos las lucecillas del alumbrado público, le parecía la de una noche de esas leyendas mágicas que recrean las almas de los niños.

Eulalia, y su padre, ocuparon uno de los coches de sitio y se hicieron conducir á una hostería de primer orden.

El trayecto recorrido por el vehículo de *punto* que conducía á los rancheros, cambió, como las vistas de un cinematografo: desde las obscuridades del suburbio á las claridades de las calles más céntricas; desde la soledad aterradora de los barrios hasta el bullicio de los lugares más concurridos, las impresiones variaban repentinamente para la viajera que experimentaba el mismo efecto que el de un individuo que se embarca por primera vez. El torbellino de luces, joyas y demás objetos que lucen en los escaparates, pasaba á la vista de aquella joven, que sentía el comején de la coquetería, hallándose en la Capital de la República Mexicana.

Bajó con dificultad del coche, porque el mareo del viaje la agobiaba, y al hallarse en el suntuoso cuarto, en

tanto que el padre se acostaba fatigosamente en hermosa cama de latón, ella se dirigió al tocador para consultar al espejo. Estaba demasiado pálida, por el brusco cambio de clima; su tocado era descuidado, y le pareció estar poco atractiva.

De buena gana, al quitarse el saco de viaje, se hubiera puesto uno de los trajes nuevos que se había hecho expresamente para su permanencia en México; pero las petacas no podrían estar en el *hotel* hasta el día siguiente, y hubo de conformarse con acicalarse lo mejor que pudo para bajar al comedor.

Fuera del *restaurant* las sombras recorrían los extensos patios y se detenía ante las vidrieras donde salían torrentes de luz; dentro, la algarabía de los comensales, el movimiento precipitado de los *meseros*, el retintín de las copas al chocarse, la explosión de los corchos simulando el taponeo de los festines, las risas alegres de los parroquianos, el multiplicado ruido de los cubiertos, las espirales de humo aromoso de los vegueros, y la luz, mucha luz aprisionada en las bombillitas colgantes de los alambres eléctricos reflejando en los manteles de albura de nieve, en las fuentes de porcelana y cristal, y en las botellas color de sangre del vino tinto ó en los de oro rutilante de la espumosa cerveza.

Eulalia pasó su mirada tenaz, investigadora, por el salón, fijándose curiosamente en los jóvenes elegantes y en las mujeres bonitas, y pensó: ellos deben amar mucho; ellas tendrán sus novios con quienes irán de paseo después de la cena; y sintió la necesidad de un joven que la amara para ir de su brazo á los teatros y á los paseos.

No pudo conseguir que su padre quisiera salir á dar una vuelta por las calles céntricas donde lucían en los escaparates las joyas y demás efectos valiosos que vió desde el coche de *sitio* heridas por el alumbrado eléctrico; el cansancio del viaje violentó la llegada del sueño, y con

él, los encantos misteriosos de la primera noche pasada en la Metrópoli.

La mañana llegó perezosa, soñolienta; así es la aurora en las ciudades, y halló á Eulalia despierta como lo estaba siempre antes del alba, en el rancho. El padre dormia á *pierna suelta*, contra su costumbre, y los camaristas comenzaban el trajin del dia acudiendo á los cuartos, llamados por los campanillazos de los timbres, sacudían tapetes y ropas de cama en los barandales del corredor; llevaban el agua limpia en aljofainas de peltre; iban y venían con los trajes acepillados de los señoritos, y el elevador comenzaba á funcionar impulsado por la máquina de vapor que despertaba con su ruido monótono de émbolos.

Eulalia salió al corredor, y desde allí pudo admirar el cielo matutino que se desplegaba tranquilo, sin nubes en el cuadro que formaban las orillas de los toldos. Por la primera vez en su vida, no veía al despertar, los amplios horizontes que se extendían más allá de la casita blanca del llano, del jardín y de las chozas de la ranchería; tenía enfrente las vidreras de cristales opacos, tras de los cuales el lujo se hospedaba, y no pensó más en su pasado, porque como toda mujer á los diez y ocho años, era ambiciosa y soñadora.

Desde aquel día, la aldeana transformada en mejicana, procuró aumentar á sus hechizos naturales, los atractivos de la moda: el padre no escatimó dinero para que su hija rayara en elegancia, y bien pronto la joven dejó los paseos insípidos de los alrededores del Distrito Federal, las visitas á los templos principales y las que hacía frecuentemente al Museo Nacional, para estar todas las tardes en el Paseo de la Reforma, en carretela abierta, tener palco en el Coliseo y recorrer á pie las calles más concurridas, siendo admirada por los *gomosos*, y hasta envidiada por las *pollas* más hermosas.

Porque Eulalia era bella sin afectación y no tenía que recurrir á los afeites para que su cutis fuera blanco con el albayalde, sus labios rojos con el carmín, y sus ojos ojerosos y rasgados con el cosmético. Era morena apiñonadita que tenía naturalmente sonrosadas las mejillas, la boca fresca como rosa silvestre, y la mirada con esa expresión cándida de las hijas del campo.

Coqueta, con esa coquetería peculiar en la mujer americana, sin amaneramientos ni ridiculeces; cuando pasaba frente á los grupos de *lagartijos*, llegaban á sus oídos respetuosas exclamaciones de entusiasmo ó frases amorosas dichas sin ofender su pudor; exclamaciones y frases que la hacían ruborizar, sin dejar de dirigir una mirada de agradecimiento á los admiradores.

***

Un domingo, á la hora en que lo más granado y escogido de nuestra sociedad se da cita y pasea por las suntuosas calles que conducen á la Alameda, Adolfo vió pasar á la *payita*, como la llamaban cariñosamente sus amigos, y desde entonces se propuso ser el *oso* de aquella muchacha *fuereña*, que representaba un capital.

El sueño dorado de Adolfo: la riqueza, las pingües rentas, el desahogo para vivir hecho un potentado, parecía realizarse. Seguía á Eulalia á todas partes, el padre no parecía oponerse á sus intenciones, y la muchacha no lo veía con *malos ojos*.

Nuestro hombre pasaba por rendido enamorado de la *ranchera:* decía que la sencillez de la muchacha lo había cautivado y hasta se daba ínfulas de proteccionismo ofreciendo hacer de aquella mujer de campo una dama de corte.

Pronto se formalizaron las relaciones amorosas entre aquellos dos jóvenes, sediento de fortuna el uno, y de

amor la otra; el padre dió su asentimiento para los amores, y Adolfo pasó á la categoría de novio oficial.

En el comedor del *hotel*, en el teatro, en los paseos, en todas partes eran públicos aquellos amores, pues no había sitio en que Eulalia estuviese que no se hallara Adolfo.

Se le dijo que motivos de salud obligaron al padre de Eulalia á dejar temporalmente el rancho, se le ponderaron los intereses, y en suma, se le pintó un porvenir halagador.

El, por su parte, puso á disposición de la novia y del suegro un capital que no tenía, y así las cosas, llegó el día señalado para la boda.

No faltó un amigo íntimo que ofreciera su elegante casa para que pasara por ser la de Adolfo y para que en ella se celebrara el matrimonio, en tanto que la novia podía pasar al hogar que Adolfo la dispuso con muebles fiados.

Las cuentas de crédito aumentaron la esperanza de pago, se entró audazmente en los almacenes de las víctimas de Adolfo, y las nupcias tuvieron toda la apariencia de las de un rico.

El galán creyó realizar un pingüe negocio; ella, la inocente muchacha criada en el campo, vió de cerca el amor, su único sueño, el padre estaba satisfecho de haber hecho feliz á su hija.

Cuando en la nueva casa de los desposados fueron presentándose los acreedores, cuando el marido quiso que los pagos se hicieran por cuenta de la dote de Eulalia, resultó que el *ranchero*, como Adolfo, estaba arruinado.

¡Oh amarga desilusión! los sueños de riqueza, las ambiciones de potentado, caían como castillos de naipes. El remedio empleado por el padre de la muchacha para salvar su ruina y hacer la felicidad de su hija, fallido, y la sed de amor, el afán de ilusiones nuevas, la vida de casada en la Metrópoli, tales deseos de Eulalia, irrealizables.

¡Cómo clamarían por su libertad el ocioso *lagartijo* y la rústica *fuereña!* El pensaría en su vida holgazana de solterón *calavera*, y ella en su casita blanca, el jardincito y el llano.

¡Oh fortuna engañosa!



"EL VIEJO."

Le veia á diario en el Antiguo Café de Manrique, por la mañana paladeando el ajenjo ó las *misas,* y en la tarde dormitando echado de codos sobre el mármol de la mesa, con el *vaso grande* de café solo, bordeado por las mil burbujas que la mucha azúcar hacía flotar en la superficie del néctar negro, que se enfriaba antes de ser apurado hasta el último sorbo, y el cabo del puro, apagado ya, en la boquilla de cerezo, y como flotando en una charca de café, agua y ceniza.

El Viejo, como cariñosamente le llamaban los parroquianos, y D. Jesucito, el dependiente tan antiguo como honrado, por lo que merecía las confianzas del dueño, era por su tipo una de esas personalidades populares que junto á la mesa de un Café, parecen figuras desprendidas de los cuadros que adornan las *tabernas* europeas.

La incesante gesticulación que contraía aquel rostro surcado de arrugas, de raquítica, entrecana y castaña barba, de poblado bigote *culauté* por la nicotina del puro ó del cigarro, revelaba el estado de excitación constante en que se hallaba el sistema nervioso, debido al abuso de la musa negra, como alguien ha llamado al ca-

fé, y del ajenjo, la bebida inspiradora de Alfredo de Musset.

La cabellera cana, siempre desaliñada, se ocultaba bajo la copa magullada de un *fieltro* cuyas reducidas alas sombreaban en caprichosa inclinación la frente despejada, prominente y echada hacia atrás, como las de los cráneos que recuerdan á los grandes pensadores.

Los ojos, de escasa pestaña y muy abundante ceja, hundidos, á la vez que abotagados, se abrían ó cerraban desmesuradamente según las contracciones nerviosas del rostro, y miraban siempre sobre los arillos de los anteojos de vista cansada, que cabalgaban por costumbre, más abajo de la ternilla de la nariz aguileña.

Los labios de color mustio, se confundían con la hoja del tabaco, y no podían estar ociosos; cuando no mascullaban el puro, se movían como si la dentadura triturara el alimento y éste fuera sometido á la insalivación, movimiento que también era producido por las nerviosidades de aquel organismo entoxicado.

El traje confirmaba la despreocupación de la persona que lo llevaba. Polvoso y manchado, en eterno desarreglo desde la corbata al calzado, aquel traje acusaba la presencia de un hastiado de la vida, de un *desequilibrado* que á fuerza de *pensar alto y sentir hondo* sólo anhela el momento en que sea libre del fardo de recuerdos y desengaños que le agobia.

Más de una vez el lápiz de un caricaturista amigo y condiscípulo del *Viejo*, dejó en el mármol de la mesa de un Café ó en el rectángulo de amarillenta cartulina, las líneas movibles de aquel rostro nervioso, aquellas arrugas que eran huellas de una vejez anticipada, aquel constante fruncimiento de cejas que parecían reconcentrar todas las reminiscencias melancólicas que yacían dentro de la frente protuberante como la de los grandes pensadores, aquel *fieltro* en inclinación caprichosa, aquella mirada de

pupilas garzas, siempre sobre el arillo de los anteojos y aquellas contracciones de labios que no podían estar ociosos.

Yo conservo entre los borradores de trabajos antiguos, con los retratos de mis buenos amigos, quienes muchos han emprendido el viaje eterno, una de esas cartulinas amarillentas, al *Viejo* del Antiguo Café de Manrique, cuya figura parecía desprendida de un cuadro de *taberna* europea.

***

¿Por qué el *Viejo* gustaba del ajenjo y lo paladeaba solo, verde como un mar enfurecido, ó diluido con agua cristalina, blanco como las ilusiones de joven enamorado, opalino como los primeros atavios de la aurora? ¿Por qué apuraba uno tras otro los *vasos grandes* de café, negro como los abismos del imposible, frío como las realidades, bordeado de burbujas de azúcar que fingían ser las engañosas playas de un ensueño, con el cabo del puro apagado en la boquilla de cerezo y echado de codos en el mármol de la mesa?

Era y había sido un *bohemio;* tenía para mejor orgullo de su vida de escritor y de hombre político, una novela que, envejecida prematuramente, como él, dormía el sueño del olvido en los estantes de las bibliotecas públicas; y en las *Alacenas* donde se expenden libros comprados al acaso y á bajísimo precio, se empolvaba y destruía antes que alguno la solicitara.

En aquella novela estaba *estereotipiada* la no muy floreciente juventud del libador de ajenjo y sorbedor de café, y la vejez traidora que le acechara desde aquella juventud.

Derroches de su imaginación exaltada de artista; explosiones de su alma bondadosa, hay en ese libro que

duerme olvidado en las bibliotecas y se empolva y destruye en los expendios de libros comprados al acaso.

Era artista soñador y laboraba en las sombras, en ese gran *blook* del infinito, que más se agiganta, cuanto más material se le roba.

He aquí fragmentos de aquel libro:

"La noche es el período de gestación; cuyo resultado es la aurora. Las sombras, esos cíclopes gigantes, misteriosos, cada uno con su ojo de lucero, cada uno con su elaborar sombrío, son los héroes del firmamento, que forjando lo desconocido en la fragua divina, hacen saltar la luz del cielo en esas chispas del *amanecer* por las *sacudidas* de los montes ó de las alas de los ángeles....»

«Es en vano revolver los poderosos *códices* sagrados para venir á dar en el capítulo 1° del Génesis: Abandonad el lecho con la aurora, y hallaréis la belleza primitiva, la creación reproducida, el *in principio*, el capítulo 1° del sublime Génesis de todos los tiempos....»

He ahí en pocas líneas de la obra, un egregio tallado del *burilista* joven, del que más tarde quisiera realizar sus ideales y le rindiera la fatiga en el penoso viaje de la existencia.

¿Queréis saber cómo amaba? pues escuchadle:

«Si de tu corazón toco á la puerta,
Temblando de emoción cabe tu Edén,
Angel del corazón ¿la hallaré abierta?
No me preguntes al oirme—*¿Quién?*

«Si de tus lindos ojos las miradas
Pagan con su ternura mi hondo afán,
¿Tendrás tus puertas á mi amor cerradas?
O al escuchar que llamo dirás—*¿Van?*

»Si comprendes mi bien cuánto te amo,
La entrada del Edén, no cierres, no;
Y si á la puerta de tu cielo llamo,
No preguntes—*¿Quién es?*—porque—*¡Soy yo!*

Poeta encariñado con su país natal, exclama poseído de la musa americana:

«Aquella tarde había producido una influencia acariciadora, y había derramado suavidad y perfume en todas partes.»

«Había flores, porque en Méjico siempre las hay.»

«Y acontece que las flores del verjel suelen hallarse en íntima relación con las flores del alma.»

«Se habrá comprendido que somos desesperadamente soñadores; y así, pues, cuando una camelia purpúrea, fresca y esbelta sonríe desatándose sobre su tallo, solemos aproximarla delicadamente á nuestros labios, y nos parece oir que estallan todos los besos más enamorados de las auras. «Y ¿quién no recuerda entonces á *ella?*»

¿Queréis saber más completamente quién era el *Viejo?* Pues escuchad el siguiente fragmento de un capítulo de su novela, que tiene las galas de la primavera de la vida y los jirones de esos harapos del alma que se dejan en los zarzales del infortunio, fragmento que se le oía repetir entre sorbo y sorbo de café, allá en el obscuro gabinete tapizado de papel color plomizo, bajo el cielo raso ahumado por las lámparas de petróleo, entre las nubecillas de humo del tabaco, rodeado de jóvenes literatos que se daban por satisfechos con pagarle el café y la copa de catalán, por escucharle y aprender:

«En todo sentido y de todas maneras puede decirse que nos quedan vestigios de las edades que pasaron.»

«Si esto no fuera cierto, los anticuarios y los arqueólogos serían unos locos muy divertidos.»

«El polvo del pasado suele traernos perfumes de poco

gusto para la multitud; pero como nada hay nuevo bajo el sol, preciso será aceptar aquello de que los extremos se tocan, aceptando lo nuevo en lo viejo.»

«¿Queréis algo bueno y original?»

«Bien, ¡resucitadlo!»

«Nosotros solemos hallar capullos nacientes de rosa entre el polvo de los siglos, y créemos que hallamos cabellos blancos en lo que nació ayer.»

«Y á fe que un anacronismo *inventado* en el siglo XIX, y si este anacronismo es de carne y hueso, viene á remolcar al mundo una existencia—catástrofe grave y punible como un pecado.»

«La sociedad condena al anacronismo á morir de hambre sin hacer nada, y más tarde inyecta el cadáver, le llena de flores, y bajo una aureola de no sabemos qué lúz, le pone por siempre detrás de los aparadores de un museo.»

«La gloria humana es *tarjeta* colocada al pie de una momia.»

....

Y haciendo su autobiografía agrega:

«Hubiera aprendido cuanto le hubieran enseñado, paseando en los jardines de Cerámico, cerca de Atenas, y no pudo *hacer letra* en el colegio perfectamente urbano de ***»

«Platón hubiera sacado allí partido de nuestro joven, y no pudo sacarlo en Méjico ninguno de los célebres Doctores y de los eminentes sabios, á cuya dirección estuvo.»

«Si hubiera existido un *Cimon* que se hubiese encargado de embellecerle su colegio con árboles, arroyos y flores, nuestro protagonista, eterno soñador de cosas tan bellas como imposibles, hubiera descubierto á Helena en un arranque de su loca imaginación, y Diógenes Laertio no le trajera en su *Vita Platonis.*»

«Una ocasión descubrió, no sabemos cómo, una hermo-

sa copia de la hermosísima Venus de Praxiteles y exclamó lleno de entusiasmo:—¡Oh, Phryné, tú me hubieras amado!»

«Sócrates y Pericles le hubieran hecho sabio con la influencia del talento y de la hermosura de la Aspasia de Mileto.»

«La Aspasia Hija de Hermótimo le hubiera hecho un santo.»

....

«No era, por otra parte, un raudal de fuego abrasador.»

«Si hubiera hallado en medio de su camino á la poetisa de «los siete carbones encendidos,» á la amante de Phaon, á la beldad de Lesbos, ó de Mitilene, le hubiera dicho sin remedio: ¡No sea usted tan exagerado!»

Era un obrero de la inteligencia, hallaba en el desahogo de sus maquinaciones el placer del sentimiento. Era soñador y era sentimental. El lienzo en que el pincel había dejado la vida de la inspiración, le incitaba á pintar; el verso alado que llegaba á sus oidos como eco devuelto de algo que había soñado, le tenía en vela, cantando en estrofas deliciosas; la música le arrebataba, y la escultura le hacía concebir creaciones que él modelaba. Se aficionaba, en fin, á todo lo que fuera arte, á todo lo que le impresionara.

Viajero hacia el país de la quimera, se detenia en ese camino lácteo que centellea; llegaba de mundo en mundo á esas regiones de la fantasía, y robaba á su paso mucha luz auroral, muchos celajes vespertinos para surtir su paleta, y trabajar en su obra constante de idealismo.

Como el humo del tabaco que le envolvía en sutil y vaporosa gasa, eran sus ensueños, como el ajenjo verde su esperanza definitiva, opalinas las esferas que su espíritu cruzaba, negras como el café sus ilusiones muertas, y más enervadoras que el alcohol sus infinitas penas.

Por eso bebía, por eso dormitaba como rendido de fatiga, en el camino de la vida.

Y por eso también era querido por los asiduos concurrentes al Café de Manrique.

En las gesticulaciones del rostro, en las contracciones de los labios y en lo descuidado del cuerpo y de la ropa, los exigentes, los que todo lo condenan porque no sufren esa sed insaciable de lo imposible, veían la crápula y el vicio; los que le comprendían y le amaban, llegaban á él como se llega ante los maestros, y no se preocupaban por su *fieltro magullado*, ni por su traje polvoso y manchado.

Para los unos, era el degenerado; para los otros era el poeta.



Hoy, el *Viejo*, el soñador, el artista, mora en el país de la quimera.

Su muerte fué la transición de la sombra á la luz, más bien un éxtasis que una separación de todo lo que amaba y de los seres que con él se identificaran, y al internarse en ese camino lácteo, al no poder regresar trayéndonos la luz auroral y los celajes vespertinos de la tarde en su paleta predilecta, nos manda en la fulguración de los astros, su inspiración radiante.

Cuando mi alma se deleita con el pasado, cuando en los borradores de antiguos trabajos, y entre los retratos de mis buenos amigos que ya no existen, doy con la amarillenta cartulina que me recuerda la figura plástica del *Viejo*, pasan por mi imaginación los personajes de su novela, en la que, como pétalos de rosa marchitada, viven las supremas aspiraciones del artista, y como jirones de alma, están prendidos los recuerdos.

Por eso guardo la figura del *Viejo*, que parece desprendida de un cuadro de taberna europea.



CAMAFEOS.

I

PROEMIO.

EL esmalte y el ágata, el ópalo y el ámbar, han de prestarnos, los unos su fondo obscuro de noche sin estrellas, y los otros sus vetas luminosas para que en ellas resalten los relieves de algunas esculturas sociales que, si no corresponden por su tallado á la perfección del arte, tales y como los vemos brillar en los alfileres de corbata, medallones, dijes, clavillos, relicarios y sortijas, que son muy apreciados por su valor y antigüedad, sean lo más parecido posible en el tallado.

Preparemos el lienzo azul ó color de oro, y puestos ante el caballete, dejemos en cada pincelada los tonos vivos de un solo colorido; y ojalá que esos cuadros en bajo relieve sean genuina manifestación de los asuntos que tratamos de bosquejar.

Vayan al hogar, como esas cabezas de estudio que en dorados marcos lucen sus líneas repugnantes sobre el tapiz de los salones, bajo el toldo de floreciente corredor ó en las bibliotecas de casas suntuosas.

Quédense, tallados y pinturas, en las estancias que perfuma el olor de mujer opulenta y embellecen las joyas y los menajes regios, y sean la mala pulimentación y el imperfecto delineado el terror de las virtudes y el escarmiento de los vicios.

¡Oh, tú, niña candorosa que despiertas á la juventud, no te dejes fascinar el alma con el falso brillo de las joyas *californianas* de esa falsa *billouterie* que seduce y deslumbra en el camino de la existencia como mentidos faros de esperanza. No te dejes arrebatar por el vértigo de pasiones violentas que todo lo avasalla, ama tu hogar porque tu hogar es santo!

¡Tú, joven estudiante que ya sueñas con los primeros puestos en la política, en las ciencias ó en las letras, no vayas en tus ambiciones tan de prisa que atropelles todo: sólo el verdadero mérito justifica las aspiraciones y hace legales los medios para lograr un fin propuesto!

¡Y vosotros los ancianos, los que tocáis el fin de vuestra misión sobre la tierra, y calentáis los miembros entumecidos por el invierno de la vida al calor de la familia, dejad que, como esas cabezas de estudio que lucen sus líneas repugnantes en el tapiz de los salones, luzcan estos camafeos para ejemplo de vuestros descendientes!

II

EL SEDUCTOR.

Ha llegado al palco de su propiedad, el cual hizo tapizar y amueblar lujosamente, cuando el acto ha comenzado, con la vanidosa pretensión de que los espectadores se distraigan con su llegada y vean cómo el acomodador lo despoja del rico sobretodo, aforrado de seda negra; viste *smokin* y chaleco abierto, no obstante que se trata de funciones por tandas en las que no se exige ni media-

na etiqueta, y cuida de no enguantar las manos para lucir una profusión de sortijas que cohiben el libre movimiento de las falanges y deslumbran á los envidiosos de riquezas improvisadas.

Los sucesos escénicos pasan inadvertidos para aquel *abonado* que, vuelta desdeñosamente la espalda al *foro,* afoca los gemelos de concha-nácar y oro á todas y cada una de las localidades, ó hace vagar sus miradas de conquistador amoroso por todo el teatro.

¿Quién dijera que aquel *dandy* de cuarenta años, se había dado á la tarea de seducir mujeres, con los productos pingües de un título profesional que le valió intempestivamente figurar en las altas esferas del poder? Su porte es grave como el de un Senador romano; tiene el notable desarrollo de la curva abdominal, rasgo que da cierta importancia á los hombres públicos; lleva siempre hacia atrás la cabeza con ese despotismo del rico metalizado; disimula las primeras canas del bigote con el negro del cosmético; se riza el poco cabello que va desapareciendo en la parte superior de la cabeza para que la calva luzca muy en breve; marea á su paso con el reguero penetrante de fuertes esencias; á ninguna hora deja de llevar una flor en el ojal de la levita ó del *smokin;* y procura que en la albura de la pechera irradie siempre un gran brillante circuído de esmeraldas, que hace el mismo efecto de la farola de una locomotora, vista á gran distancia.

¿Por qué mira con insistencia al fondo de un palco segundo después que ha cansado sus miradas en los palcos de más lujo?

¡Ah! es que allí está la amante pobre, la que todo el tesoro de su hermosura física y moral ha sacrificado por el elegante seductor y no ha logrado satisfacer su sed de amor.

Ha recibido el billete de entrada porque su Señor ha

tenido el capricho de que su esclava vaya á admirar su opulencia desde el local frecuentado por las meretrices, para ser testigo de sus enamoramientos sin tener siquiera el derecho de celarle por temor de enfadarle.

En los entreactos el suntuoso palco queda vacío; amigos del personaje que lo adulan y lo explotan acuden para acompañarlo al *foro,* donde visita el cuarto de su actriz predilecta. Circula el *champagne* en profusión y nuestro hombre queda citado para cenar esa noche con la artista.

Los tramoyistas interrumpen sus carreras fatigosas para dejarle libre el paso; los cuerpos de coros le forman valla entre bastidores, el portero le saluda y se inclina respetuosamente, y hasta el empresario, si lo encuentra por los pasillos, le da un apretón de manos y le despide con una lisonjera palmadita en la espalda.

El *dandy* de cuarenta años vuelve satisfecho á su palco; aquellas demostraciones lo encumbran más en su grandeza.

Eso de cenar con una tiple de zarzuela es un gran triunfo y un desembolso también.

El espectáculo toca á su fin, los espejos y los muebles del palco particular, distinguiéndose de los otros que apenas tienen incómodos asientos de bejuco y lunas mal azogadas, ha sido desocupado antes que la cortina cayera. El seductor se ha ido á situar al vestíbulo para seguir exhibiéndose, y la muchacha del palco segundo, la que no tiene ni siquiera el derecho de celar á su amante, ocupa un coche de sitio y se dirige á su humilde hogar sin una admiración, sin un halago amoroso.

Poco después, la doncella de la actriz se aleja llevando el lio de las ropas de teatro y la tiple y su amigo suben al *landó* de éste.

....

....



La voluble fortuna ha sido adversa con el personaje que se improvisó rico y se encumbró á las altas esferas del poder.

Desde que en los repertorios de música apareció una chispeante danza, comenzó á declinar la buena estrella del seductor.

Ya no ocupa el lujoso palco en el teatro ni se da á la tarea de enamorar y seducir, el portero del *foro* se muestra indiferente á su llegada, los coristas le ven pasar como si se tratara del vendedor de boletas; los tramoyistas le atropellan y las artistas le reciben de mala gana.

Es un personaje de *capa caída* que se ve obligado á frecuentar las redacciones de algunos periódicos para reanudar sus antiguas relaciones cortadas.

Ni joyas ni perfumes deslumbran ó marean á su paso; ya no tiene envidiosos de sus riquezas, ni aduladores por su valimiento; se le ve á pie por los paseos, suele ir á butaca, sin *smokin* ni chaleco abierto y no llama al acomodador para que lo despoje del sobretodo.

No afoca los gemelos hacia las localidades suntuosas ni tiene esclava admiradora en el fondo obscuro de un palco segundo.

Las canas del bigote y los de la escasa cabellera lacia le dan un aire de realidad y abatimiento que, dado el orgullo natural de la opulencia, son el mejor castigo de sus pasadas hazañas.

Demacrado por la lepra de las pasiones; agobiado por el infortunio, es despreciado por sus mismas víctimas.

Pasa de largo sin mirar á nadie y á su paso viene á nuestros oidos el retintín de la danza.

III

LA CORREDORA.

Allá va por las principales calles de la ciudad soportando el peso de grandes cajas de cartón, que contienen

vestidos usados, sombreros confeccionados á domicilio, adornos, cintas y otras mil baratijas femeninas que han de producirla el tanto por ciento de comisión en la venta.

Los viejos de la *crême* la conocen mucho; era la cómica mimada, la que en épocas turbulentas para la patria entusiasmaba al público con una canción favorita.

La extremada simpatía ha pasado con la belleza del rostro y las formas esculturales de aquel cuerpo alto y arrogante; la luz fascinadora de aquellos ojos grandes y rasgados, se eclipsó entre las cuencas ojerosas; las sonrisas enloquecedoras han huído de aquella boca por la que se escapa jadeante el hálito helado de la vejez, y las carnes que se enjutan han matado hasta el último de los encantos de la juventud que pugnaba por no ser abatido.

La blonda cabellera no tiene ya el oro de las cascadas heridas por los rayos del sol, ni se ensortija para caer graciosamente sobre el alabastro de la frente, hay mucho de sombras angustiosas; las crenchas *magdalénicas* pardean entristecidas por la luz tediosa del ocaso de la vida, y la nieve de los años brilla en aquella testa que el amor coronó de enseñas y de gloria.

Con su vestido de merino que destiñe la influencia solar, su tápalo raido y una sombrilla miserable, pasa por entre los grupos de antiguos calaveras y al lado de la juventud elegante, como una evocación y como un reproche.

Han pasado muchos años desde los triunfos escénicos de la artista, hoy *corredora*, y todavía pueden verse entre los retratos de personas desconocidas que se venden en los expendios de *libros viejos*, algunas cartulinas que representan á la cómica que en épocas aciagas para la patria entusiasmaba al público con su canción favorita.

El traje blanco orlado con guirnaldas de flores, el escote abullonado, de vaporosa gasa, el turgente seno *ajorcado* con valioso collar de perlas, la rica pedrería en el

tocado y la hermosura plástica del arte que atrae, todo ese conjunto será hoy un triste pasado para la *corredora* que, al peso de grandes cajas de cartón, pasa por entre sus viejos conocidos y entre la juventud elegante como una evocación, como un reproche.

IV

UN PISAVERDE.

En la antesala de la casa del Consejero, siendo objeto de las atenciones del Secretario particular y de las murmuraciones de los criados, que todo lo motejan y todo lo inquieren, espera un hombrecito como de cincuenta años de edad, muy peripuesto y emperenguendado como pudiera y debiera estarlo un joven de veinte que estuviera *pintando en el ocho.*

Aunque la impaciencia devora al *gomoso* que tenemos al frente, y va de un extremo á otro de la estancia con las manos en, salva sea la parte, la mirada sobre la alfombra y los pasos pausados, procuraremos sorprenderle instantáneamente, pues no ès de perderse un tipo digno de figurar en un escaparate de peluquería para *réclame* de tinturas y postizos, ó bien sobre el escritorio, al lado de un Mefistófeles ó de un Don Quijote de la Mancha.

Ahora se detiene ante un gran espejo para recrearse con su interesante figura: estudiémosle.

Su pobre estatura sólo le permite retratar en la luna el busto, que es asaz imperfecto.

El cabello atornasolado como los peluquines de los caricatos de zarzuela, brilla por el abuso de la pomada y el aceite, y la escasa cabellera, que se halla asentada á fuerza de cepillo, está abierta con una raya hasta terminar la curva del cráneo.

Las pronunciadas arrugas del rostro no desaparecen con la profusión de polvo de arroz que el *gomoso* exige al peluquero le ponga después de ser rasurado.

Los ojos, hundidos y cadavéricos, que la edad hace pequeños, ocultan una mirada de viejo alegre tras las lentes de cristales azules que cabalgan incómodamente sobre una nariz chata é incorrecta.

El bigote, reducido por la tijera y el cosmético, armoniza con la cabellera y tiene las guías tiesas á fuerza de pomada húngara.

Los labios tienen el rojo subido del colorete, á falta del que produce la riqueza de sangre.

Los dientes, blanquísimos y alineados, acusan el concienzudo trabajo de un dentista, y á más de cuatro que protesten contra la ancianidad, darán tentaciones de usar dientes postizos.

Y aquella cabeza, que parece la de *galán joven* de una compañía de la legua, encaja, ó se hunde, por mejor decir, en un descomunal cuello de camisa que, á oprimir, según sus dimensiones, acabaría con la poca materia gris, debe animar el cerebro de aquel viejo con tendencias á ser joven.

El traje es siempre de acuerdo con la moda; en él dominan los colores claros porque le cargan al *gomoso* los colores obscuros; sólo admite la obscuridad en el peinado y el bigote.

Cualquiera que sea la temperatura, no deja el chaleco blanco, y disculpa ese capricho con aquel adagio tan conocido:

Si quieres conservarte bueno y sano,
Usa ropa de invierno en el verano.

Y á la verdad que asi lucía mejor la leopoldina con su gran dije de metal amarillo y la pechera tableada.

Pero lo que más llama la atención de aquel cuerpecito, es que los *juanetes* no protesten muy en serio contra el choclo de charol y punta aguzada; porque la presun-

ción del visitante del Consejero le lleva hasta la incomodidad.

Y si no, dígalo ese constante cabeceo originado por la molestía del cuellazo de la camisa, y ese quitar y poner de los lentes porque no le son necesarios y los lleva por pedantería.

Ya sale el ayuda de cámara del Consejero. El *gomoso* presiente que será llamado y da la última mano á su tocado; se compone las onditas del pelo, se atusa el bigote, arregla violentamente la solapa del *jaquet*, y espera con la mirada ávida hacia la puerta por donde ha de salir el criado, quien se presenta en la antesala, y dice:

—El Sr. Consejero no recibe; está en el cuarto de baño.

El Secretario particular toma asiento en un sillón, el *gomoso* dirige la postrer mirada al espejo, y cuidando de que el *portier* no le forme arrugas en la ropa, desaparece, poco satisfecho de no haber caído en privanza con el Consejero.

V

ESCRIBIENDO.

Estamos en el gabinete de trabajo de un escritor de obras para la niñez.

Sus *fuertes* han sido la historia patria, la geografía y la astronomía, y en dichas materias ha dejado buen testimonio de sus aptitudes educativas.

En la primera, la Cronología está en marcado desacuerdo, y en la segunda y tercera, abundan los defectos de que adolecen los textos publicados en el país.

Lo cual quiere decir, que el escritor de que tratamos se atiene más á la copia que á su propio criterio é instrucción.

Sin embargo, nadie podrá negarle asiduidad en el trabajo y constancia en el estudio.

La biblioteca que posee es variada y selecta, sólo que no tiene tino para consultar los libros que contiene.

Quien se atenga á su presencia para conocer al autor de los citados textos, sufre un desengaño horrible.

Diríase que más bien era un inteligente artesano que un escritor de obras para la niñez. Y esa impresión se acentúa más, si se le oye en conversación quince minutos; las ideas deben sufrir tortura en el cerebro de aquel hombre, porque para expresarlas tiene que hacer esfuerzos sobrehumanos: las lucubraciones son forzadas y los conceptos raquíticos.

Y no obstante aquella pobreza de ideas y mezquindad de talento, las obras copiadas han llegado á los bancos de las escuelas y se han difundido en los Estados.

Así ha escalado las influencias para llegar á obtener la merced del poderoso, y así le vemos dándose ínfulas de un gran escritor, en tanto que hay muchos sabios que pasan desapercibidos para ese poderoso.

VI

EN LA CAMA.

El Diputado *ad perpetuam*, el capitalista que sólo se preocupa de su persona y de sus negocios, sólo se manifiesta tal como ha sido antes de ser rico y Diputado, á la hora crítica de la digestión, cuando los buenos potajes y el costoso vino atormentan el estómago y dan al abdomen la pesantez de una báscula que soporta un gran fardo.

Todos los ricos tienen sus horas en que pueden conceder lo que no concederían en otras; por ejemplo: hay criados que aseguran que á su amo le place recibir una carta en la que se le pide dinero, cuando no se ha quitado las pantuflas, y rabia si se le va á pagar una suma á la hora en que come.

Caprichos de ricos.

Pues bien, al Diputado *ad perpetuam* le halaga mucho que lo vean en la cama á la hora de la siesta, con la satisfacción del que tiene buena mesa, y si no aprovechamos este momento, quizá no tengamos otro más propicio.

La finísima colcha de la cama, parece protestar si se mueve aquel cuerpo obeso en demasía, y las soleras crujen cuando el opulento Diputado se abandona al dulce descanso.

Un sultán no estaría, de seguro, más complacido ni más á sus anchas que nuestro excelso Diputado. Hasta se olvida de que la obesidad le hace caminar pausadamente y subir con dificultad las escaleras del vestíbulo del ex-teatro de Iturbide.

A la puerta del Banco, en los almacenes mercantiles y hasta en la Tesorería del Congreso, se le ve contrariado. Unicamente en el sillón de la Cámara y en su cama está contento.

Y en el fondo, el Diputado *ad perpetuam* no es un mal sujeto. Tiene sus caprichos y sus extravagancias, como eso de no querer que le rasuren la piocha, que parece una escobetilla, y el empeño de no usar tirantes, que son tan útiles para sujetar los pantalones cuando no hay forma de cintura.

Por lo demás, en todo es razonable, hasta en lo de convenir en que son de gran utilidad para el país los *Padres de la patria.*

VII

Si fuéramos á poner de relieve todas aquellas figuras que se destacan entre las multitudes y pasan por lo que no son; si nos fuera dado llevar al hogar á esos tipos que invaden las regiones del poder, los escaños de las cátedras, y en una palabra, los primeros puestos en la sociedad,

los usurpadores de honores, los que se juzgan entidades siendo medianías por su instrucción y su talento, cuidarían de no improvisarse, ó al menos, se encumbrarían menos.

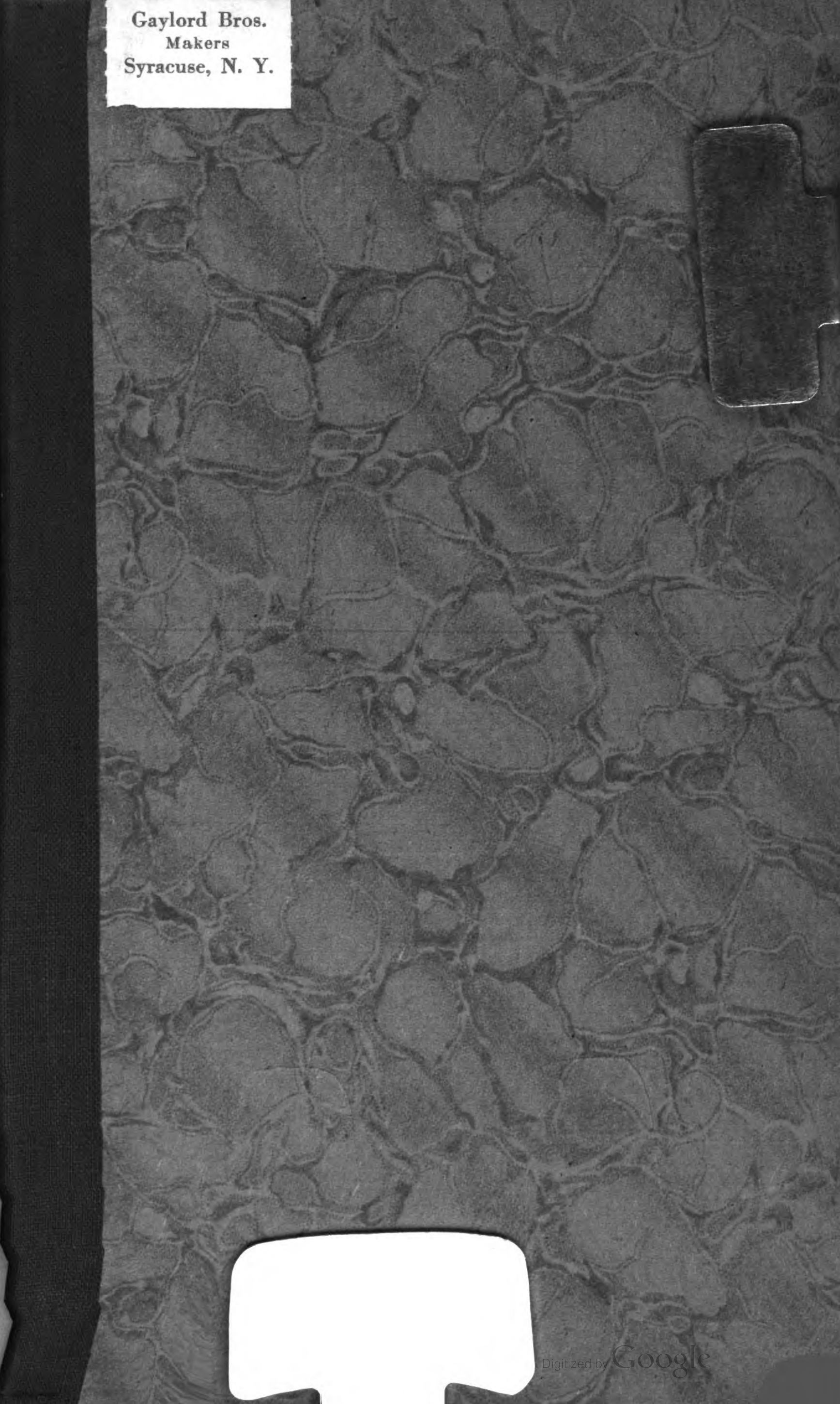
Basten las anteriores muestras para que en el seno de la familia, á donde llevamos el contingente de nuestro trabajo moralizador, se exhiban como esas cabezas de estudio que lucen sus líneas repugnantes en los tapices de los salones ó bajo el toldo de los corredores. Allí está el sitio que les hemos buscado á estos CAMAFEOS. ¡Ojalá que sean repulsivos á la virtud y un escarmiento de las malas pasiones!

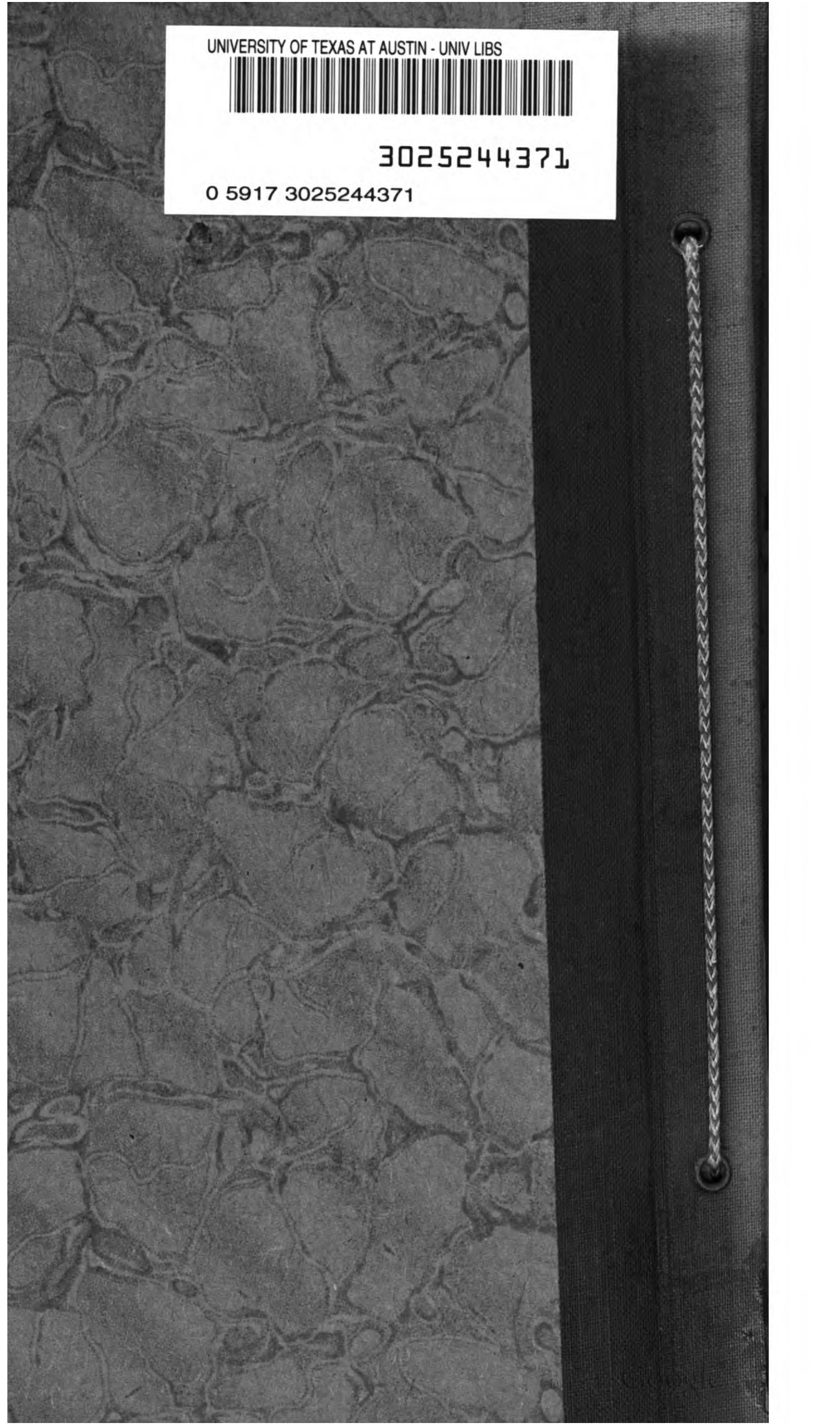


INDICE.

Págs.

FIN.


Gaylord Bros.
Makers
Syracuse, N. Y.



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025244371
0 5917 3025244371